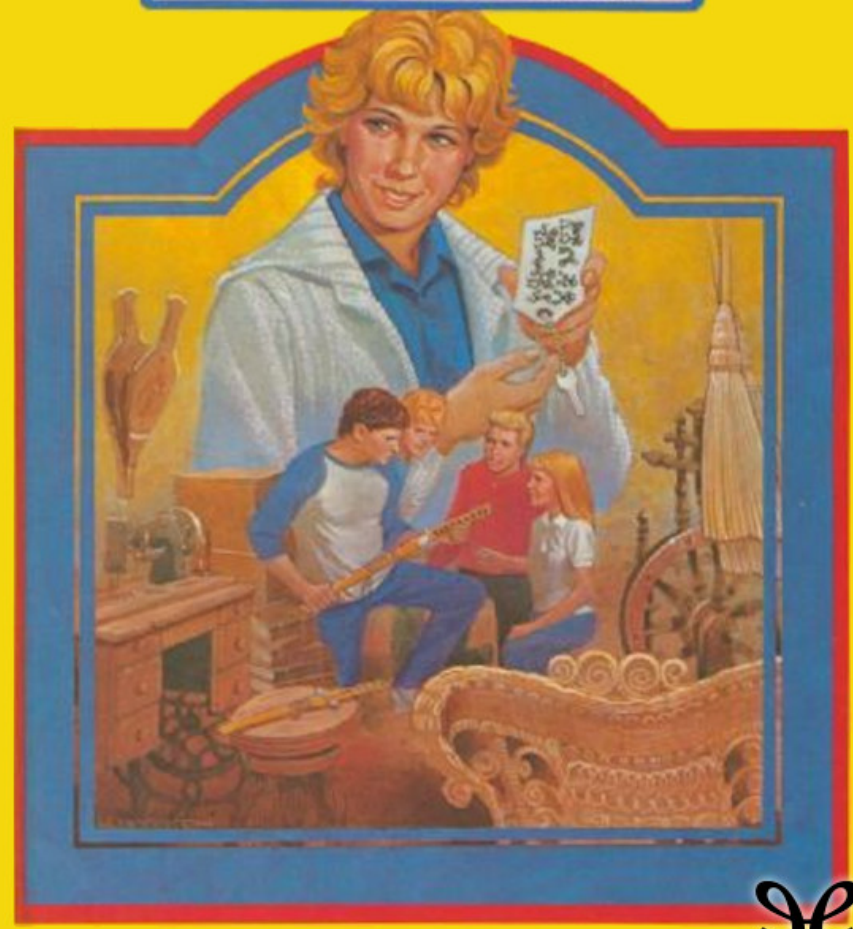
TRIXIE BELDEN

14

LA CLAVE MISTERIOSA



Después de que el distrito escolar toma medidas contra los clubes secretos, Trixie y los demás Bob-Whites crean una exposición de antigüedades para mostrar su valía. Mientras coleccionan las antigüedades, los ladrones roban a Trixie y ésta encuentra un código misterioso en la casa de Honey.

Kathryn Kenny

La Clave Misteriosa

Trixie Belden 14

ePub r1.1
Titivillus 15.02.15

Título original: *The Mysterious Code*
Kathryn Kenny, 1961

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

¿El fin de los Bob-Whites? • 1

TRIXIE BELDEN entró precipitadamente en la cafetería del instituto de Sleepyside. Se echó hacia atrás sus rizos cortos, de color pajizo, dejó caer su cuaderno sobre la mesa, y se hundió en una silla, entre sus dos mejores amigas, Honey[1] Wheeler y Diana Lynch.

—¿Qué te retrasó tanto? —preguntó Honey—. Estamos muertas de hambre.

—¡Algo terrible! —balbuceó Trixie en cuanto hubo recobrado el aliento.

—Venga, Trixie, cuéntanos —dijo su hermano Mart—. ¡No hagas tanto teatro!

—No estoy haciendo… teatro. Los Bob-Whites de Glen[2] pasaron a la historia. Mart, por favor, diles a Jim y a Brian que salgan un momento de la cocina. Quiero que estén presentes todos los miembros del club para…

—¡Trixie! Sabes que no pueden dejar el trabajo a la hora del almuerzo.

—Es una emergencia —insistió Trixie.

—Muy bien —dijo Mart resignado—. Ya voy.

Mart, once meses mayor que su hermana, que tenía trece años, no siempre respondía con tanta prontitud. Hoy, sin embargo, las lágrimas que inundaban los ojos de Trixie le convencieron de que algo grave había sucedido.

—¿No puedes adelantamos algo? —preguntó Diana—. Por tus palabras parecería que nos fuesen a enviar la peor plaga.

—Pues casi —dijo Trixie con la voz entrecortada por las lágrimas—. Oh, aquí vienen.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim, el hermano de Honey—. Trixie, si estás llorando… Pero si tú no lloras nunca, nunca.

—No estoy llorando —dijo Trixie, secándose las lágrimas—. Lo único que pasa es esto: esta mañana el señor Stratton, el director, me detuvo en el pasillo y…

—Te van a cargar las «mates» otra vez —dijo Mart—. Chica, si eso es todo…

—Se interesó por la chaqueta que llevo puesta —prosiguió

Trixie, sin hacer caso de la interrupción de Mart—. Se ve que hoy soy la única que lleva puesta la chaqueta del club. Quiso saber lo que significaba las letras B.W.G. bordadas en la espalda.

—¿Le dijiste que es un secreto? —le preguntó Diana indignada.

—El nombre no lo es, Di. Le dije que son las iniciales de nuestro club, los Bob-Whites de Glen.

—Después ¿qué fue lo que te preguntó? —a Mart no le hacía ninguna gracia que la dirección del instituto interfiriese en los asuntos de los estudiantes.

—Que cuál era el propósito del club —respondió Trixie—. Bueno, eso sí que es un secreto —dijo Honey.

—No creo que lo sea, hermanita —repuso Jim—. En realidad, nuestro club no es secreto. Sólo es algo nuestro, claro, eso sí… pero secreto no es.

—Un poco de calma, por favor. Sigue, Trixie. —Mart estaba impaciente—. Siempre la armas por nada.

—No soy yo la que la está armando esta vez, ya lo verás. Le dije al señor Stratton que los seis éramos como hermanos, que nos ayudábamos los unos a los otros.

—Os apuesto a que eso le paró los pies —comentó Mart.

—Oye, Mart, ¿por qué no te callas? —le cortó Honey—. Continúa, Trixie. Tiene que haber algo más.

—Ya lo creo, y es lo peor de todo. Me moriría si algo malo le ocurriese a los B.W.G.

—Eso es imposible —dijo Jim, tan confiado.

—El señor Stratton me amenazó —insistió Trixie—. Cuando le expliqué el objetivo de nuestro club, él dijo «No creo que ese propósito baste para justificar la existencia de una organización desde el punto de vista de la dirección del colegio». ¿Te parece eso suficientemente malo, Mart?

—Desde luego —dijo Mart—. ¡Y tan malo!

—Cierto.

Todos miraron al hermano mayor de Trixie, Brian. Era un muchacho serio, normalmente el más sensato de todos. Prestaron atención a sus palabras.

—Ya sabéis que en el colegio no se habla de otra cosa que del vandalismo que hay por todas partes —dijo—. Puede que sea eso lo que preocupa a la dirección. Sí, chicos, todas esas pandillas que se

han formado en Sleepyside[3]…

Trixie se levantó de un salto y chasqueó los dedos.

—Tienes razón, Brian —dijo—. A eso se refería Tad Webster.

—Ya vuelves a hacerte la interesante —se molestó Brian—. ¿Qué tiene que ver Tad, el hermano de «Araña» Webster, con todo esto? No hay mejor policía en Sleepyside que Araña —añadió—, y es uno de los mejores amigos de los Bob-Whites de Glen.

—Eso es verdad —coincidió Trixie—. Pero también le ha tocado en suerte un hermano pequeño que es imbécil. Me vio hablar con el señor Stratton y me preguntó qué me había dicho.

—Y tú no se lo dirías, ¿verdad? —preguntó Diana. A ella tampoco le gustaba Tad.

—Por supuesto que no. Me lo dijo él, que no es lo mismo. El señor Stratton le había sometido a él a otro interrogatorio, ya que Tad es el jefe de los Halcones. Tad tuvo el valor de decir que los Halcones tenían más derecho a existir que los B.W.G.

—¿Que el señor Stratton dijo eso? —preguntó Honey, y los ojos se le salían de las órbitas.

—No, fue Tad quien lo dijo.

—Desde luego tienen unos cuantos atletas en los Halcones —reconoció Mart. Él había jugado en la liga infantil, pero no consiguió que lo admitieran en la liga junior; Tad sí—. Tad le da un efecto a la bola que ni los profesionales del béisbol pueden conseguir.

—Nos estamos apartando del tema —le recordó Brian a Trixie.

—Ah, sí, gracias, Brian —a Trixie todavía le fallaba la voz—. Tad me contó que el vandalismo y algún robo (alguien le robó quince dólares al señor Stratton de la mesa de su despacho, anoche) tienen a toda la dirección del colegio como locos. Tad pensaba que la tenían tomada con las pandillas.

—Supongo que no creerás que el señor Stratton piensa que hemos sido los Bob-Whites los que han estado destrozando las ventanas y forzando taquillas y despachos, ¿verdad? —preguntó Jim. A él Y a Brian les costaba a veces seguir el hilo del pensamiento de Trixie.

—No, supongo que no, pero es que me habéis liado tanto que ya no sé qué pensar.

—No te quedarías ahí sentada, aguantando todo lo que te dijo el

señor Stratton —dijo Mart—. ¿No le contaste ninguna de las cosas buenas que el club ha hecho por la gente?

—Pues no, Mart, porque esas cosas son las que forman parte del secreto del club, cosas como… bueno, como desenmascarar al falso tío de Di, y…

—Apartarme de mi mal padrastro —añadió Jim.

—Y la vez que Honey y tú salvasteis a la pequeña Sally Darnell… y cuando capturamos a Dick el Guapo, el ladrón… —Mart se había puesto a contar con los dedos—. Bueno, ¿qué le dijiste entonces, Trixie?

—Le expliqué que Jim piensa fundar una escuela de huérfanos algún día.

El pelirrojo Jim, con pecas y todo, no pudo disimular su turbación. Al morir su tío abuelo, James Frayne, heredó medio millón de dólares, y Jim invirtió todo el dinero en unos fondos a los que pensaba recurrir cuando terminase sus estudios universitarios para crear una escuela de huérfanos.

—¿Y le dijiste que Brian será el médico residente de esta escuela? —le preguntó Jim a Trixie.

—Sí, y también que Mart va a ocuparse de cultivar el terreno, cuando acabe su carrera de Agrónomos.

—¿Y eso no le bastó? —preguntó Diana.

—No. Me dijo que todo eso quedaba aún muy lejos, en el futuro. Pensaba que era «espléndido que queráis ayudaros de esa forma» —Trixie se retorció los dedos y giró sobre sus talones, imitando al señor Stratton—. Y luego lo estropeó todo diciendo que tanto a él como al rectorado les costaba creer que nuestro pequeño club pudiera hacer nada por unos millonarios como los Wheeler o los Lynch.

—Ojalá… ojalá no tuviésemos tanto dinero —se lamentó Honey.

—Sí, ojalá —repitió Diana.

—Él no sabe lo maravillosas, amables y generosas que son vuestras familias —dijo Trixie—. Además, el dinero no resuelve por sí solo todos los problemas de la gente.

—Cierto —coincidió Honey—. El señor Stratton debería hablar con la señorita Trask, y ella le dirá lo que ha supuesto para mí pertenecer a los B.W.G.

La señorita Trask había sido profesora de Honey cuando ésta iba

a un colegio privado. Ahora vivía en casa de los Wheeler, y era una especie de ama de llaves. Fue ella quien insistió a los padres de Honey sobre la conveniencia de que ésta fuera al instituto, y quien les convenció para que le dejaran llevar vaqueros o hacer las cosas que las otras chicas de su edad hacían. Honey, que había llevado hasta entonces una vida enfermiza, tenía ahora las mejillas sonrosadas; nadie en su sano juicio pensaría al verla que había sido una muchacha enfermiza.

—Y debería saber, también —añadió Diana—, que los Bob-Whites aportaron a mis padres un sistema nuevo de valores. Ya nos parecemos mucho más a una familia, después de que mis padres despidieran al mayordomo, a las enfermeras que tenían materialmente secuestrados a mis hermanos y hermanas gemelas, y a la mitad de las criadas. Pensaban, cuando nos mudamos a este vecindario, que tendríamos que vivir como millonarios. Supongo que no nos salió bien; habíamos sido pobres la mayor parte de nuestra vida.

—Ya nos estamos volviendo a apartar del tema —advirtió Brian —. ¿Qué es lo que da a esta situación un carácter urgente, Trixie?

—El rectorado tiene una reunión esta noche…

—¿Y?

—¡Y es posible que decidan prohibir nuestro club!

—¡Con lo que nos ha costado reformar el cobertizo! —suspiró Diana. Ella era el miembro más reciente del club. Había estado muy sola antes de que los Bob-Whites le pidieran que se les uniese—. Yo solía observarte, Trixie, a ti y a tus dos hermanos mayores, Brian y Mart, y a Honey y a su hermano adoptivo, Jim, y pensaba que nada me haría más feliz qué llegar a ser amiga vuestra, y ahora…

—Y ahora —dijo Trixie, una vez más en su papel de eficaz copresidente del club—, ahora nadie va a hacernos desaparecer así como así.

—Yo creo que primero deberíamos informamos bien, en lugar de tratar de leerle los pensamientos al señor Stratton —dijo Jim, que era muy práctico—. ¿Y si fuéramos a hablar con el señor Stratton antes de la reunión de esta noche?

—Eso es lo que he estado intentando deciros desde el principio —dijo Trixie—. El señor Stratton nos ha citado en su oficina a las tres y media de la tarde para hablar del club.

—¿Y tú qué crees que significa eso? —preguntó Diana—. ¿Que nos va a conceder un margen de confianza…?

—Trixie no puede saberlo, Di —dijo Brian—. Sin embargo, yo sí que estoy seguro de una cosa. Si Jim y yo no volvemos inmediatamente a la cocina, nos echarán a patadas del empleo. Y eso supondría tal merma en las arcas del club que éste moriría de muerte natural.

—Entonces nos vemos aquí a las tres y veinticinco. Iremos juntos a la oficina del director —dijo Trixie con cierto aire solemne —. ¡Mirad, si se me ha olvidado comer! Ninguno de nosotros ha probado bocado. Sí que tiene que ir malla cosa, para que nosotros perdamos el apetito. No se me había pasado por la cabeza que pudiera ocurrir algo así.

A los seis Bob-Whites se les veía tristes. Habían organizado el club, en primer lugar, porque sus familias vivían en el campo, cerca de la pequeña ciudad de Sleepyside. Todos ellos iban al colegio en autobús. Los chicos y chicas de la ciudad podían participar en muchas actividades extraescolares a las que aquellos que tenían que tomar el autobús no podían acudir.

Trixie y sus hermanos, Brian, Mart y el pequeño Bobby, que tenía seis años, vivían en Crabapple Farm[4], en Glen Road, a dos millas de Sleepyside.

La granja lindaba al oeste con la casa de los Wheeler, que dominaba el paisaje desde lo alto de la colina. Allí vivía Honey Wheeler con sus padres y su hermano adoptivo, Jim. Manor House[5] era una finca enorme, con extensas praderas de césped bien cuidado, un refugio de pajarillas, y una reserva forestal, además de un lago privado, caballos y muchos criados.

Diana Lynch, que también tenía trece años, vivía en otra finca impresionante. Su padre se había hecho millonario hacía poco tiempo. Sus cuatro hermanos (dos parejas de gemelos, una de chicos y otra de chicas) eran mucho más pequeños.

Pese a la vasta riqueza de los otros, a los Belden les encantaba su alegre casa, por su sencillez. Aunque el señor y la señora Belden trabajaban mucho (el primero en el Banco de Sleepyside) siempre encontraban tiempo para hacer que los amigos de sus hijos se sintieran como en su casa.

Los miembros del club, cuyo silbido secreto imitaba la llamada

de un bob-white, tenían unas chaquetas rojas que Honey les había hecho, con las letras B.W.G. bordadas en la espalda.

Habían reformado el viejo cobertizo situado en la finca de los Wheeler, y ahora lo utilizaban como sede de su club. Cuando lo descubrieron no era sino un montón de ruinas, en medio de una maraña de matorrales y de viñas. Los Bob-Whites pusieron gran empeño en reconstruirlo. Los muchachos prepararon el tejado y casi todo el interior. Las chicas lo pintaron, confeccionaron las cortinas y ayudaron a limpiar la zona de rastrojos.

Una de las reglas de oro del club consistía en que todos los fondos del mismo debían ser ganados por sus miembros, trabajando. Los padres de Honey y Diana podían haber aportado una fortuna, pero nadie estaba dispuesto a aceptar esto. Trixie aportaba cinco dólares semanales que ganaba ayudando a su madre. Honey, que había aprendido a coser y a hacer remiendos en los campamentos de verano y en su colegio, aportaba así lo mismo que Trixie. A Diana le pagaban la misma cantidad por cuidar de sus cuatro hermanitos. Mart trabajaba en los oficios más extraños, lo primero que se encontraba por la colonia. Jim y Brian trabajaban en la cafetería del instituto.

Entre todos habían cuidado de la reserva forestal hasta que contrataron al señor Maypenny, el actual guardia forestal. Por este trabajo el señor Wheeler les asignó el mismo sueldo que cualquier guardia hubiera recibido.

Hacía poco, en Navidad, pasaron dos semanas en un rancho para turistas, en Arizona, y tuvieron que sustituir a los empleados, quienes habían desaparecido misteriosamente. El tío de Diana, propietario del rancho, les pagó lo mismo que hubiera dado a sus empleados.

Trabajando juntos, haciendo juntos sus planes, jugando juntos, los seis se habían convertido en grandes amigos. Creían sinceramente en los fines altruistas de los Bob-Whites de Glen. Desde luego, resultaba impensable que alguien pudiera separarles.

La idea de Trixie • 2

—¿NO SERÁ MEJOR que me quite la chaqueta de los Bob-Whites? —preguntó Trixie cuando todos se reunieron para ir a la oficina del señor Stratton.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? —preguntó Mart.

—Porque me dio la impresión de que eran nuestras chaquetas las que parecían molestarle —dijo Trixie—. Aunque, pensándolo bien, no hemos hecho nada malo.

—Ese gesto sugeriría una rendición anticipada —dijo Mart—. A juicio de los hombres más eruditos, en círculos diplomáticos, cualquier intento de disculparse supone un reconocimiento tácito de culpa.

Mart gozaba al exhibir sus palabrejas ante los demás miembros del club.

Los ojos asombrados de Diana, de un azul violáceo, se agrandaron. Ella se armaba un lío con las palabras más elementales. Se quedó mirando a Mart como hubiese hecho con un cuadro abstracto.

—No te preocupes, Di —la tranquilizó Brian—. Probablemente ni él mismo sabe lo que significan esas palabras. Se lee los editoriales del New York Times y se los aprende de memoria —en secreto, Brian sentía una profunda admiración por su hermano pequeño.

—No sé qué le encontráis de gracioso a todo esto, —dijo Trixie —. Ya hemos llegado al banquillo de los acusados.

Seis jóvenes con semblante grave entraron en la oficina del director. Había seis sillas dispuestas frente a la mesa de despacho del señor Stratton.

—Buenas tardes —dijo, y sonrió—. Ahora, dejadme ver, tú eres Brian Belden… y tú, Martin Belden.

Ambos asintieron con la cabeza.

—¿Y James Frayne?

—Sí, señor —contestó Jim.

—Y Madelaine Wheeler —Honey parpadeó al oír su nombre, que le sonaba tan grande, tan raro.

—Beatrix Belden. ¿Trixie es algún apodo? —preguntó con un guiño.

—No exactamente —respondió Trixie. La habían bautizado como Beatriz, que ella detestaba, pero nadie tenía por qué estar al tanto de ese detalle. Su madre, tan comprensiva, empezó a llamarle Trixie cuando fue al Jardín de Infancia.

—Y Diana Lynch —y el señor Stratton se enderezó un poco en Su sillón. Su sonrisa desapareció—. Bueno, ¿quién es vuestro portavoz?

—Yo —dijo Trixie. Jim era copresidente de los Bob-Whites, pero Trixie solía hablar por todos, ya que… bueno, ya que le gustaba hablar más que a nadie.

—Trixie, ya me has explicado lo del club B.W.G., y las razones que según vosotros lo justifican. Me temo que no es suficiente. El rectorado opina que debe estudiar a fondo los objetivos y el funcionamiento de cualquier organización que no esté patrocinada directamente por el instituto. No desea que existan sociedades secretas en las escuelas de Sleepyside, ya que los clubs (por llamar de algún modo a las pandillas) pueden ser fuente de tantos problemas. Con todo el vandalismo que asola Sleepyside, nos parece que tenemos que aplicar mano dura. Y cualquier reglamentación que decidamos afectará tanto a los clubs buenos como a los malos.

—Pero los Bob-Whites de Glen no llevamos a cabo actividades secretas —dijo Jim—, salvo cuando pretendemos hacer algún bien, porque no nos gusta pregonarlo a los cuatro vientos.

—Eso es algo altamente encomiable —coincidió el señor Stratton—. El verdadero problema radica en que vuestro trabajo se limita a un campo muy restringido.

—No podemos hacer más —dijo Brian—. Y sí que ayudamos a otras personas que no son miembros del club. No puedo hablar de ello, pero es así.

—Yo creo que el rectorado estaría dispuesto a reconsiderar su decisión si le presentarais un proyecto a nivel nacional o estatal —dijo el señor Stratton.

—¡Señor, ni que fuésemos la Cruz Roja[6] Americana! —murmuró Mart en voz baja.

—Perdóname —dijo el señor Stratton—. No te he oído.

—Lo que quise decir es si cree usted que podemos competir con

la Cruz Roja Americana —repitió Mart, muy incómodo.

—¡Tonterías! —dijo el señor Stratton—. Todo el mundo puede ayudar a la Cruz Roja, ¿o no lo sabéis? Me temo que no sabéis por dónde voy. Pero sí que puedo deciros lo siguiente, y prestad atención, porque os puede servir de mucho: El rectorado se ha mostrado inflexible al decir que deberéis ofrecemos una razón válida que justifique la continuación de vuestra existencia como club; caso contrario, bueno, no es que lo dijesen con estas mismas palabras, pero lo que quisieron decir es que tendríais que disolver el grupo.

—¡Jamás! —medio gritó Trixie.

—Jamás de los jamases —dijo Diana, transformada por un momento en eco de su amiga—. Señor Stratton, lo último que haríamos sería renunciar a la idea de los Bob-Whites.

Jim, Brian y Mart intercambiaron miradas. Jim habló por los tres:

—Lo siento, señor, pero eso es algo que no podemos hacer. Estamos convencidos de que nuestro club actúa de buena fe, y no entendemos por qué nadie va a querer «desmantelamos». No estamos dispuestos a deshacer el club.

—¿Hay algo que podamos hacer, señor Stratton? —pidió Trixie.

—No lo sé —dijo el señor Stratton tristemente—. Intentaré explicar al rectorado que los Bob-Whites no son una sociedad secreta en el sentido estricto de la palabra… por lo menos, no el tipo de sociedad que ellos detestan. Si tuvieseis algún proyecto en marcha…

Resultaba evidente que el señor Stratton no era el entrometido que les estaba buscando las cosquillas, tal y como había dicho Jim; él era su amigo.

—Ojalá pudiéramos contarle algunas de las cosas que los Bob-Whites hemos hecho —dijo Honey—. Sin ir más lejos, estas Navidades ganamos cuatrocientos dólares trabajando en un rancho para turistas y…

—¡Honey! —la advirtió Jim.

Honey se tapó la boca con la mano. Estaba tan afectada con todo el jaleo, que estuvo a punto de decirle que le habían dado el dinero a la pequeña Navajo, la criada del hotel del rancho, para ayudarle a pagar la operación de su padre.

Mientras Honey hablaba, Trixie se removía en su silla, impaciente por salir a escena. Llegado el momento, se levantó de un salto.

—¡Tengo una idea fabulosa! —dijo—. Señor Stratton, ¿podría concedernos quince minutos? ¡Necesito hablar con ellos!

El señor Stratton miró su reloj.

—Cielos, sí —dijo—. Tenía una cita a las cuatro y cuarto, y ya son casi y media. Quedaos aquí y pensad en lo que os he dicho. Estaré de vuelta a las cinco.

Trixie, Honey, Diana, Brian, Jim y Mart se quedaron de pie hasta que salió del despacho. Entonces se sentaron todos alrededor de Trixie.

—Vamos, suéltalo, genio —dijo Mart—. Todo el futuro que le veo a los Bob-Whites es el sabotaje anunciado por el rectorado.

—¡No digas esas cosas, Mart! —exclamó Diana, y dio un pisotón para subrayar su enfado—. Estoy segura de que a Trixie se le ocurrirá algo para sacarnos de este embrollo.

—Te recuerdo que su especialidad es metemos en embrollos —dijo Mart.

—Y sacamos, no lo olvides —la defendió Jim—. Siempre tendré presente que me salvó la vida cuando se incendió la mansión de mi tío abuelo.

—Y a estas horas tú estarías criando malvas si ella no hubiera pensado en el modo de escapar cuando os secuestró el falso tío de Honey —le recordó Brian.

—Eso es verdad —reconoció Mart avergonzado—. Y también salvó a Bobby, cuando le mordió aquella serpiente, la copperhead[7].

—Por favor… —suplicó Trixie.

—Y si nos pusiéramos a contar todo lo que Trixie ha hecho por nosotros no acabaríamos nunca —dijo Honey—, aunque a veces sí que nos haya metido el algún buen lío. Ahora, de todos modos, sólo nos quedan unos cuantos minutos para pensar en algo que evite la desaparición de los Bob-Whites. Muy bien, Trixie, ¿cuál es tu propuesta?

—¿Qué tal si hacemos algo para ayudar a la UNICEF[8]? —preguntó Trixie. Enseguida añadió, con cierto dramatismo—: ¡La UNICEF trabaja en todo el mundo!

—Oye, Trixie, eso sí que va a ser una bomba —dijo Mart excitadísimo—. A ver si el rectorado se atreve a meterse con nosotros si sabe que estamos ayudando a las Naciones Unidas. Eso debería dejarles satisfechos.

—No empecéis a dar palmas de alegría —dijo Jim, un poco

aguafiestas—. ¿De qué se ocupa la UNICEF, Trixie?

—Sólo conozco un par de ejemplos —dijo Trixie—, pero son espectaculares.

—¿Por ejemplo? —preguntó Jim.

—Trabajando con otras organizaciones que hay en las Naciones Unidas, la UNICEF se ha hecho cargo de la preparación de enfermeras, médicos, profesores, técnicos y demás en unos ochenta países, por todo el mundo, ayudando a éstos a sacar provecho de sus propios recursos. ¿Entendéis…? Así no es una ayuda para salir del paso, sino a largo plazo —los ojos de Trixie despedían un brillo más intenso conforme se iba aceptando su idea.

—¿Y puedes citarnos alguna circunstancia concreta en la que la UNICEF haya intervenido? —insistió Mart—. El señor Stratton necesitará que le demos un proyecto específico para presentarlo al rectorado.

—Cielos, ellos ya conocen perfectamente la UNICEF… llevan años aportándoles donaciones —dijo Trixie—. Para vuestra información, os diré que en Nicaragua, por ejemplo, la UNICEF ha ayudado a construir una industria lechera que les permite procesar la leche y enviarla en burro a las montañas, para los niños que nunca en su vida habían probado la leche.

—Trixie Belden, ¿de verdad estás insinuando que jamás se habían tomado un vaso de leche? —a Honey le había impresionado esto tanto que tenía los ojos húmedos.

—Exacto. Hay muchos países que no tienen una ganadería vacuna importante y… mira, en Tailandia la UNICEF envió unos técnicos que han estado enseñando a la gente a plantar, cultivar y cosechar la soja.

—Y la comida tampoco lo es todo —dijo Brian. Su vocación de médico le había hecho consciente de los problemas de salud que existían en países lejanos—. Esos médicos y enfermeras que la UNICEF prepara han ayudado a otros pueblos a librarse de la malaria, el tracoma, la tuberculosis, el tifus, la difteria, y la mayoría de las enfermedades que atacan a los niños desnutridos.

—Desde luego eso hace que nuestras acciones parezcan muy poca cosa —dijo Diana—. ¿Qué podemos hacer para conseguir dinero?

—¿Una subasta de bicicletas? —propuso Honey.

Los chicos se echaron las manos a la cabeza y la abuchearon.

—Vosotros podríais dar clases de esquí —les dijo Diana.

—Bah, por aquí todo el mundo sabe esquiar —dijo Mart—. No íbamos a tener ni un alumno.

—Bueno, entonces piensa tú algo, genio —replicó Trixie.

—Nadie acudiría a una representación teatral si los actores fuésemos nosotros —se quejó Honey con realismo.

—En el colegio tenemos todas las obras de teatro que queramos, y gratis —dijo Brian—. No, tiene que ser algo completamente distinto, algo para lo que sirvamos todos. Si no es así, no creo que el señor Stratton lo acepte.

—Yo no puedo pensar en nada que no requiera años para conseguir un poco de dinero —se lamentó Diana—, como hacer de niñera o leer a los enfermos o… —la interrumpió Trixie Belden, exultante:

—Se me ha ocurrido una idea: ¡una exposición de antigüedades!

—¿Una qué? —preguntó Mart.

—¡Una exposición de antigüedades! —repitió Trixie.

—¿Y cómo vamos a montar una exposición de antigüedades? —volvió a preguntar Mart, que estaba en plan preguntón.

—Bueno, ya sabéis como es la gente, aquí en el Este —dijo Trixie, y en su ansiedad le salía un torrente tal de palabras que éstas se le trabucaban y sólo se le entendía con gran esfuerzo—. Todo el mundo está interesado en las antigüedades.

—Sí, lo malo es que, por eso mismo, todo el mundo tiene —dijo Mart con pesar, sobre todo al venirle a la memoria la decrépita cama de cuatro columnas que él tenía en su dormitorio y compararla con esas literas tan modernas y tan bonitas que había visto fotografiadas en alguna revista.

—Nadie tiene bastantes antigüedades —dijo Trixie—. Además, nosotros exhibiríamos las más raras, las más insólitas que posean las gentes de por aquí, para que otras personas puedan verlas.

—¡Y podríamos cobrar la entrada! —intervino Diana entusiasmada.

—Por supuesto —dijo Trixie—. Y lo mejor, de todos modos, sería recoger toda clase de muebles viejos que estén rotos y repararlos, restaurarlos, y venderlos. Los muchachos se encargarían de eso.

—¿Y qué, si me permites esta pregunta, haríais vosotras entretanto? —preguntó Mart.

—Yo haría muñecas de trapo —respondió Honey en vez de Trixie—. Y delantales.

—Yo no sé qué podría hacer, pero todo esto me suena estupendo —dijo Diana.

—Tú y yo podemos ir a por toda clase de cosas con los trineos… sillas, taburetes y mesitas —propuso Trixie—. Y llamar a la gente, preguntándoles si nos dejarían exponer sus antigüedades… Supongo que convenceremos a Tom, tu chófer, para recoger los objetos más grandes, ¿no crees, Honey?

—Estoy segura de que nos ayudará —respondió Honey—. Di y tú también podéis ayudamos a lijar los muebles —sugirió Mart—. Todo lo del acabado es la parte más dura.

—Como queráis —dijo Trixie, tan enamorada del proyecto que accedería a cualquier cosa.

—Todos nos ayudaremos —dijo Brian—, pero esto va a suponer un montón de trabajo; pensad que a la vez seguiremos teniendo las demás obligaciones.

—Y habrá que estudiar de lo lindo si queremos ir a Arizona sin que nos quede ninguna asignatura —se quejó Trixie—. Pero no hay nada imposible. ¡Sellemos este compromiso dándonos la mano, Bob-Whites!

Todos se dieron la mano con solemnidad mal disimulada.

—Y ahora cruzad los dedos —prosiguió Trixie—. Me parece que oigo al señor Stratton, que viene por el pasillo. Es preciso que nos deje hacerlo. ¿Os imagináis…? Estaríamos haciendo algo de provecho por esos niños, ¡y quedarían a salvo los Bob-Whites!

¡Campeones! • 3

LOS BOB-WHITES estaban apuntando sugerencias cuando entró el señor Stratton.

—Bien, tengo la impresión de que habéis estado trabajando —dijo—. Y ya no parecéis tan desalentados —añadió.

—No, señor, no lo estamos —dijo Jim—. Creemos que Trixie ha pensado en algo que puede resultarle interesante al rectorado. Si usted nos da el visto bueno, pondremos todo nuestro empeño en el proyecto.

—No es cuestión de que yo os dé el visto bueno —dijo el señor Stratton—. Vosotros conocéis bien a los miembros del rectorado, y sabéis que se toman su trabajo muy en serio. Tenemos los colegios más prestigiosos del condado de Westchester. El instituto de Sleepyside es su ojito derecho, y la situación por la que está pasando en estos momentos les tiene muy preocupados. Hace poco les han llegado quejas, a través de una fuente digna de crédito, que se refieren a la existencia de sociedades secretas en el colegio. Su deseo es que el colegio sea el colegio de todos.

—Pero si ya le hemos explicado que la idea del club nos llegó al ver que no veíamos forma de trabajar o jugar con los demás al final de las clases —dijo Trixie.

—El autobús nos espera a la salida —le recordó Diana—. ¿Cómo vamos a estar con los otros chicos?

El señor Stratton sonrió.

—La reunión va a tener lugar esta noche, como sabéis. ¿Por qué no me cuentas lo que habéis decidido, Trixie?

Sin más rodeos, y sin mayor dramatismo, Trixie le explicó el proyecto de los Bob-Whites de Glen. Sus ojos azules se fueron ensanchando, volviéndose más serios, mientras le hablaba de la obra de la UNICEF, de cómo los Bob-Whites esperaban contribuir con el dinero que sacaran de la exposición de antigüedades, de que supondría un gran esfuerzo por su parte pero que lo harían con mucho gusto.

—Has presentado una defensa de vuestro club muy buena —le dijo el señor Stratton a Trixie una vez que ésta terminó de hablar—.

Y los demás miembros del club parecen haber estado tan inspirados como tú.

—Yo no había pensado nunca en lo que sufren los niños en las partes más oprimidas del mundo hasta que Trixie nos habló de la UNICEF —confesó Jim.

—No sólo tú, Jim; ninguno de nosotros —añadió Honey—; y aunque prohibieran nuestro club, seguiríamos queriendo prestar toda la ayuda posible, ¿no? —le dio un codazo a Diana y miró con expectación a Mart y a Brian.

—Yo pienso lo mismo que Honey —dijo Diana.

—Y yo —dijo Mart—. Conozco un excelente método para quitar el barniz viejo. A mí me gusta la carpintería.

—Yo haré cuanto pueda —dijo Brian—. Creo que todos le debemos algo a usted, señor Stratton, por damos la oportunidad de trabajar para la UNICEF.

—El proyecto es vuestro, chicos, no mío —les recordó el señor Stratton—. Y son los miembros del rectorado, y no yo, quienes os darán la oportunidad. Yo expondré ante ellos vuestro plan. Y os aseguro que serán justos.

—Ellos no saben lo que esto significa para nosotros —musitó Trixie con tristeza.

—Intentaré enfocar el tema desde ese punto de vista también —la tranquilizó el señor Stratton—. Ahora, si me lo permitís, debo marcharme. Mañana os haré saber la decisión del rectorado.

Estaba oscureciendo cuando los B.W.G. salieron del colegio. El edificio quedó desierto; sólo los porteros recorrían sus largos pasillos, cuidando de las modernas instalaciones.

Las luces de la calle empezaron a encenderse de una en una, proyectando sombras tempranas en los montones de nieve apilados a los dos lados de la carretera. Los coches iban de un lado a otro, llevando a la gente desde los trenes de viajeros o desde las oficinas a sus casas.

Los Bob-Whites habían estado tan absortos en sus problemas que no se habían percatado de lo tarde que era.

—¡Hala, si son casi las seis! —dijo Brian—. Habrá que llamar por teléfono enseguida y explicar por qué llegamos tan tarde.

—Mamá creerá que nos ha pasado algo —dijo Trixie—. Deberíamos haberla llamado antes. Siempre nos está diciendo que

lo único que quiere que hagamos es dejarle recado de dónde estamos, qué hacemos y por qué.

—Dile que Regan vendrá a recogernos con la furgoneta —dijo Honey—, o Tom. Yo también voy a llamar a casa.

Regan era el mozo de cuadra de los Wheeler. Cuidaba de los cinco caballos y de los establos. Era mucho más que un mozo de cuadra. Como los padres de Honey se pasaban tanto tiempo fuera de casa, él ayudaba a la señorita Trask a ocuparse del caserón y de la finca, de Honey y de Jim y, de hecho, también del resto de los Bob-Whites y de sus hermanos.

Los Bob-Whites sabían que dejaría a un lado lo que estuviera haciendo y vendría a por ellos. Brian y Jim, sin embargo, intercambiaron unas miradas y supieron que no era eso lo que ellos querían que Regan hiciese.

—Espera un poco, Honey —le dijo Jim. Honey volvió a donde estaba el grupo. El resto de los Bob-Whites miraron a Jim, expectantes.

—¿Podréis aguantar hasta mañana —preguntó— sin conocer la decisión que tome el rectorado?

—¿Acaso tenemos otra opción? —preguntó Mart, poniéndose una mano en la boca para disimular un bostezo imaginario.

—Oh, deja eso, Mart —dijo Brian—. Existe una alternativa: podemos quedamos en la ciudad hasta que acabe la reunión y luego ir a casa del señor Stratton para que nos diga qué ha pasado.

—¡Pues claro! —exclamó Trixie—. Claro que podemos hacer eso… esto es, si nuestros padres nos dejan. Un momento… primero habrá que llamar a Regan y preguntarle si puede venir a recogernos al término de la reunión. Luego llamar a casa… Cielos, se me ocurre una cosa…

—Todos atentos —bromeó Mart—. La ocasión lo merece. ¡Trixie ha puesto su cerebro a trabajar!

—De vez en cuando funciona —se defendió Trixie—. ¿Cómo crees que han quitado la nieve de la acera en Crabapple Farm, Mart? Papá ya habrá llegado a casa, y estará que echa chispas contigo y con Brian.

—Y, si no recuerdo mal, tú tenías que cuidar de Bobby hasta que mamá volviera a casa, después de su reunión —repuso Mart—. ¿No crees que los rayos de la ira paterna también te alcanzarán a ti?

—La señorita Trask pasó por el colegio y se llevó a Bobby a casa —dijo Honey.

Trixie suspiró aliviada.

—Entonces te toca a ti llamar a papá —le dijo a Brian—. Ya debe haberse imaginado que algo nos ha retrasado.

—Le diré que mañana nos levantaremos temprano y quitaremos la nieve —dijo Brian—. ¡Vamos allá!

Honey y Diana también entraron en el instituto, para usar el teléfono público del vestíbulo.

—Ha surgido un nuevo problema —dijo Mart cuando volvieron —. Cuestión de finanzas. Tenemos que cenar —volvió del revés sus bolsillos—. Yo no tengo nada.

—Yo llevo cincuenta centavos —dijo Trixie, hurgando en el bolsillo de su abrigo.

—No le deis más vueltas —les tranquilizó Jim—. Podemos comer lo que queramos en un Wimpy[9]. Papá abrió una cuenta para Honey y para mí, para casos de emergencia. Podemos ir y atiborramos de hamburguesas, patatas fritas y leche malteada, entre otras cosas. Vamos.

—¡Salvados! —dijo Mart.

Olvidando un rato el nubarrón que oscurecía el cielo, los Bob-Whites se metieron en lo que era una réplica es trecha de un vagón-comedor.

Sólo había una persona en la cola de la caja… Araña Webster.

—Que me zurzan si no estoy ante el miembro de honor del F.B.I. [10] y su comando —dijo Araña cuando éstos se sentaron en una mesa cercana.

Trixie arrugó la nariz, gesto que dedicó al policía.

—¿Habéis acorralado a algún criminal últimamente? —preguntó Araña.

—No, ojalá… Hay por ahí unos cuantos que están pidiendo a gritos que los encierren —Trixie se había puesto muy seria.

El hombre que estaba detrás de la caja estaba esperando.

—Dos hamburguesas cada uno —dijo Jim—. ¿De acuerdo todos?

—Póngales —intervino Mart— cebollas, Kétchup, tomates, condimentos…

—Y patatas fritas —añadió Jim—. Montones de patatas. Estoy muerto de hambre.

—A mediodía no probamos bocado —explicó Honey.

Al recordar el motivo, miraron al suelo:

—¡Y deprisa!

—Bueno, ¿qué es eso de los criminales que andan sueltos por ahí? —quiso saber Araña, pasándole el frasco de Kétchup a Trixie, que se había sentado a su lado.

—¿Es que no ha oído hablar de las cosas que están pasando en el instituto? —preguntó Honey.

Araña se puso serio.

—Ah, eso. Sí, algo he oído. Estamos trabajando en ello.

—Los profesores sospechan que puede tratarse de algunos chicos del mismo instituto —dijo Mart.

A Araña se le veía nervioso.

—¿Ah, sí? —preguntó—. La policía no tiene ninguna pista aún, que yo sepa. Pero no me pareció que creyeran que era cosa de los estudiantes.

El hermano de Araña, Tad, que tenía catorce años, había entrado ese año en el instituto de Sleepyside. Sus padres habían muerto, y Araña había intentado desempeñar ese oficio paternal con él. Los Bob-Whites intuían cuánto preocupaba Tad a su hermano. A ellos no les parecía que Tad fuese tan malo, pero preferirían que se comportara de acuerdo con su edad.

Mart siguió hablando.

—Los profesores creen que son alumnos —dijo—. ¿Qué por qué? Porque hacen cosas estúpidas, cosas de críos.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Araña.

—Como rayar los pupitres, volcar las papeleras o romper cristales.

—¿Y no ha habido ningún robo? —preguntó Araña.

—Sí, anoche mismo —respondió Mart—. ¿No es eso lo que nos dijiste, Trixie?

—Anoche alguien le robó dinero al señor Stratton —confirmó Trixie gravemente— de la mesa de su despacho, y forzaron varias taquillas.

Al decir esto, se produjo un cambio en la expresión de Araña que la alarmó. De pronto, recordó una conversación que había oído por casualidad en el pasillo. Tad le estaba diciendo a otro de los Halcones que le había pedido a su hermano Araña diez dólares para

comprar unos materiales que les hacía falta. Tad dijo que su hermano le había negado el dinero. ¿Sería que Araña se preguntaba si Tad habría encontrado algún otro modo de conseguir ese dinero?

La voz de Araña interrumpió el asombro de Trixie.

—Y supongo que creéis que podéis encontrar a esos vándalos, y por eso estáis en la ciudad a estas horas entre semana —dijo sarcásticamente—. Si es así, será mejor que os vayáis a casa. Ése es un trabajo para la policía.

—No es por eso —dijo Trixie, y explicó a Araña la amenaza que pesaba sobre su club. También le contó el plan que habían trazado para intentar salvarlo.

Mientras hablaban entró Tad, y éste oyó lo de la exposición de antigüedades.

—¡Ja! —se mofó—. ¿Y quién va a acudir a una exposición de antiguallas? ¿Por qué no organizáis un combate de boxeo?

—¿Y quién iba a boxear? —preguntó Araña.

—Yo mismo —dijo Tad—. Dejaría K.O.[11] a Brian o a Jim en cuanto se me pusieran por delante.

—¡Vaya un gallito de pelea que tenemos! —se burló Mart.

—Pues sí, ya ti también, imbécil —repuso Tad, cerrando sus puños—. Además, ¿qué os hace pensar que la gente va a dejaros exhibir por ahí sus valiosas herencias? Lo dais todo por hecho.

—Sabemos que la gente nos ayudará cuando sepan que es en beneficio de la UNICEF —dijo Trixie indignada.

Araña miró el reloj y se puso de pie.

—Ya debería estar en Main Street —dijo—. Hasta luego, chicos. Ven conmigo, Tad.

Tad cogió la bebida que su hermano no había acabado, se la bebió de un trago y salió arrastrando los pies detrás de Araña.

—Hasta la vista —dijo—. Nosotros, los Halcones, también queremos saber por dónde sale el rectorado.

A través de la ventana, Trixie vio que Araña sacaba la cartera y le daba un billete a Tad. Luego oyó el rugido de la motocicleta de Araña.

—Hay que tener mucho cuidado y no mencionar lo valiosas que pueden ser algunas de las antigüedades que expongamos —dijo Trixie—. Podrían tentar a más de uno.

—Ya estás otra vez —dijo Jim— en plan Sherlock Holmes.

Olvídalo, Trixie. Aquí llega la cena.

Mike puso ante ellos los platos, humeantes y apetitosos.

—¿Habrá algo en el mundo mejor que una hamburguesa? —se preguntó Jim—. Más patatas fritas, por favor, Mike.

—Yo tengo tanta hambre que me comería hasta un búho hervido —dijo Trixie—. ¿No habéis encontrado a Araña un poco raro?

—Yo no —dijo Brian.

—Yo tampoco —dijo Diana.

—Entonces deben ser cosas de mi imaginación —dijo Trixie, y le dio un buen bocado a su jugoso sandwich.

—¡Chica, de eso tienes un rato! —la pinchó Mart.

—Puede que tenga imaginación, Mart, pero al menos no hablo con la boca llena —replicó Trixie—. ¿Cómo vamos a matar, el tiempo hasta que la reunión termine?

—Tenemos un montón de deberes. Podríamos ir a la Biblioteca, y yo te ayudaría con las matemáticas, Trixie —Brian era el más responsable del grupo. Siempre hacía los deberes.

—Vamos, yo sería incapaz de concentrarme en nada hasta que nos enteremos de la decisión del rectorado. Ya sé que soy yo la que más necesita hacer los deberes, Brian; no tienes por qué mirarme de esa forma. Mis «mates» van de mal en peor. Pero ¿quién de vosotros podría estudiar sus lecciones en este momento?

Todos sacudieron la cabeza… hasta Brian.

—Entonces voto por ir al cine, a la segunda sesión.

—Si tenemos dinero —dijo Mart—. Alguien tendrá que financiarme a mí.

Vaciaron los bolsillos, recolectaron una cierta suma y se la pasaron a Jim.

—Hay de sobra —dijo—. Tenemos hasta para palomitas de maíz.

La película era del Oeste, llena de acción.

Honey, que se asustaba fácilmente, se arrimó a Trixie. Distraída, Trixie trató de reconfortarla dándole unas palmaditas en el brazo, pero sus ojos y su alma estaban en la pantalla, galopando como locos por la pradera.

Por fin acabaron con «los malos», las luces se encendieron, y los Bob-Whites se encontraron de nuevo en la calle.

—Son las diez y cinco —dijo Jim, acercando su muñeca a una luz para ver la hora—. La reunión debe estar terminando.

—¿Está muy lejos la casa del señor Stratton? —preguntó Honey, tiritando. La película no le había gustado nada.

—A la vuelta de la esquina, hermanita. ¿Tienes frío? —preguntó Jim, y sacó del bolsillo una bufanda de lana y se la colocó a Honey en los hombros.

—No es frío —respondió—. Estas películas de vaqueros me ponen mala.

—Nunca entenderé cómo has podido salir de los embrollos en que Trixie te ha metido —dijo Mart.

—Nunca sabía que se trataba de algo peligroso hasta que ya estábamos pringadas hasta el cuello —suspiró Honey—. Y cuando lo supe me daba muchísimo más miedo dejar que fuera ella sola.

Caminaron un poco, y llegaron a la casa del señor Stratton. Brillaba sólo una débil luz en la habitación de arriba. La familia, seguramente, se había ido a la cama.

—Procuremos no hacer mucho ruido —susurró Trixie—. ¡Oh, no, por ahí viene Tad! Adviértele que se esté callado, Brian. Me estoy congelando. Espero que el señor Stratton llegue pronto.

Tad llegó hasta donde ellos estaban, sacó pecho y se golpeó en él con los puños para combatir el frío.

—He pasado por delante del colegio y la gente ya estaba saliendo de la reunión —murmuró—. Si el rectorado cree que puede deshacerse de los Halcones así como así, se equivocan de medio a medio. Lo único que sucederá es que pasaremos a la clandestinidad.

—Pero no podéis hacer eso —dijo Diana.

—¿Conque no, eh? —se burló Tad—. Espera y verás. No, chicos, la verdad es que estoy convencido de que todo seguirá igual, sin problemas. Oye, Mart —a medida que hablaba iba elevando la voz; Trixie le hizo bajar la voz con un gesto—, ¿sabes qué? Esta

primavera vamos a tener al mejor bateador que has visto en tu vida, en la liga Junior… Matt Devlin.

—¡Caramba, buenas noches! —la voz asombrada del señor Stratton interrumpió a Tad—. ¿No es un poco tarde para que estéis en la ciudad un jueves por la noche? Ah, claro, ya entiendo el motivo.

—Sí, no habríamos aguantado hasta mañana. En realidad, ¡ya no podemos esperar ni un minuto más! —Trixie cogió al señor Stratton por el brazo cuando éste sacó la llave para abrir la puerta—. Díganoslo.

—Sí —intervino Tad—. Los Halcones también queremos enterarnos.

—Siento que sea tan tarde; si no, os invitaría a pasar —dijo el señor Stratton—. Bueno, pues allá va, sin más rodeos. Omitiré toda la discusión previa. Los miembros del rectorado estaban indignados por todo lo que ha venido ocurriendo en nuestro instituto.

—¿Y les dijo que nosotros no teníamos nada que ver con todo eso? —preguntó Trixie.

—No, porque no me pareció que estuviesen pensando en ningún grupo en concreto. En cuanto se me presentó la oportunidad, les expliqué las razones que originaron la creación de los Bob-Whites. Luego expuse el proyecto que habéis trazado para ayudar a la UNICEF.

—¿Y? —Trixie se moría si no se lo decía de una vez.

—Bueno, no dijeron que tuvieseis que desaparecer en seguida.

Todos dieron un suspiro de alivio.

—Lo que sí dijeron —continuó el señor Stratton—, fue que tendríais que demostrar que no se trata sólo de palabras.

Las chicas gruñeron. Los muchachos barrieron el suelo con los zapatos.

—Estarán pendientes de los resultados de esa exposición de antigüedades —prosiguió el director—. De modo que, chicos, está en vuestras manos. Si conseguís que la exposición sea un éxito, y el equipo rector ve lo bien que podéis trabajar en equipo para conseguir algún fin benéfico, y ellos opinaron que obtener dinero para la UNICEF es algo estupendo, entonces podéis estar seguros de que alentarán vuestra labor.

—¡Hurra! —exclamaron al unísono.

Alguien levantó una persiana en el piso de arriba.

—Perdone, lo sentimos muchísimo —le dijo Trixie a la señora Stratton, que asomó la cabeza—. De todas formas, un millón de gracias, señor Stratton. Sabemos que fue usted quien les hizo cambiar de idea. ¡Gracias!

—No hay de qué —dijo el señor Stratton, y de nuevo apoyó la mano en el picaporte.

—Oiga, señor, ¿y qué me dice de los Halcones? —Tad habló en voz muy baja, humilde como nunca.

—¿Los Halcones? —repitió el señor Stratton—. Ah, sí, el rectorado decidió inmediatamente que podían seguir adelante, que era bueno para sus miembros, y bueno para el colegio… sí. ¡Y ahora, buenas noches!

Y entró en su casa.

Tad, resumiendo su chulería, y triunfante, elevó al cielo los puños.

—¡Campeones! —exclamó, y se esfumó.

—Eso es lo que se cree —dijo Mart; el grupo seguía a Tad, calle arriba.

Regan les esperaba junto a la farmacia de Main Street.

—No vale la pena preocuparse de lo que Tad piense —dijo Jim —. ¿Vale, Trixie?

—¡Vale, Jim! —¡Qué gran copresidente! —pensó Trixie.

Y siguieron su camino de la mano, la cabeza erguida, orgullosos.

¡Ya nada podría detenerles!

Tesoros en el desván • 4

—¡YA ESTÁ AQUÍ REDDY otra vez! —gritó Bobby—. ¡Se va a meter justo debajo de mi trineo! ¡Reddy! ¡Por favor, vuelve a casa, Reddy!

Trixie había llevado a su hermano pequeño a esquiar, a la colina que había detrás de Crabapple Farm. Reddy, su setter irlandés, también quería esquiar, por lo visto. De hecho al muy caprichoso le apetecía todo aquello que le apeteciera a Bobby. Resultaba obvio quién era su Belden favorito. Acaso fuera porque Bobby era el que tenía más tiempo para jugar con él.

—¡Vuelve a casa, Reddy! —ordenó Trixie—. ¡Malo, más que malo!

—No es que sea malo. Es un perro muy bueno. A mí sí que me hace caso —dijo Bobby—. ¡Siéntate, Reddy! ¡Siéntate y mira cómo esquío! ¡Ahora, hazme caso!

Reddy, obediente, se sentó sobre sus patas traseras, en lo alto de la colina. Observó cómo Trixie colocaba a su hermano en el trineo y luego empujaba éste. Reddy se moría de ganas de jugar. Ladró y ladró, intentando hacérselo saber. Y colina abajo que se fue Bobby. Trixie corría a su lado.

A la siguiente vez, Reddy no se quedó quieto cuando Bobby arrancó. Por el contrario, correteó alrededor del trineo hasta que éste ganó velocidad; entonces se sentó sobre sus cuartos traseros, en el resbaladizo hielo, y se deslizó tras Bobby.

Al llegar al pie de la colina, se levantó y se puso a ladrar con furia.

—Yo también sé esquiar —parecía decir.

Una y otra vez se lanzaron colina abajo… Bobby, luego Reddy, deslizándose, y por último Trixie, corriendo al lado de los dos.

—Ésta es la última de la mañana —indicó Trixie mientras Reddy, cansado de tanto resbalón, corría tras Bobby.

—A Reddy y a mí no nos gustan las últimas veces —dijo Bobby cuando Trixie lo alcanzó al pie de la colina.

Ésta guardó el trineo en el garaje, y los tres se metieron en casa.

—Reddy también ha esquiado —le dijo Bobby a su madre—, pero Trixie sólo me empujó once veces.

—¡Hala…! Mamá, eso no es nada —dijo Trixie—. Deberías haber visto a Reddy. ¡Se sentó y se deslizó colina abajo sobre sus cuartos traseros!

—Yo estuve persiguiéndolo por toda la casa, pero enseguida desistí. Tampoco sabía que Reddy supiera esquiar. Y, Bobby, me tiene sin cuidado el número de veces que Trixie te haya empujado; ya has estado fuera tiempo más que de sobra —le dio un poco de la manzana que estaba pelando—. Trixie tiene que airear la cama mientras yo termino la tarta… quiero decir, las tartas. Siempre será un misterio para mí lo que esta familia hace con las tartas.

—Si no las hicieses tan buenas, mamá —dijo Trixie—. Si yo hiciera una, duraría dos semanas, y entonces tendríamos que tirarla a la basura.

—Pues yo sé cómo ponerle remedio a eso —dijo su madre, que tenía las mejillas inflamadas con el calor del horno—. El sábado que viene, en lugar de llevarte a Bobby con el trineo, darás tu primera lección sobre el arte de hacer tartas.

—Ni en un millón de años aprendería a cocinar tan bien como tú —dijo Trixie—. En esta casa disponemos de los manjares más exquisitos del mundo… tomates, maíz, salmuera, y todas esas cosas que pusiste en conserva el verano pasado.

—No olvides que todo eso salió del jardín que tus hermanos y tú cultivasteis, y que vosotros mismos me trajisteis la fruta y las verduras necesarias. En esta casa todo el mundo trabaja.

—Sí, es verdad, pero ya sabes, mamá, que no vamos a poder ayudarte tanto en casa hasta que no terminemos con lo de la exposición de antigüedades. Ojalá saquemos un montón de dinero para enviar a la UNICEF. ¿No fue estupendo que el rectorado nos dejara seguir con el club?

—Supongo que sí. Aunque nunca entendí qué era lo que les molestaba tanto. A mí me parece que los Bob-Whites han hecho muchas cosas buenas. Estoy orgullosa de vosotros. Lo que no me gustan son todas esas investigaciones que hacéis. Espero que ya te hayas cansado de misterios.

—Es posible. Ahora no voy a tener mucho tiempo para eso.

—Te ves envuelta en tantas cosas, Trixie —suspiró la señora Belden—. A veces preferiría tener una hija más como las otras. Estabas tan guapa cuando te ponías todos esos vestidos y fingías

estar interesada en ese primo de Honey…

—¡Ese pesado!

—¡Trixie! ¡Modera tu lenguaje! —la señora Belden abrió la puerta del horno, metió una tarta y se puso a hacer la masa de la corteza para la siguiente.

—Hasta Honey lo dice —dijo Trixie—. Mamá, tenemos muchísimo que hacer para esa exposición de antigüedades. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Yo estuve hablando con una amiga del Club de Jardinería esta mañana —dijo la señora Belden—. Me prometió que os prestaría sus dos sillas chinas, estilo Chippendale[12], para la exposición.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Trixie—. Yo le garantizaré personalmente que no sufrirán daño alguno… ni un arañazo. Regan y Tom han dicho que irán a recoger todas esas cosas la víspera a la exposición. El problema será dónde meterlo todo.

—¿No te lo ha dicho tu padre? —preguntó la señora Belden—. Ah, ahora me acuerdo… todavía no te habías levantado cuando se fue esta mañana. Dijo que estaba seguro de poder arreglarlo todo para que pudieseis utilizar ese almacén que el Banco quiere alquilar, el que hay en frente de la boutique. Está en Main Street.

—¡Cómo! —gritó Trixie—. ¡En Main Street! Ya verás cuando se lo diga a los demás.

—Ahora enseguida podrás decírselo a Honey y a Diana. Las veo venir de Manor House. Los chicos han llevado el coche de Brian a Sleepyside, para que le revisen los frenos. Yo preferiría que Brian le pusiera ruedas especiales para la nieve a ese viejo cacharro que tiene.

—No le hacen falta. Deberías verle sacar el coche cuando se queda atascado en la nieve. Nos bajamos todos y empujamos. Casi lo podemos hasta levantar en vilo. Y no tenemos dinero para cambiar las ruedas, aunque quisiéramos. Hasta el último centavo va a ir a parar a la exposición.

En eso irrumpió Bobby, para abrirles la puerta a Honey y a Diana.

—Buenos días, señora Belden —dijeron a coro. Luego, sin dejar que les respondiera al saludo, añadieron—: ¡Trixie, espera a oír lo que tenemos que decirte!

—Dejad que os cuente yo primero —dijo Trixie—. Casi seguro

que el Banco donde trabaja mi padre nos permitirá utilizar el viejo almacén donde estaba antes la ferretería del señor Bennington. ¡Está en Main Street! —añadió, subrayando su dicha con un paso de baile.

—¡Pues eso hará que la exposición nos salga redonda! —exclamó Honey, abrazando a Trixie.

—Ahora me toca a mí daros una sorpresa —terció Diana—. Para que podamos restaurar los muebles viejos, papá nos va a dar una vieja estufa que solía utilizar en el apartamento que hay arriba del garaje. Va a hacer que lo reparen y que nos lo instalen en el cobertizo.

—¡Oh, no! —se lamentó Trixie.

A Diana casi se le salen los ojos de sus órbitas.

—¿Y por qué no?

—Di, por favor, no me mires así —dijo Trixie—. Ya sabes que no podemos aceptar ningún regalo.

—Pero si a mi padre ya no le hace ninguna falta —dijo Diana—. No seas tan puntillosa, Trixie.

—Yo no soy la única puntillosa, y tú lo sabes —repuso Trixie—. Es Jim. Jim es tan es… es…

—Escrupuloso —le ayudó su madre.

—Eso es, mamá, gracias. Jim piensa que debemos cumplir nuestro lema: «gánate todo lo que vayas a usar para el club». Y creo que tiene razón. Él siempre tiene razón.

La señora Belden sonrió.

Trixie se sonrojó.

—Bueno, él siempre tiene razón —insistió—. Aunque quizás podamos llegar a un acuerdo, si tu padre no va a usar esa estufa, Di.

—Claro que no —dijo Di—. Se la iba a regalar al primero que la necesitase.

—En ese caso, es posible que a Jim no le importe que nos la traigamos. Pero seremos nosotros los que paguemos por la reparación y la instalación, a no ser que… —añadió Trixie—. No me extrañaría que Jim y Brian pudieran arreglarla ellos mismos. Puede que con la ayuda de Regan…

—Y ahora mis noticias —dijo Honey—. Regan va a pasar un cable eléctrico desde las cuadras al cobertizo. Así tendremos luz por la noche, para poder seguir reparando los muebles viejos. ¿Os

imagináis cuánto tiempo ganaremos ahora para trabajar?

Trixie estaba tan excitada que no paraba de moverse por la habitación; los ojos también le bailaban.

—¿No es maravilloso el modo en que todo el mundo nos está ayudando? —exclamó.

—Y déjame acabar —continuó Honey—. Mi madre me dijo que estaba a punto de ordenar el desván y enviar todos los trastos, como ella los llama, a alguna institución benéfica.

—¿Todas esas cosas tan, tan bonitas que hay en tu desván? —exclamó Trixie—. Pues yo no conozco una institución benéfica mejor que…

—La UNICEF, por supuesto —dijo Honey—. A mamá no le parecen cosas tan bonitas. Esta mañana nos dijo a Jim y a mí que podíamos llevamos lo que quisiéramos de ese cuarto tan inmenso… ya sabéis, encima de la biblioteca del primer piso.

—¡Oh! —a Trixie se le cayó el mundo a los pies; quedó cabizbaja unos instantes—. Yo nunca he estado en esa habitación. Pensé que se refería a todos esos muebles tan fantásticos que teníais en el piso, cuando vivíais en la ciudad, y que ahora ha guardado en el desván. Fue una tontería pensarlo —añadió Trixie.

—Algunas de las cosas del otro desván son también preciosas —dijo Honey—. Son más antiguas, y nuestra exposición es de antigüedades. Claro que habrá que encolarlas aquí y allá, y pintarlas. Puede que haya que forrar alguna silla. ¿Por qué no vamos a ver lo que hay? Yo misma no he mirado más que a través de la cerradura.

—Antes he de limpiar un poco mi casa —dijo Trixie.

Su madre la miró asombrada; le extrañaba que se hubiese acordado.

—Nosotras te ayudaremos, ¿verdad, Di? Jim nos está esperando en casa —dijo Honey—. Tal vez estén de vuelta para cuando hayamos terminado de limpiar.

—Ya están aquí —anunció Bobby. Acababa de abrir la puerta de atrás para pedirle una galleta de chocolate a su madre—. ¡El coche de Brian suena como nuevo… escuchad!

Vieron cómo Brian hacía girar el coche y lo metía en el garaje, marcha atrás. Apenas hacía más ruido que una mezcladora de cemento. A las chicas, limpiando a toda prisa la casa, les pareció

que sonaba de maravilla. A ellas les gustaba el viejo auto de Brian casi tanto como a él.

—¿Tienen que hacer algo los muchachos para papá? —preguntó Trixie, recogiendo todos los trapos y guardándolos en el armarito de la escoba.

—No —contestó su madre—. Este sábado no tienen ninguna obligación especial… quiero decir, fuera de las tareas de siempre. Iban a lavar la furgoneta, pero con este frío no vale la pena.

—Entonces, ¿podemos ir a Manor House a explorar el desván? ¿Has oído eso, Brian? —le preguntó a su hermano—. ¿Y tú, Mart? Hay unos cuantos muebles en el desván de los Wheeler que la madre de Honey nos regala para la exposición. ¿Vamos a verlos ahora?

—¿Ya qué estamos esperando? —preguntó Mart, y cogió a su hermano pequeño y se lo subió a hombros.

—¿Yo también? —preguntó Bobby.

—Me temo que hoy no, corderito —se lamentó Trixie—. Vamos a estar muy atareados.

—Deja que venga —rogó Honey—. La señorita Trask le leerá un cuento, si Regan no se lo lleva a su apartamento, en el piso de arriba de las cuadras.

—Guau, gracias, Honey —dijo Bobby, y forcejeó para bajarse del cuello de Mart.

—Señora Belden, si a usted no le importa, la señorita Trask me dijo que le preguntase si podían quedarse todos a almorzar. No van a ser más que perritos calientes. ¿Pueden, verdad?

—Supongo que sí. Trixie, sube a Bobby a su cuarto y que se cambie de camisa, por favor. Cualquiera dirá que los Belden están siempre comiendo en tu casa, Honey.

—Pero si casi siempre estamos aquí, señora Belden. Mamá tiene todas sus recetas en casa, apuntadas, pero dice que la cocinera nunca las hace tan sabrosas como usted.

—Si fuera tan bonita como tu madre —respondió la señora Belden—, la cocina ni la pisaría.

—Tú no tienes nada que envidiarle a la actriz de cine más guapa, mamá —dijo Mart, subrayando sus palabras con un beso.

—Los halagos no os van a llevar a ninguna parte —dijo su madre sonrojándose—. Tratad de estar en casa a las cuatro, todos.

Papá ya habrá llegado para entonces. Va a traer la película que filmamos en Navidad, mientras vosotros estabais en el rancho para turistas.

—Intentaremos no llegar tarde, mamá. ¿Sabes…? —Trixie abrazó a su madre—. Eso fue algo que nos puso tristes… estar tan lejos de Crabapple Farm en Navidad.

En Manor House, Regan, al ver a Bobby, se lo llevó a su apartamento.

—Cuéntame alguna adivinanza —pidió Bobby—. Tú siempre me cuentas unas adivinanzas muy buenas.

—Si un avión se estrella en la frontera entre los Estados Unidos y Canadá, ¿dónde habría que enterrar a los supervivientes? —preguntó Regan, y su rostro pecoso denotaba cuánto le divertía entretener al chico.

—Ésa es muy difícil —musitó Bobby, rascándose la cabeza por si surgía la respuesta—. ¿Cuál es la solución, Regan?

—¿Y cómo va a querer nadie enterrar a los supervivientes? —dijo Regan—. Despídete de ellos, Bobby.

Honey condujo a los Bob-Whites al desván, en el segundo piso. Había que meterse por una trampilla para acceder al cuarto de arriba de la biblioteca. Por toda la habitación podían verse cajas cubiertas de telarañas, y muebles de lo más raro. Una bombilla colgaba del techo proyectando unas sombras que parecían aportar algo de irreal a los objetos amontonados en los rincones.

—Nunca había entrado en esta habitación antes —dijo Honey—. Yo creo que la mayoría de las cosas ya estaban aquí cuando papá compró la casa.

—¡Pero mira esta mesita! —exclamó Mart—. Es de madera de cerezo, si no me equivoco. Esto es muy valioso, Honey… ¡y aquí está su gemela! ¿Estás segura de que tu madre dijo que podíamos llevamos lo que quisiéramos?

—Eso me dijo —contestó Honey.

Mart, excitado, sacó las dos mesas al pasillo por la trampilla.

—Con esto pagamos el primer plazo —les dijo desde afuera.

Trixie se sumergió de cabeza en un baúl enorme que había abierto.

—Hay trajes antiguos por todos lados —dijo—. La compañía teatral de Sleepyside nos dará un montón de dinero por ellos… o

mejor aún, podríamos quedárnoslos y alquilárselos a todas las compañías de teatro de los alrededores. De esa forma sacaremos mucho más dinero. Mirad esto. ¿Qué creéis que abrirá?

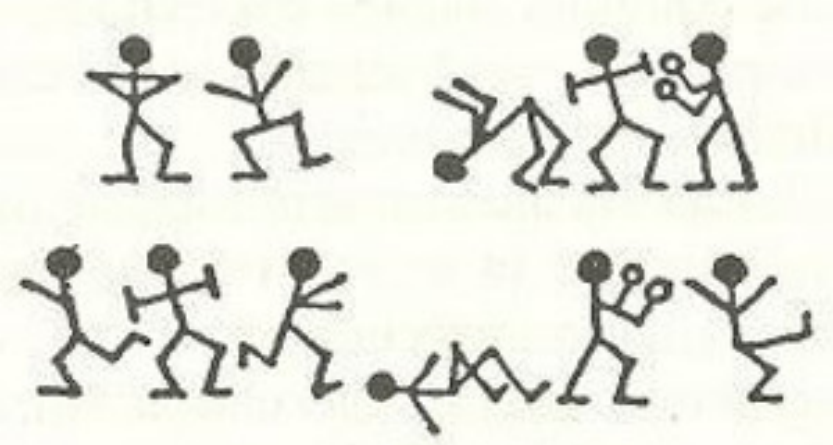
Trixie les mostró una llavecilla. Tenía una etiqueta pegada.

—¡Qué raro! —dijo, y volvió del revés la llave para que todos pudieran verla.

Había dibujadas unas pequeñas figuritas acrobáticas, en distintas posturas.

—¿Querrá decir algo…? —Honey cogió la llave y la sostuvo bajo la bombilla—. ¿Habéis visto algo así antes? —preguntó.

—Debe ser una especie de código —apuntó Mart—. Es bonito. Apostaría algo a que algún chiquillo lo hizo hace mucho tiempo.



—Sí —dijo Jim—. Es más que probable que no tenga ningún significado.

—Puede que no —comentó Trixie, guardándola en el bolsillo de su suéter—. ¿A qué viene tanto alboroto, Brian?

Brian había encontrado una vieja espada, y estaba frotándola sobre sus pantalones vaqueros para quitarle el polvo.

—Mira, Jim, echa un vistazo a esto —dijo—. Estos ornamentos de la empuñadura… ¿serán de oro?

—¿Y por qué no me lo preguntas a mí? —se ofreció Mart—. Yo soy una autoridad en lo que a espadas se refiere. Es una espada samurai. Debería haber una daga, a juego. Siempre vienen las dos juntas.

Los muchachos buscaron por el suelo.

—¡Aquí está! ¡Qué hermosura!

—Los samurai eran centinelas del palacio del mikado, en los días del Japón feudal —explicó Mart, que evidentemente dominaba el tema—. Eran los únicos a quienes se permitía llevar las dos espadas.

—Y las usaban de un modo muy peculiar —dijo Jim.

—Pues sí —corroboró Mart—. Cuando alguien ponía, siquiera levemente, el honor de un samurai en tela de juicio, éste gozaba del privilegio de clavarse la daga en el abdomen para acabar con su vida.

—Y entonces su mejor amigo, que, inclinado sobre él, vigilaba para que ejecutara los pasos del rito con destreza —dijo Brian—, le cortaba la cabeza de un tajo con la espada del samurai, para completar la faena.

—No habléis de esas cosas —se quejó Honey, muy pálida—. Me pone enferma. Dejemos aquí esas espadas. Nadie las querrá.

—Te equivocas, Honey —repuso Brian—. Cuando fui a Nueva York con papá antes de las Navidades, vi una espada japonesa en la sección de regalos de una tienda. No era tan antigua como ésta… al menos no me pareció que lo fuera… pero el precio era de más de cien dólares.

—A mí siguen sin gustarme —dijo Honey.

—Son historia, no lo olvides, Honey —dijo Trixie—. ¡Cuernos! ¿Habéis visto estas viejas máscaras? Ésta de aquí… bueno, yo diría que es un ave Garuda. ¿Os acordáis de esa danza oriental que vimos en televisión cuando estábamos en el rancho?

Mart recogió la máscara y metió la mano por el pico del ave Garuda, con sus dientes dispuestos como una sierra.

—Ahora caigo —recordó—. Un hombre llevaba puesta una en el teatro de sombras chinescas. Quienquiera que haya vivido en esta casa antes que vosotros, Honey, debió hacer algún viaje al Lejano Oriente y comprar todas estas máscaras y espadas.

Justo entonces Celia, la doncella de los Wheeler, tan guapa como siempre, entró por la trampilla con una bandeja. Celia se había casado con Tom, el chófer.

—La señora Wheeler me dijo que os trajera el almuerzo —dijo, y dejó una bandeja rebosante de perritos calientes que aún humeaban dentro de sus bollos.

—Tom va a traer la leche —añadió—. Bobby está almorzando con Regan. Si necesitáis alguna otra cosa, no tenéis más que bajar a la cocina.

Cuando acabaron con los perritos calientes, seleccionaron los artículos más interesantes.

—Vamos a llevar todos estos trastos al cobertizo y nos pondremos manos a la obra inmediatamente —dijo Mart entusiasmado—. Di, Trixie y tú podéis empezar a lijar las mesas plegables en cuanto lleguemos. Si de verdad son de madera de cerezo, sacaremos una buena tajada de ahí. Vamos, chicas. Jim, ten esta mesa, y tú, Brian, el espejo. Ya veréis cuando le pongamos una capa nueva de oropel en el marco. Yo cogeré al indio.

Aparte de las dos mesas plegables, se llevaron una figura de indio de esas que se ponían a la entrada de los estancos; aún conservaba parte de la pintura original. También, un sillón estilo Windsor; una mesa que podría acabar siendo una Pembroke; un espejo enmarcado; un cubo para el carbón de cobre y la maqueta de un viejo ballenero de vela, el Oswego del Hudson.

Se detuvieron un momento en el salón de Manor House, para darle las gracias a la señora Wheeler.

—Bah, son trastos —dijo—. No habrá nadie que quiera comprarlos.

—Ya verá como sí, señora Wheeler —contestó Mart—. Me apostaría lo que fuera a que a usted le entran ganas de comprar sus propias cosas cuando vea cómo quedan en nuestra exposición.

El alfabeto acrobático • 5

CUANDO TRIXIE y sus hermanos regresaron a casa para la cena, tenían tanto polvo en la ropa como cansancio en el cuerpo. Estaban tan excitados, no obstante, que se interrumpían entre sí cuando intentaron explicar a sus padres lo que había sucedido en Manor House y describirles todas las cosas que allí habían encontrado. Y así el discurso resultante de tanto atropello de palabras resultó, al final, ininteligible.

—Basta, basta, con eso ya nos hacemos una idea de lo que ha sido vuestra tarde —les interrumpió la señora Belden—. Ahora, a la ducha todo el mundo. Trixie, hazme el favor, ayuda a Bobby. Poneos el batín y las babuchas. Así cenáis en batín y os vais a la cama bien temprano. Corriendo —insistió al ver que no había forma de callados—. Ya tendremos tiempo de oído todo durante la cena.

Más tarde, cuando ya estaban todos sentados a la mesa, y se había bendecido la comida, Bobby exclamó:

—¡Yo primero! Regan me contó un acertijo buenísimo.

—Dinos, hijo —dijo el señor Belden.

—Me contó dos acertijos —prosiguió Bobby—. Éste es el más divertido. ¿Qué tiene nueve letras y empieza con… con qué, Trixie? —preguntó Bobby.

—Empieza con r-u-í-d-o, ¿recuerdas?

—Ah, sí… ¿a qué no lo adivinas, mamá? ¿Papá? ¿Os rendís?

La señora Belden apoyó la barbilla en una mano y pensó.

El señor Belden se rascó la cabeza y pensó.

Cada uno hace lo que puede para pensar, ¿no?

—Nos rendimos, Bobby —dijeron.

—¡El cacharro de Brian! —dijo Bobby, triunfal, y echó a reír, y rió tanto que casi se parte por la mitad.

—Bobby es un payaso —refunfuñó Brian—. La respuesta correcta es «automóvil». Ahora atiende, papá, que te voy a enseñar algo de lo que hemos encontrado en ese desván.

Brian y Mart se quedaron de pie, junto a la silla donde estaba sentado su padre, mientras éste examinaba las espadas.

—Ésta es igualita a la que vimos en Nueva York —dijo—. Sí, me

parece que has dado con un pequeño tesoro, Brian. ¿Estáis seguros, Mart y tú, de que la señora Wheeler quería daros todo eso?

—Segurísimos —respondió Mart—. Y también nos regaló otras cosas muy interesantes —añadió, y pasó a describir a sus padres las preciosas mesas de madera de cerezo.

—Yo me encontré una cosa curiosísima —exclamó Trixie, y sacó la llave, mostrándoles las figuras acrobáticas.

—Debe de tratarse de alguna clave —dijo el señor Belden—. Recuerdo haber visto algo semejante hace mucho tiempo.

—¿Y no te acuerdas de más, papá? —preguntó Trixie—. Por favor, procura acordarte. Puede que sea algo importante.

—Yo diría que tiene toda la pinta de ser obra de algún chiquillo —opinó la señora Belden—. Probablemente no signifique nada. Trixie sólo necesita —le dijo a su marido— algo así para que se le suba a la cabeza su sangre de sabueso. Olvídalo, Trixie. Ya tenéis más que de sobra intentando restaurar todos esos muebles antes de la exposición. No sé cómo vais a sacar tiempo para reparar más cosas de las que ya habéis encontrado en Manor House hoy.

—Nos han prometido muchas más —dijo Mart—. Vamos a montar la mejor exposición de antigüedades que se ha visto nunca en Sleepyside.

—No lo dudo —terció el señor Belden—. Pero ahora será mejor que os vayáis a dormir. Habéis estado bostezando todos, por no hablar de Bobby. Se ha quedado dormido con la cabeza sobre la mesa.

—Antes ayudaré a mamá con los platos —se ofreció Trixie.

—Nosotros acostaremos a Bobby —dijo Brian—. ¡Venga, amiguito! —dijo, cogiendo al pequeño en brazos, y subió las escaleras, seguido de Mart.

A la mañana siguiente, los muchachos fueron al cobertizo bien temprano. Jim había accedido a aceptar la estufa, y él y Brian estaban intentando arreglarla.

Mientras tanto, Regan, con un electricista que había sido contratado para instalar una serie de enchufes en Manor House, iban a pasar un cable de alimentación hasta el cobertizo.

Si alguien hubiera visto a Trixie con la escoba, creería que era una bruja, y no una muchacha barriendo su casa, porque parecía que volaba. Acabada la faena, dejó escoba y trapo en el armarito de

la cocina y le comunicó a su madre:

—Me voy a casa de Honey. Queríamos buscar algo en el desván.

—Eso será después de que vuelvas a coger ese trapo —replicó su madre—. Después de que quites el polvo a los muebles del salón, a los del comedor y a los del estudio… Hasta ahora lo único que has hecho es enseñarles el trapo.

—Ay, mamá, nunca tengo tiempo para hacer lo que me apetece. ¿Están muy sucios los muebles? —Trixie cogió el trapo y entró en el salón dando pisotones. Luego, antes de haberle quitado el polvo a nada, volvió arrepentida al lado de su madre y le dio un tímido abrazo.

—Soy una egoísta —reconoció—. ¿Cómo me aguantas, mamá?

—Ah, tal vez sea porque da la casualidad de que te quiero —le dijo su madre—. Y no te preocupes, Trixie; me recuerdas a mí misma cuando tenía trece años. Acaba con el polvo, y luego corre a ver a Honey.

Diana, requerida por Honey cuando estaba en su caserón, en lo alto de una colina, ya se encontraba en Manor House cuando llegó Trixie. Subieron a toda prisa las escaleras que les conducían al ático, se metieron por la trampilla en el cuchitril, dejaron la llave y su extraña etiqueta encima de un viejo baúl y comenzaron a explorar.

Estuvieron mirando con curiosidad todo lo que había en la habitación, hasta el último rincón: viejas escaleras rotas, lámparas inservibles, un caballo mecedor que andaba algo cojo, contraventanas, persianas necesitadas de algún arreglo, y ropa pasada de moda o que se había que dado pequeña. Trixie se puso a escarbar entre toda esa ropa. También hallaron una cajita llena de figuras de ajedrez y de damas, pero la llave no la abría.

Descubrieron unos juguetes de época incierta que alguien había puesto muy arriba, casi en el tejado. Vieron un viejo retablillo de títeres de cachiporra, con un Don Cristobalón arrugado y cansado, que, apoyado contra el marco de la puerta del teatrillo, persistía en amenazar con su cachiporra a la resignada Rosita. Descubrieron una muñeca, la Bella Durmiente, que se había quedado calva la pobrecita. Tres de los siete enanitos esculpidos en yeso se conservaban en buen estado.

—Si los pintamos y vestimos quedarán como nuevos —propuso

Honey.

—¿Por qué no nos olvidamos de la dichosa llave? —propuso Diana—. Aunque nos pasáramos la vida buscando, no encontraríamos nada que abrir con ella. Lo más seguro es que lo hayan tirado a la basura hace siglos. Vamos a poner todas esas revistas atrasadas a la luz y a ver qué cuentan.

Diana cogió dos números de la revista y los llevó a la luz de la bombilla.

—Mi abuela guardaba revistas de éstas en su desván —dijo Diana—. ¿Habéis intentado alguna vez hacer alguno de los jeroglíficos? Venid, vamos a buscar la página de los jeroglíficos.

Las muchachas se sentaron en el suelo del cuchitril con montones de revistas en sus regazos.

—Ésta es de 1884 —dijo Diana, abriendo las tapas rojas de la revista.

—Cielos, pero si entonces ni siquiera existían los Estados Unidos de América —dijo Trixie.

—Mujer, no exageres —se rió Honey—. Y yo que pensaba que eras mejor en historia que en «mates».

—Mira si tú puedes resolver éste, lista —replicó Trixie, sonrojándose—. Es muy sencillo… al menos, eso pone aquí.

—Ninguno de los acertijos de estas revistas son fáciles —dijo Diana—. A lo mejor es que la gente de entonces era más ingeniosa.

—Prueba con éste, de todos modos —la desafió Trixie.

—Mi primera mitad es pecado, la segunda hay que chuparla… ¿qué soy?

—Pues no sé… ¿pecado…? Robar… decir mentiras… Chuparla, dices, los dedos, el chupete, el chupa-chup… ni idea… ¿qué es, Trixie?

—Ni yo misma lo sé. Tendré que mirar en las soluciones. Las publican en el número del mes siguiente. Dejadme ver… ¡un matasellos! Matar es pecado, y los sellos hay que chuparlos… Es cierto… ¡Oh, mirad aquí, en esta página! ¡Si tenemos aquí a los acróbatas… el alfabeto completo! ¿Dónde habéis dejado la llave?

Había una página entera de la revista llena de monigotes que bailaban y adoptaban posturas inverosímiles; cada uno de ellos representaba una letra del alfabeto.

—Genial —dijo Trixie nerviosa—. Vamos a estudiar la etiqueta.

Aquí tenemos dos L, una A, una V, y una E. La primera palabra es LLAVE.

No tardó Trixie en descifrar el mensaje, que decía: «LLAVE DEL TESORO».

A Trixie le traicionaban los nervios y le temblaban las manos.

—¡Un tesoro! —gritó—. Estoy segura. ¡Vamos!

Se levantó de un salto; la revista cayó al suelo.

—¡Hay que ponerse a buscarlo!

—Pero si ya nos sabemos esta habitación de memoria —protestó Diana—. Aquí dentro no hay nada que abra esa llave. ¿Cómo sabes que el tesoro está en el desván?

—Tiene que estar —dijo Trixie.

—Súbete a la escalera —sugirió Honey—. Busca por las molduras del techo, por detrás del retablillo de Don Cristobalón. ¿No hay nada ahí?

Trixie palpó a tientas, estuvo a punto de caerse de la escalera y sacó un viejo juguete de esos de muelles, roto. ¡Qué decepción!

—Aquí no hay nada más —dijo, y bajó.

Las tres amigas inspeccionaron persianas y contraventanas, baúles, y juguetes, hasta agotar todas las combinaciones posibles; volvieron a mirar dentro de las cajas de la ropa; lo remiraron todo hasta que sólo quedó una cosa por revisar: un baúl que había bajo la ventana, en el armario situado junto a la chimenea.

—Eso ya lo hemos registrado antes, Trixie —dijo Diana.

—Pues otra vez —decidió Honey, y ella y Trixie bucearon bajo montones de ropa que fueron sacando, ropa guardada con bolas de naftalina para que no se la comieran las chinches.

Al llegar al fondo del baúl, Trixie estaba tan exasperada, tan desalentada, que tuvo ganas de llorar. Cerró el baúl dando un golpe tan fuerte que la tapa golpeó contra la chimenea, y varios ladrillos cayeron al suelo en medio de un gran estrépito.

—Ay, lo siento, Honey —se disculpó Trixie—. Tu madre se va a poner hecha una furia.

Recogió uno de los ladrillos y trató de ponerlo en su lugar, en la chimenea, pero enseguida se detuvo. Abrió los ojos muchísimo y se dirigió a sus amigas.

—¿Por qué no echáis una ojeada a esto? —dijo, y ellas se acercaron.

Detrás de los ladrillos vieron un hueco, y en él alguien había emparedado el cuerpo de una vieja muñeca de madera.

Aturdida, Trixie la sacó y la dejó en el suelo. Se dejó ver en el tronco de la muñeca una cerradura; metió la llave en ella y la hizo girar.

Las tres muchachas se arrodillaron en el suelo, para ver mejor.

Un misterio musical • 6

—¡ES FANTÁSTICO! —dijo Trixie.

—Sí —asintió Diana—. Pero ¿qué es?

—Ya que ésta es tu casa —le dijo Trixie a Honey—, tú lo levantas, y veremos qué es.

Con delicadeza, Honey levantó el tesoro y lo dejó en el suelo. Al tocar la baldosa sonó un tintineo.

—¡Una caja de música! —exclamaron al unísono.

La caja dorada, con sus intrincados dibujos y relieves, parecía haber sobrevivido al paso del tiempo sin sufrir el más mínimo deslustre. El oro relucía como nuevo. En la tapa, bajo una guirnalda de viñas y árboles arqueados, paseaban un hombrecillo y una mujer diminuta, ataviados con trajes cortesanos del tiempo de
Luis XVI
.

—A ver si puedes darle cuerda —dijo Honey. Trixie giró la llave que había en el fondo de la caja, y las figuritas bailaron con suma destreza al son de un vals vienés.

Hechizadas, las tres muchachas se sentaron, y contemplaron los pasos y escucharon la música hasta que la melodía de la presunta flauta fingida enmudeció.

—¡Jamás vi una caja de música más bonita que ésta! —afirmó Honey.

—Y además es un joyero —exclamó Trixie—. ¡Se abre! —y levantó la tapa, y vieron unos compartimientos en el interior de la caja.

—¡Aquí hay algo, en uno de los cajoncitos! —anunció Diana—. ¡Un anillo!

—¡Dos anillos! —rectificó Trixie—. Dos anillos elegantísimos —añadió maravillada.

—Esto es una esmeralda —dijo Honey, poniéndoselo.

—Y éste un rubí —dijo Diana—. ¡Pero es de hombre!

—Me parece que será mejor bajar el joyero y enseñárselo a tu madre —declaró Trixie solemnemente.

La señora Wheeler estaba sentada al piano, en la sala de música,

tocando una melodía muy conocida. Apartó la vista del teclado cuando las tres jovencitas, muy excitadas, irrumpieron en el cuarto. Honey, que sostenía en sus manos la caja, se la entregó a su madre.

—No me digáis que habéis encontrado un tesoro en el desván —dijo la señora Wheeler sonriendo—. En las novelas de misterio hay alguien que encuentra tesoros en el desván… ¡bueno… parece que vosotras también! —exclamó—. ¿Qué es esto tan adorable?

Honey le dio cuerda a la cajita y la dejó sobre el piano.

Las figuras danzarinas bailaron en círculos; sus diminutos pies se movían al son de la música.

—Es una preciosidad —alabó la señora Wheeler—. ¡Es tan encantadora que podría haberla hecho el mismo Cellini! ¡No estaría en el desván…!

—¡Claro que sí! —dijo Honey—. Ayer dimos con esta llave, que abre el tronco de una vieja muñeca de madera. ¿Ves la llave, y la etiqueta? Esos muñecotes eran tan raros que Trixie no se quedó tranquila hasta averiguar lo que significaban. Leyendo acertijos en un número de la revista San Nicolás vimos un alfabeto de muñecotes.

—Yo creo que ni Scotland Yard lo habría hecho tan bien —interrumpió la madre de Honey.

—… entonces se cayeron unos ladrillos de la chimenea y encontramos la muñeca —prosiguió Honey.

—Siento lo de los ladrillos —dijo Trixie—. Y no sólo la muñeca, también… Honey, abre la caja de música y enséñale lo que encontramos dentro.

—Esto parece muy serio —aseguró la señora Wheeler al ver los anillos—. La caja, por sí sola, no tiene precio… ¡y encima los anillos! No sé qué pensar. ¿Quién los habrá metido en esa vieja muñeca?

—¿No sería la gente que vivía aquí antes de que nosotros viniéramos? —aventuró Honey.

—Es posible —respondió su madre—, por supuesto. Tengo el número de teléfono de la familia en alguna parte. El apellido era Spencer. Cuando sus dos hijas se casaron, fueron a vivir a Nueva York, y nosotros les compramos Manor House. Iré a buscar el número de teléfono en mi libreta.

Cuando la señora Wheeler regresó con la agenda, las chicas,

siguiendo a Honey, que llevaba el joyero, salieron al pasillo, donde estaba el teléfono, para oír la conversación.

La señora Spencer parecía no comprender.

La señora Wheeler le quitó a Honey de las manos la caja de música, para describirla con más detalle.

—¿Está segura? —decía la señora Wheeler—. Pero si usted mandó construir la casa. Si nadie vivió aquí, aparte de ustedes, antes de venir nosotros. Y no pertenece a nuestra familia…

—Aquí tenéis un misterio para vuestra agencia de detectives —dijo a Trixie y a su hija después de colgar—. La señora Spencer no sabe nada de ninguna caja de música. Dijo que ni ella ni su marido han tenido nunca anillos de esmeraldas ni rubíes. ¡Ni siquiera le gustan las esmeraldas!

—Tal vez la policía conserve algún informe en sus archivos… la denuncia del robo del joyero, por ejemplo —sugirió Trixie—. Podría llamar al sargento Molinson y preguntárselo.

—Hazlo tú misma, si le conoces —dijo la señora Wheeler.

—Si lo intentase, no me dejaría hablar: colgaría nada más reconocerme —dijo Trixie sonriendo—. No le gustan ni pizca los detectives aficionados, señora Wheeler.

—Entones le llamaré yo —decidió la señora Wheeler.

Apartó un poco el auricular de su oído para que las chicas pudiesen seguir el hilo de la conversación.

—No me diga que esos chicos andan metidos en otro jaleo —dijo el sargento—. ¿Qué dice de unas joyas?

La señora Wheeler describió por segunda vez el joyero y los anillos.

—El anillo de la esmeralda es muy valioso, me consta. Ninguno de nosotros había visto nunca la caja de música.

—¿Y por qué no llama a los anteriores propietarios? —preguntó el sargento Molinson.

La señora Wheeler, armada de paciencia, explicó que ya lo había hecho, y que tampoco la señora Spencer tenía noticia alguna de ese joyero.

—Le he llamado por saber si alguien había denunciado algún robo —continuó.

—No cuelgue; por favor, Voy a mirar —dijo el sargento Molinson—. A mí no me suena nada, desde luego. Será sólo un

minuto.

—No parece muy dispuesto a colaborar —comentó la señora Wheeler, tapando el auricular, mientras el sargento examinaba los archivos.

—Mmm… déjeme ver —dijo—: Sí, aquí está… Spencer, Manor House. No, este informe habla de un caballo robado que luego fue recuperado. Eso es todo lo que hay, señora Wheeler. No consta nada más bajo el nombre de Spencer. Inténtelo en el periódico de la ciudad. Puede que el director se acuerde de algo. Ya lleva más de treinta años en esta ciudad dirigiendo el Sleepyside Sun.

La señora Wheeler dio las gracias al sargento y colgó.

—¿Va a llamar al Sun? —preguntó Trixie—. Tenga el número —añadió—. Sleepyside nueve-seis-ocho-siete-cero.

La señora Wheeler marcó.

De nuevo aguzaron el oído las muchachas.

El periodista no sabía nada de ninguna joya desaparecida.

—El asunto da pie para que corra la tinta a mares, eso sí —dijo —. ¿Le molestaría que enviase a un fotógrafo y a un reportero para que vean esa caja de música? Tal vez podamos hacer una foto a los miembros de ese club, los Bob-Whites.

—Tendrá que preguntárselo a las chicas —le dijo la señora Wheeler—. Le paso a Trixie Belden. Ella es la copresidente del club.

Trixie cambió impresiones antes con sus dos amigas.

—Nos servirá de publicidad para la exposición de antigüedades —murmuró—. Digámosle que estamos de acuerdo, ¿vale?

Las chicas dieron su consentimiento inmediatamente, y Trixie se lo hizo saber al director; después colgó.

—Bueno, entonces ¿qué vamos a hacer con la caja de música? —preguntó Trixie.

—Cuando publiquen la historia en el periódico —dijo la señora Wheeler— alguien vendrá a reclamarla; aunque, claro, lo que no me explico es cómo llegó hasta nuestro desván.

—¿Y si nadie la reclama? —preguntó Trixie.

—En tal caso, pasaría a pertenecer a los Bob-Whites —respondió la señora Wheeler sonriendo—. Os dije que podíais coger todo lo que encontraseis en ese desván. Ahora vamos a esperar y ver qué ocurre. Sí, Celia, ¿pasa algo?

—Una mujer que dice ser la señora Spencer quiere hablar con usted por teléfono —dijo la doncella.

—¡Pero bueno…! ¿Qué querrá ahora? —se preguntó Trixie.

—Venid conmigo, os dejaré oír —dijo la señora Wheeler.

—Llevo media hora intentando ponerme en contacto con usted —dijo la señora Spencer—, pero comunicaba todo el rato. Por casualidad… ¿encontraron esa caja de música en el tronco de una vieja muñeca de madera?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Trixie, acercando sus labios al auricular.

—Era Trixie Belden —explicó la señora Wheeler—. Las chicas se excitaron tanto cuando se enteraron de que llamaba usted, que les dejé escuchar nuestra conversación. Sí, encontraron el joyero en el

interior de una muñeca de madera… ¿Por qué?

—Pues no me creerá —dijo la señora Spencer—. Es una cosa rarísima. Una de mis hijas ha venido a verme. Ahora vive en Canadá. Cuando le conté la conversación que habíamos mantenido, Margaret recordó un suceso de cuando ella y su hermana eran muy niñas.

—¿Por qué no nos lo cuenta todo sin tantos rodeos? —murmuró Trixie en voz que quería ser baja, sin lograrlo.

La señora Spencer se echó a reír.

—Dígale que estoy intentando contado lo mejor que puedo —se disculpó—. Usted sabe que el señor y la señora Frayne vivían cerca de nosotros. No tenían niños, ya menudo invitaban a mis hijas a su casa, a jugar. Margaret, la mayor, que se encuentra en este momento aquí conmigo, a mi lado, me ha dicho que la señora Frayne solía dejar que jugaran con su caja de música.

—Un día, la señora Frayne se encontraba haciendo el equipaje para ir a Europa con su marido, y las niñas estaban allí. Como de costumbre, la señora Frayne les dio la caja de música para que jugasen con ella. Más tarde mandé a alguien a recoger a mis hijas, y ellas la trajeron consigo. No quisiera contarle el resto…

—¡Siga, siga! —suplicó Trixie.

—Margaret dice que está convencida de que no tenían ni idea del valor de la caja y… por aquel entonces sólo contaban con ocho o diez años de edad. Total, que la señora Frayne se fue a Europa y las niñas olvidaron devolverle el joyero. Temían que yo las riñera si lo encontraba en su cuarto, de modo que decidieron esconderlo en el desván. Llevaban algún tiempo utilizando ese alfabeto para pasarse notas entre ellas. Por eso se sirvieron de esa clave para anotar el mensaje en la etiqueta de la llave. Me figuro que, como a todos los chiquillos, les chiflaban los misterios. Y eso es todo. No creo que la señora Frayne llegara jamás a mencionar esa caja de música…, desde luego no en presencia de mis hijas. Resulta todo muy extraño.

—Entonces, mamá —dijo Honey cuando colgaron—, si la caja de música y los anillos pertenecieron a la señora Frayne, ahora son de Jim, ¿no?

—Supongo que sí —respondió la señora Wheeler—, teniendo en cuenta que su tío, James Frayne, le dejó en herencia todo lo que era

propiedad de los Frayne.

—¡Guau! ¡Vamos a decírselo a Jim! —exclamó Trixie.

Trixie empleó cierto dramatismo para contar a los muchachos la historia, mientras Honey les mostraba la caja.

—¿Qué os parece? —preguntó al concluir.

Brian y Mart abandonaron la estufa con la que estaban trabajando y soltaron un grito de admiración al ver el joyero. Jim permanecía callado; algo le preocupaba.

Alarmada, Trixie le preguntó:

—¿Por qué no dices algo, Jim? La caja de música y los anillos te pertenecen a ti, claro. ¿Qué pasa?

—He recordado algo que mi madre me dijo hace mucho tiempo —explicó Jim—. Se trata de una vez que Jonesy, mi padrastro, fue acusado de algo que no hizo.

—¿Quieres decir que alguien pensó que él había robado el joyero? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo Jim—. Mi madre también sospechó de él. Mi tía Nell y mi tío Jim Frayne siempre le aborrecieron. Ellos querían mucho a mi madre, y no entendieron nunca cómo pudo casarse con Jonesy. Nadie lo comprendió.

—¿Y qué pasó con la caja de música? —le urgió Trixie—. ¿Qué sabías tú de ella?

—Estoy tratando de decírtelo, Trixie —repuso Jim con tristeza —. Mi madre me dijo que cuando tía Nell regresó de Europa, no consiguió encontrar el joyero por ninguna parte. No le importaba tanto la pérdida de los anillos, lo malo era que mi tío Jim le había regalado la caja de música cuando vivían en París. Le tenía un cariño muy especial, más que a ninguna otra cosa. Jonesy les pedía a menudo dinero y, cuando mi madre se negó a darle más, me imagino que tía Nell creyó que les robó la caja de música. Más tarde, mi madre le acusaría de haberla robado; él lo negó.

—En esa ocasión él tenía razón, ¿no? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo Jim—. Me gustaría poder comunicarle que la caja ha aparecido.

Trixie y Honey, que habían visto lo cruel que Jonesy podía llegar a ser, no sintieron demasiada lástima por él.

—¿Nos dejarás la caja de música para la exposición? —preguntó Trixie.

—Sí, claro —respondió Jim—. Los Bob-Whites podemos venderla, y los anillos también, y así recaudaremos más dinero.

—No me extrañaría que la comprase tu madre, Honey —dijo Trixie—. Le gusta tantísimo —explicó a Jim.

—Entonces, que se la quede —rectificó Jim enseguida—. Sé que a mi tía Nell le habría gustado. Mamá se ha portado tan bien conmigo desde que me adoptaron… Que el club venda los anillos. En la exposición de antigüedades nos limitaremos a exhibir la caja de música.

Al día siguiente, el Sleepyside Sun publicaba un reportaje a varias columnas sobre el tesoro hallado en el desván de Manor House. Los Bob-Whites desplegaron el diario sobre la mesa de la cafetería del instituto. No se decía nada, naturalmente, del papel que el padrastro de Jim había jugado en el drama. Salía una fotografía de Jim, de la caja de música, de todos los Bob-Whites, y también del cobertizo.

—Habéis armado un alboroto tremendo con todo este asunto de la caja de música —dijo Mart—, y habéis pasado por alto la parte más interesante.

—¿Y cuál es? —preguntó Trixie, toda oídos.

—El alfabeto acrobático, ¿qué si no? —contestó Mart—. Podemos utilizado como clave secreta. Si alguien se ve metido en algún lío, envía un mensaje con ese código, y ¡allá que vamos los demás, al rescate!

—¡Tienes razón, Mart! —dijo Trixie—. Lo tengo aquí, en mi cuaderno. Haré copias para todos los Bob-Whites. Tendremos que aprendérnoslo de memoria.

—Por lo menos habrá que esforzarse por aprender las letras S.O.S.[13] —comentó Mart—. Me temo que aquí hay mentes incapaces de asimilar el alfabeto en su integridad.

—Basta, Mart —atajó Brian a su hermano—. No olvides que fue Trixie la que descubrió el alfabeto, la que tradujo el mensaje que había en la etiqueta de la llave, y la que dio con la caja de música.

Brian extendió una servilleta de papel en la mesa, estudió el alfabeto, y copió las tres letras del código secreto.

—Tal vez —dijo—, si ponemos el suficiente empeño, lleguemos a recordar que esto significa S.O.S., y que constituirá una angustiosa llamada de socorro. Y ahora, a clase.

¡Ladrones! • 7

TODAS LAS NOCHES, después del colegio, los Bob-Whites trabajaban de firme.

Jim y Brian pulieron las espadas hasta que quedaron resplandecientes. Después pintaron el marco del viejo espejo. Así, restaurado, resultó bellísimo.

Trixie lavó y lustró los dos tarros de galletas. En el interior de uno de ellos encontró un par de charreteras de capitán de la Guerra de Secesión. Como la señora Wheeler no tenía ni idea de a quién podían pertenecer, le dijo a Honey que los Bob-Whites tenían su permiso para venderlas en la exposición.

Diana, Trixie y Honey ayudaron a Mart a lijar las dos mesas plegables.

El miércoles, en el instituto, un boletín anunció la celebración de un congreso extraordinario para profesores en White Plains. Esto significaba que el jueves o el viernes no habría clases.

Ya iban camino de casa; Trixie recordó que se había dejado el cuaderno de matemáticas en el cobertizo. Esto era el miércoles por la noche. Brian había prometido ayudarle a terminar los deberes esa noche, para así poder dedicar el fin de semana a la preparación de la exposición.

—Volveré a por la libreta —dijo—. Seguid, que ya os cogeré.

Todos los Bob-Whites llevaban linternas, ya que el camino al cobertizo atravesaba el bosque. Trixie iluminó con su linterna el claro donde se hallaba el cobertizo.

La nieve cubría la tierra y amortiguaba sus pasos. Un conejo cruzó el camino de un salto tremendo.

Asustada, Trixie soltó la linterna; el arco de luz que ésta describió le reveló dos siluetas. Salían del cobertizo y se metieron en un coche que les esperaba. El tubo de escape rugió, y el auto partió en dirección a Glen Road.

Aterrorizada, Trixie recurrió a la llamada de emergencia del club, un doble silbido, «¡bob, bob-white! ¡bob-white!»

Jim, Brian y Mart llegaron corriendo.

Cuando recobró el aliento, Trixie les contó lo que había

sucedido.

Los muchachos la escucharon con gran atención; al final del relato, Mart parecía escéptico.

—Ya vuelves a ver cosas raras —dijo—. ¡Pero si hace un segundo que nos hemos ido! ¿Dónde estaban ellos entonces?

—Nada de un segundo. Han sido más de cinco minutos y, de todos modos, Martin Belden, yo los he visto con mis propios ojos.

Brian se había adelantado para ver si descubría algo. Enfocó la puerta con su linterna, y luego se detuvo debajo de la ventana.

—Aquí ha estado alguien —dijo—. Hay huellas de dos tipos distintos. ¿A quién le puede interesar esta cabaña? Habrán estado vigilándonos, y han esperado a que nos fuéramos. Vamos a llamar a Regan, y volveremos con él. Mart, acompaña a Trixie a casa.

—Nadie va a llevarme a casa, Brian —se resistió Trixie—. Yo iré con vosotros. ¿Y por qué tenemos que molestar a Regan? Ni que fuéramos gallinas. Hemos de llegar a Glen Road, atravesando el bosque. ¿Dónde están Di y Honey?

—Andaban tan lejos que no oyeron tu silbido —explicó Brian—. Ya deben estar en casa. Bueno, Trixie, si te empeñas en venir con nosotros, pues ven. Hay chicas que no saben cuál es su lugar.

—Y hay chicos que creen saberlo todo —añadió Trixie, y siguió el sendero del bosque a grandes zancadas, seguida de cerca por los muchachos.

Era evidente que alguien había ido por ese mismo camino hacía muy poco tiempo. Sus huellas frescas se hundían en la blanda nieve. Los cuatro siguieron el sendero hasta Glen Road. Allí, en la carretera, ya no tenían nada que hacer. Decepcionados, volvieron a casa.

—Esto nos servirá de advertencia —dijo Trixie—. Alguien ha leído el artículo del Sun sobre la caja de música y las antigüedades que guardamos en el cobertizo. Habrá que custodiarlas de noche y de día.

—Sabes que no podemos hacer eso —dijo Jim.

—Sí, podemos, si instalamos una alarma —replicó Trixie—. Una que suene en las dependencias de Regan, por ejemplo.

—Oye, sí, le pediré permiso para hacerlo… ¡inmediatamente! —dijo Jim—. Hasta mañana.

—Espera un momento, Jim —dijo Trixie—. Tal vez no nos

convenga que nadie sepa lo de esta noche, excepto Regan. Mamá no nos dejaría trabajar de noche en el cobertizo si supiese que alguien ha intentado entrar a la fuerza. Mejor será que nos ocupemos nosotros mismos de la vigilancia.

Al regresar a Crabapple Farm, en la casa reinaba una oscuridad casi absoluta. El resto de la familia se había ido a la cama.

—Esta noche no tendremos que contestar a ninguna pregunta —suspiró Trixie, aliviada.

Al día siguiente, después del desayuno, la señora Belden dijo:

—Trixie, tengo un libro que le interesa a la señora Vanderpoel. Es de plantas; va a intentar cultivar alguna dentro de su casa este invierno. ¿Me harás el favor de llevarle el libro? Que te acompañe Bobby con el trineo, ¿vale?

—Sí, Trixie, llévame contigo. ¡Menudo paseo! —exclamó Bobby, y fue a por el abrigo y el gorro.

—Muy bien, mamá —aceptó Trixie—, aunque yo quería aprovechar hoy para buscar más muebles, y también para confeccionar una lista de las antigüedades que podemos conseguir aún.

—Es posible que la señora Vanderpoel os deje exponer alguna de sus antigüedades —dijo la señora Belden—. ¿No te acuerdas? Tiene la casa llena. Lleva años y años viviendo en esa casa. Sus padres, y los padres de su madre, vivieron allí.

—No sé cómo no pensé en ella —dijo Trixie—. Deprisa, Bobby, vamos.

La casa de la señora Vanderpoel era de ladrillo amarillo. Los pequeños ladrillos, hechos a mano, fueron traídos desde Holanda por los primeros pobladores holandeses. La casa, rodeada de árboles, se hallaba al lado de una carretera comarcal que conducía desde Glen Road, a través del bosque, hasta el límite de la reserva forestal que había adquirido recientemente el señor Wheeler.

—¡Arre, Trixie, arre! —ordenó Bobby. Le resultaba fácil imaginar que ella era su fiel caballo negro, arrastrando el trineo por la nieve.

Trixie galopó, empujada por el capricho de su hermanito, y, cuando la vieja señora Vanderpoel abrió la puerta de atrás y asomó sus mejillas sonrosadas, Trixie tuvo que recobrar el aliento antes de hablar.

—Entrad, niños —saludó la señora Vanderpoel—. Tengo unas galletas de harina de avena recién salidas del horno. Siéntate aquí, al lado de Brom, Bobby, y te daré un vaso de leche. Eh, Brom… Brom, mira, son los hijos de los Belden, de Crabapple Farm.

Había un anciano sentado a la mesa; los bigotes y la barba casi le ocultaban el rostro.

—¿Eres Rip Van Winkle? —preguntó Bobby tras subirse a la silla y llenarse la boca con una galleta bastante grande.

El anciano se echó a reír a carcajadas.

—No, señor, no, Bobby, no soy ése que te crees —dijo—. Me llamo Brom. Sólo eso… Brom. Tengo otro nombre, pero es uno de esos difíciles, larguísimos nombres holandeses, y tú no lo conseguirías recordar nunca.

—Vanderheidenbeck —le dijo al oído a Trixie la señora Vanderpoel—. Él se cerraría en sí mismo, como una almeja, si supiera que estamos escuchando. Quédate aquí conmigo, detrás de la puerta, Trixie. Cuando Brom habla, merece la pena escuchar.

—Cómo voy a adelgazar —prosiguió Brom— si la señora Vanderpoel me ceba de una manera… Cuando me entra hambre, no tengo más que llamar a su puerta… ¿Cómo es que has oído hablar de Rip Van Winkle, Bobby?

—Porque Sleepyside no está muy lejos de Sleepyhollow —replicó—. La historia está toda en los libros.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo Brom—. Yo puedo contarte cosas que nunca aprenderías en los libros, Bobby, y son cosas que han ocurrido de verdad. El valle del río Hudson y las montañas Catskills están llenas de fantasmas, y de duendecillos… sólo hace falta un ojo especial para verlos.

—¿Y tú tienes esa clase de ojos? —preguntó, Bobby.

—Pues sí —respondió el viejo Brom—. Atiende… ¿no has oído nunca hablar de No-mah-ka-ta, la bruja que vive en la cumbre de la montaña más alta de la cordillera de Catskills…?

—No, señor —dijo Bobby—. ¿Una bruja de verdad?

—Pues claro —dijo Brom—. Por la mañana, ella deja al día, que ha pasado la noche en las tinieblas de la cueva, que salga. Al llegar la noche, No-mah-ka-ta hace que el día regrese a la cueva, y todo se vuelve tan oscuro como la noche.

—Y salen los búhos —añadió Bobby.

—Cierto, Bobby —dijo el viejo Brom—. Pero cuando No-mah-ka-ta quiere que el cielo esté iluminado alguna noche, entonces cuelga allá arriba una luna nueva.

—¿Y qué hace con las lunas que se le quedan viejas? —preguntó Bobby con los ojos abiertos como platos.

—Las corta en pedacitos, convirtiéndolas en estrellas —explicó Brom.

—Debe ser una bruja buena —supuso Bobby.

—No —dijo Brom, pensativo—. Yo la he visto hacer el bien, pero también la he visto ponerse furiosa como una loca.

—¿Pero de verdad has visto a esa bruja? —preguntó Bobby.

—En efecto —dijo Brom—. La he visto justo allí, en la cima de su montaña, haciendo nubes y lanzándolas a los cuatro vientos. Por supuesto, siempre hay incrédulos; piensan que únicamente vi neblinas arrastradas por el viento.

—A mí me gusta el viento —dijo Bobby.

—Sí —asintió Brom—, el viento suave del oeste. Pero No-mah-ka-ta invoca vientos terribles, también, cuando algo la enfurece… Vientos oscuros que traen la lluvia, lluvia que inunda la tierra y arranca las casas de sus cimientos.

—Brom puede pasarse así una hora —dijo la señora Vanderpoel —, siempre que haya un niño pequeño a quien contar sus historias. ¿Qué estás mirando, nena?

—Sus muebles… son de fábula —se admiró Trixie mientras la señora Valderpoel la conducía hasta la enorme sala de estar—. Ese organillo de pedales… ¿puedo tocarlo?

—Siéntate y toca algo, Trixie —le ofreció la señora Valderpoel, dándole vueltas al taburete hasta dejarlo a la altura justa—. ¿A que suena muy bien? Pero aterriza, si lo has visto más de cien veces, y también el resto de los muebles.

—Pero ahora es distinto —dijo Trixie—. Siempre me han parecido muy bonitos, pero ahora…

Le contó a la señora Vanderpoel lo de la exposición que estaban planeando. Explicó el objetivo de ésta, la necesidad de recaudar dinero para ayudar a los niños de todo el mundo.

Le faltó valor para pedir a la señora Vanderpoel permiso para exhibir alguna de sus antigüedades, pero no hizo falta. La señora Vanderpoel se los ofreció a los Bob-Whites.

—¿Y dices que solamente los necesitáis un día? —preguntó.

—Eso es —le contestó Trixie—. Yo misma vendré a por ellos, con Tom y con Regan, y cuidaré de que no se rayen ni nada parecido.

—Por Dios, eso es algo que no me quitará el sueño —dijo la señora Vanderpoel—. Los niños han jugado alrededor de estos muebles durante varias generaciones. Y nunca han hecho un estropicio que no se arreglara con un poco de cera. No tienes más que decirme cuáles quieres para esa exposición, y los tendré preparados. Os voy a regalar este pequeño escritorio tallado en madera de roble —se animó—. Era de mi padre. Me encanta la idea de que el dinero que saquéis vendiéndolo sea para ayudar a conseguir la felicidad de algún niño.

—¡Eso será estupendo! —exclamó Trixie—. Bueno, me da la impresión de que a este paso va a haber empujones por conseguir entradas para la exposición; cuando la gente se entere de las maravillas que vamos a presentar…

—Hay unas cuantas cosas en la cocina del cobertizo —continuó la señora Vanderpoel—. Nunca he sabido qué hacer con ellas. Necesitan un toque aquí y otro allá, pero, por lo que me has dicho, tus hermanos y Jim están hechos unos artesanos. Brom lo haría si se pusiera en serio, pero es tan olvidadizo…

—Yo no le había visto antes —dijo Trixie—. Aunque sí que he oído hablar de él; ni siquiera creía que existiera. La gente dice que se trata de otro Rip Van Winkle.

—Vive en una cabaña situada en una finca que pertenecía a su familia, una familia holandesa que lleva en este país más años que la mía. Ahora el terreno forestal es del señor Wheeler. Brom es tan orgulloso que nunca pide nada. A veces, cuando tiene hambre, llama a mi puerta. Para mí es un orgullo ofrecerle mi hospitalidad.

Acabaron de hablar y volvieron a la cocina.

Bobby estaba sentado sobre las rodillas de Brom. El anciano le había pasado un brazo por detrás. Bobby parecía su amigo del alma.

—El señor Brom sabe un montonazo de cosas fantásticas —explicó Bobby—. Historias de brujas y… bueno, por lo menos de una bruja. El señor Brom vendrá a verme un día de éstos.

—Entonces no me cabe duda de que te has convertido en su amigo, Bobby —comentó la señora Vanderpoel.

—Por favor, venga a vernos —le rogó Trixie—. A todos nos encantaría que viniese, señor Brom —a través de la ventana Trixie veía caer la nieve—. Está nevando de lo lindo, señora Vanderpoel —dijo—. Me parece que será mejor que Bobby y yo nos pongamos en marcha enseguida. ¿Cree que podría llevarme el escritorio en el trineo? Quiero que lo vea Mart, y el resto de los Bob-Whites. Tal vez debería esperar hasta más tarde.

—No, adelante, llévatelo, Trixie. Brom, ¿ayudarás a Trixie a llevarlo al trineo?

El anciano se levantó de un salto.

—Llamaré a ese joven que está quitándome la nieve de la acera, para que lo hagan entre los dos —dijo la señora Vanderpoel—. ¡Joven, por favor, venga aquí, por favor! —gritó al abrir la puerta.

—Ahora ven conmigo, Trixie, y te enseñaré lo que hay en el cobertizo… Echa al menos una ojeada, y así podrás contarle a los muchachos —la animó la señora Vanderpoel.

—Ten cuidado con ese escritorio, ¿eh? —advirtió Bobby al chicarrón cuando éste manejaba el regalo de la señora Vanderpoel —. Es una «tigüedad» para los Bob-Whites, para venderla en la «sibición».

—¿Por cuánto? —preguntó el muchachote.

—Pues me figuro que por cien dólares —presumió Bobby—. Y eso no es todo. Hay montones de cosas que la señora Vanderpoel va a prestar a los Bob-Whites para la «sibición» del mes que viene. Y valen trillones de dólares.

El viejo Brom se agachó para acariciar el escritorio de roble.

—Es bonito —dijo.

—Sí —reconoció el chicarrón, pensativo—. Sí que lo es, ¿eh?

Dicho esto, arrojó la pala de la nieve contra un árbol y salió corriendo del patio, perdiéndose en el interior del bosque.

Nevaba con fuerza, pero Trixie emprendió la milla que les separaba de casa sin vacilar. El sendero del bosque estaba resbaladizo, mas ella sabía que mejoraría cuando llegaran a Glen

Road.

—Cántame una canción, Trixie —dijo Bobby—. Este escritorio me pesa bastante.

Trixie cantó a pleno pulmón:

—«Pasado el río / pasado el bosque…»

Bobby se unió a ella, y cantaron a coro. Reinaba el silencio en el bosque, y empezaba a oscurecer; sus voces regresaban a ellos por el eco.

—¡Dejaos de cancioncitas! —les ordenó una voz, y Trixie se detuvo, paralizada por el miedo.

Tres hombres surgieron de entre los matorrales y les salieron al paso. Llevaban los rostros cubiertos con medias, y eso desfiguraba sus rasgos.

¡A Bobby le pareció divertidísimo!

—¡Ladrones! —gritó—. ¡Yo os cogeré! —hizo una bola de nieve y se la tiró a uno de ellos.

—¡Basta, imbécil! —bramó uno de los hombres—. No estamos jugando. Esto va en serio.

Los otros dos volcaron el trineo, y Bobby y el escritorio cayeron rodando. Luego se llevaron el trineo y el escritorio a rastras, y se perdieron de vista en el bosque.

—No pude hacer nada, Trixie —lloró Bobby, y las lágrimas derritieron la nieve que le tapaba la cara—. ¡Te han robado el escritorio! ¡De verdad que no pude hacer nada!

—No te preocupes, cariño —le consoló Trixie, muy apenada. Temblaba con tanta fuerza que apenas le salía la voz, pero su primer pensamiento fue para su hermanito—. Deja que Trixie te limpie un poco, corderito mío —dijo—. No llores. Araña atrapará a esos bandidos. En fin, Bobby, ahora no te queda más remedio que caminar, y aún nos falta un buen trecho.

Trixie estaba furiosa con los ladrones que les habían robado, y se sintió desolada.

—Araña se ocupará de ellos —prometió a Bobby.

—Tengo frío, Trixie —se quejó el pequeño—. Y está muy oscuro. ¿Nos hemos «extravido»?

—No, cielo. Dame la mano. ¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha! ¡Uno, dos, uno, dos!

Bobby se dejó llevar un rato por el ritmo militar de su hermana,

pero pronto disminuyó la marcha.

—Ya… no… puedo… seguir… andando —dijo, y se dejó caer en la nieve.

—Inténtalo un poco más, Bobby —le urgió Trixie—. ¿Ves? Por allí, a través de los árboles, está Glen Road.

—Yo no veo nada, Trixie. Yo me quedo aquí sentado, descansando —dijo Bobby, y se hizo un hueco en la nieve.

—No, Bobby, hay que llegar a casa cuanto antes. Esos hombres podrían estar escondidos por aquí, espiándonos. Yo te llevaré.

Trixie estaba tan asustada que no se dio cuenta de lo que pesaba. Temía que enfermase, pues estaba muy cansado y tenía mucho frío.

Trixie también estaba agotada… De hecho, pocas veces se había sentido tan cansada como cuando llegó al sendero que conducía a Glen Road.

Allí, para gran alivio suyo, vio a Brian y a Mart, que venían carretera abajo. La señora Belden, preocupada por la tardanza y por la oscuridad creciente, había mandado a los muchachos a buscarlos.

En casa, Bobby se dio un buen baño caliente y lo metieron en la cama. A Trixie le costó conservar la calma necesaria para contar su historia.

No les fue fácil a ella, a Mart y a Brian, convencer a su padre para que no avisara a la policía de Sleepyside.

—¿No lo entiendes? —dijo Trixie—. Si armamos tanto escándalo por un simple escritorio de roble, la gente se enterará de todo lo que la señora Vanderpoel tiene en su casa y a algún mal bicho le tentaría la idea de entrar a robar… y también les tentaría nuestro cobertizo.

—Tiene razón, papá —insistió Brian—. Araña nos ayudará a averiguar quién robó el escritorio. Seguramente ya sabe algo de esa banda…

—En ese caso no olvidéis poneros en contacto con Araña mañana mismo —accedió el señor Belden—. Yo le preguntaré en cuanto lo vea.

—Oh, papá, no hace falta —pidió Trixie—. Deja que los Bob-Whites nos entendamos con él, ¿eh? Después de todo, es nuestra exposición.

—Y queréis ocuparos vosotros mismos —dijo el señor Belden—.

Siempre le estoy diciendo a vuestra madre que os deje manejar vuestros asuntos. Me figuro que tendré que hacer caso de mis propios consejos…

Y así quedó la cosa.

A la mañana siguiente, Bobby amaneció resfriado. Tuvo mucha fiebre durante los siguientes días; el doctor dijo que había cogido una neumonía. Se puso muy enfermo, tan enfermo que nadie se preocupó de otra cosa que no fuera su salud.

Complot japonés • 8

LA CIENCIA MÉDICA y los cuidados de su madre sanaron a Bobby. Durante la fase más crítica de su enfermedad, les había resultado muy duro a los Bob-Whites concentrarse en su trabajo.

Trixie fue, de todos modos, con el chófer de los Wheeler, Tom, a casa de la señora Vanderpoel, a recoger los otros muebles que le había prometido prestarle y que debían restaurarse.

Trixie no le contó a la señora Vanderpoel lo que sucedió con su escritorio. Le daba algo de vergüenza y además confiaba en recuperarlo muy pronto. Esperaría un poco más antes de decirle nada a la señora Vanderpoel.

—¿Conoces a ese chico que estuvo quitando la nieve de la acera mientras estabas aquí la otra vez? —preguntó la señora Vanderpoel con curiosidad.

—No —respondió Trixie—. ¿Por qué me lo pregunta, señora Vanderpoel?

—Es la primera vez que alguien trabaja para mí y sale corriendo antes de que le pague —dijo la señora Vanderpoel—. No le había visto nunca; vino a pedirme trabajo. Bueno, me imagino que ya pasará a recoger su paga, ¿no?

Me pregunto —se dijo Trixie camino de casa—, me pregunto si ese chico tendría algo que ver con lo del escritorio. Sólo eso… me lo pregunto.

En el cobertizo, después de las clases, todos trabajaban con empeño, para tener todo a punto el día de la exposición. La estufa los mantenía calentitos, y las nuevas luces les permitían trabajar cuando anochecía.

Además, Regan había instalado un sistema de alarma con un cable que comunicaba con su vivienda, encima de las cuadras, en Manor House. Todavía no había sonado, y no hubo ningún problema desde la noche en que esos dos hombres intentaron entrar en el cobertizo.

—Debe tratarse de los mismos que robaron el escritorio —dijo Honey—. ¿Creéis que volveremos a saber algo de ese escritorio alguna vez?

—No, a menos que hagamos algo por remediarlo, cosa que hasta ahora… —respondió Trixie, y les contó lo que la señora Vanderpoel le había dicho del muchacho que salió corriendo sin reclamar su paga.

—Pudo ser uno de ellos —concluyó Jim—. Está clarísimo. Brian y yo hemos buscado a Araña para que nos ayude; pero no ha habido manera de localizarlo.

—Qué raro —comentó Trixie preocupada—. Es como si estuviese intentando evitamos.

—¿Y para qué iba a hacer eso? —preguntó Diana.

—Está actuando de una forma muy extraña, últimamente —dijo Trixie.

Al día siguiente, en lugar de encontrarse con los demás en la cafetería del instituto a la hora del almuerzo, Trixie salió en busca de Araña. Hasta que no averiguasen la identidad de los ladrones, todo lo que guardaban en el club estaba en peligro.

La intuición de Trixie la guió directamente hasta donde Araña estaba almorzando, en el Wimpy, en el mismo lugar donde le habían visto la noche de la reunión del rectorado.

Trixie se sentó en el taburete que había junto al de Araña y le dio un codazo amistoso.

—Hola —saludó Araña—. ¿Qué tal van las cosas dentro de la cabeza del Departamento de Inteligencia?

—Araña —dijo Trixie, muy seria, haciendo caso omiso de su sarcasmo—, los Bob-Whites tenemos problemas. Alguien estuvo en nuestro cobertizo, husmeando, una noche. Habíamos tenido una reunión. Supongo que esperaron a que nos fuésemos y luego intentaron entrar por una ventana.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Araña.

—Yo volví al poco rato, y vi cómo se iban —le dijo Trixie.

—¿Reconociste a alguno de ellos? —preguntó Araña con interés.

—No, pero eso no es todo.

Le contó lo de los enmascarados que habían tirado a Bobby al suelo de un empujón y les habían robado el escritorio.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Araña—. Me parece que lo mejor será que lo olvides.

Trixie, asombrada por su actitud, insistió:

—No podemos olvidarlo, Araña. Van a seguir actuando.

—Probablemente haya sido un par de chiquillos que querían gastarte una broma, y ahora tienen miedo de devolvértelo. Suceden cosas así cada dos por tres —dijo Araña—. Ya verás, como el escritorio aparece en el rincón menos pensado…

—¡Araña Webster! —atajó Trixie—. Esos hombres, los que se llevaron el escritorio, llevaban máscaras. Eran unos canallas de verdad, no se andaban con chiquitas.

Araña agitó una mano, visiblemente nervioso.

—Olvídalo, Trixie. La policía tiene entre manos medio centenar de cosas más importantes de que ocuparse.

—Muy bien, pues ahora va a haber una cosa más que les preocupe —dijo Trixie impulsivamente—. No te entiendo, Araña. Voy a acudir a la comisaría y a informarles del robo ahora mismo.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Araña.

Trixie vaciló, con la mano en el picaporte de la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siguiente —dijo Araña, enrojeciendo progresivamente—: que vais a meter a vuestro club en un jaleo mucho mayor que el que os causó el señor Stratton. ¿Quién te crees que se quejó a él y al rectorado de la existencia de sociedades secretas?

—¿La policía? —preguntó Trixie.

—Tú misma —le contestó Araña—. Desde que el rectorado metió baza en ese asunto, no ha vuelto a haber más vandalismo en el colegio, ¿o sí?

—No —admitió Trixie—. Y qué no daría yo por saber quién fue el que hizo tanto daño al instituto. ¿A qué te refieres cuando dices que el vandalismo cesó después de nuestra conversación con el señor Stratton?

—Nada más que a esto: puede que fuera alguien del colegio. Puede que algún chico lo hiciera al sentirse rechazado por uno de esos clubs.

—Pero por eso no iba a ponerse a robar —dijo Trixie.

—¿Y tú que sabes de lo que un chico es capaz o no…? Imagínate que no tiene a nadie en casa para que le diga lo que está bien y lo que está mal —continuó Araña—. Tú, y los hijos de los Wheeler, y los de los Lynch no sabéis lo que es tener que luchar por algo, señoritos. Siempre os lo han servido todo en bandeja.

—¡Araña Webster! Tú sabes que trabajamos duro, todos y cada

uno de los Bob-Whites.

—Sí, pero siempre tenéis detrás a vuestras familias, respaldándoos. Y tampoco se os iba a hundir el mundo si fueseis un poco más amables con otros chicos del instituto que no lo tienen tan fácil —explicó, y tanto el tono de voz como la tirantez del rostro indicaban la gravedad de sus palabras.

Trixie tardó en responder. Al fin dijo, pensativa:

—Tal vez sea verdad que nos pasamos demasiado tiempo juntos. Supongo que será por la cantidad de trabajo que tenemos. Nunca había pensado en eso hasta ahora, Araña. Puede que tengas razón.

—Y tanto que la tengo —dijo Araña—. Siempre miráis a Tad por encima del hombro, por ejemplo. Ya sé que no es perfecto, pero tampoco es malo. Todo ese follón que habéis montado para ayudar a los niños de todo el mundo… ¿por qué no procuráis hacer algo por los chicos que viven a vuestro lado?

—Dime, Araña —se rindió Trixie, desolada—, hemos sido unos egoístas, ¿no es verdad? Eso sí, te aseguro que ni siquiera uno de los Bob-Whites tenía la intención de serlo. Te lo aseguro. Y voy a hablar con ellos de lo que me has dicho. Gracias, Araña.

Al término de las clases, Trixie dijo al resto de los B.W.G. que Araña pensaba que la extraña visita al cobertizo no tenía demasiada importancia.

—No le hagas mucho caso —aconsejó Mart—. Acabará echándonos una mano. ¿Recuerdas cuando nos quedamos encerrados en aquella caravana roja, y nos costó tantísimo convencer a Araña de que nos habían secuestrado de verdad?

—Yo sí que me acuerdo —habló Honey—. Nos dijisteis que fue necesario poner la cinta que habíais grabado con la voz de ese tipo para persuadir a Araña.

—A mí me parece que Tad le tiene preocupado —dijo Diana.

—¿Insinúas que él sospecha que su hermano robó el escritorio? —preguntó Honey.

—Yo no creo que sospeche de él —dijo Trixie—. La cosa va por otro lado, y estoy avergonzada de mí misma. Y creo que vosotros también lo estaréis cuando os explique el motivo —y les contó punto por punto la conversación que había mantenido con Araña.

—Quien le oiga pensará que somos una pandilla de creídos —dijo Mart—. Y no lo somos. Yo envidio a Tad… él está en la Liga

Junior, y yo no.

—Pues dile eso a Tad alguna vez —aconsejó Trixie—. Para mí, Araña tiene razón, en ese sentido. Puede que lo hagamos sin querer herir a nadie, pero, si pensáis en ello, y yo le he estado dando vueltas desde que hablé con Araña, os daréis cuenta de que somos un grupo demasiado cerrado. Y no solamente al acabar las clases…, también en el instituto.

—Tad es un imbécil —insistió Diana.

—Puede que no lo fuera si nosotros nos portásemos mejor con él —repuso Trixie—. Yo, por lo menos, lo voy a intentar.

—A ninguno de nosotros le vendrá mal intentarlo —dijo Jim—. ¿No es así, chicos?

—¡Sí! —contestaron.

—Bueno, confío en que Araña nos ayude a averiguar un par de cosas —continuó Trixie, una vez conseguido su primer objetivo—. Hay algún tipo de conexión entre la gente que intentó entrar en el cobertizo la otra noche, los enmascarados que se llevaron el escritorio, y ese chico que estaba quitando la nieve de la acera delante de la casa de la señora Vanderpoel… y también con esos gamberros del colegio.

Unos días más tarde, se comprobó que parte de esa teoría era falsa.

Los Bob-Whites se hallaban en el cobertizo, trabajando. Honey y Diana estaban rellenando de serrín las muñecas de trapo, Mart luchaba con una silla, y Brian y Jim examinaban unos cuadros que les habían donado. Trixie estaba sentada a la mesa, rodeada de papeles, trazando la ruta a seguir por Tom y Regan cuando tuviesen que transportar las antigüedades al lugar de la exposición.

—Alguien se acerca al cobertizo —anunció Honey.

Y llamaron a la puerta, una sola vez.

Brian abrió.

Un hombrecillo japonés apareció con el sombrero en la mano, inclinándose a guisa de saludo.

—Pol favol, hablal con la niña jefe —dijo.

—Aquí no hay jefes —dijo Mart, que había escoltado a Brian. Luego añadió amablemente—: ¿No quiere pasar?

—Lo más probable es que se refiera a Trixie —dijo Jim sonriendo—. Si tenemos algún jefe, es ella.

—La señolita Tlixie, sí —dijo el japonés—. Cocinela en casa Wheeler dice a mí señolita Tlixie tiene espada. Cleo tal vez antigua espada samulai.

Trixie se sonrojó. Le chocaba esa reputación de marimandona.

—Jim, Brian y Mart conocen muy bien las espadas —dijo—. Ellos las afilaron y les sacaron brillo. ¿Le gustaría verlas?

—Sí, pol favol —dijo el japonés.

Brian y Jim bajaron las espadas de la pared donde las habían colgado.

El japonés tomó en sus manos la más larga y la sostuvo amorosamente, pasando el dedo filo arriba, filo abajo. Luego la colocó bajo la luz para examinar el signo de la empuñadura. Después tomó la daga y la estudió con igual minuciosidad.

—Muy antiguas espadas samulais —dijo—. Muy antiguas. Tal vez del clan Satsuma. ¿Vendelas?

—Esperamos venderlas en la exposición que hemos organizado para el mes que viene —dijo Trixie—. No podemos vender nada antes de esa fecha, ¿verdad, Jim?

—No… iría contra las reglas del club —corroboró Jim.

—Entiéndanos, señor…

—Oto Hakaito —dijo, haciendo una breve reverencia.

No para de hacer reverencias —pensó Trixie.

—Mire, señor Hakaito —explicó—, hemos acordado no vender ninguna pieza de la colección antes de la exposición. Ya ha habido varias personas que se han interesado por nuestros artículos, pero creímos que lo más justo sería dar a todo el mundo su oportunidad el día de la exposición. Hubo algún otro que se interesó por las espadas, precisamente.

—Sí, lo sé, —dijo el japonés, inclinándose una vez más—. El mi helmano Kasyo. Nosotlos gusta mucho complal espadas samulais.

Entonces Oto se volvió hacia los Bob-Whites, dio una vuelta alrededor de ellos, y volvió a dedicarles uno de sus saludos.

—Tengo confesión que hacel —dijo—. Espadas samulai muy quelidas por japoneses. En Tokio glan museo donde están muchas espadas. Mi helmano y yo gustamos estas espadas. Envialas a museo en Tokio. Nuestlo honolable padle que vive en esa ciudad muy olgulloso de nosotlos.

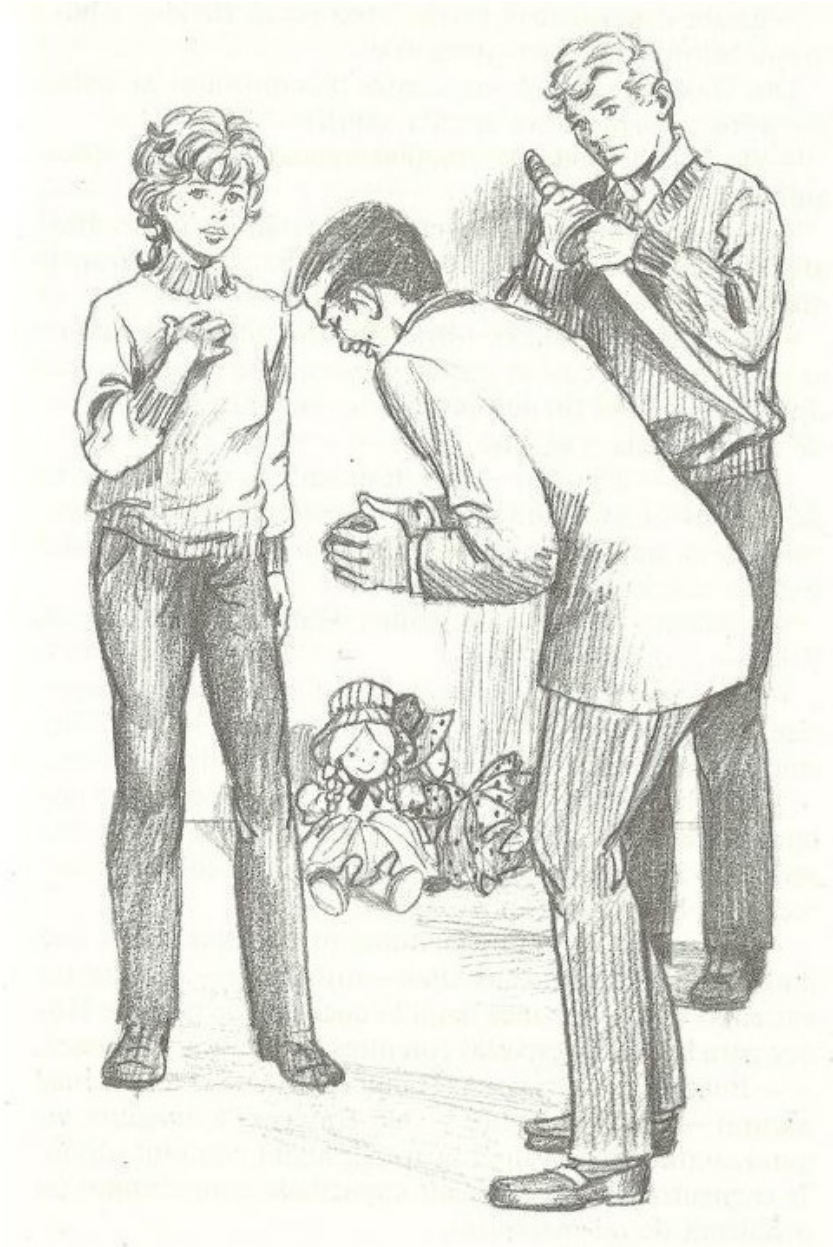
—¿Qué quiso usted decir con eso de «confesión»? —preguntó

Mart—. No hay nada de malo en querer comprar espadas antiguas.

—Confesión es ésta —dijo Oto Hakaito con tristeza—. Una noche, la noche que la cocinela de la señolita Honey nos dijo lo de las espadas, venimos aquí, mi helmano y yo, para pedil que nos la enseñen. Cuando llegamos, no hay nadie aquí. Así que —continuó— no espelal. Con lintelnas milamos pol la ventana pala vel espadas. Nosotros muy desilusionados nadie en casa. ¿Vosotlos enfadados?

—Por supuesto que no estamos enfadados —dijo Trixie, aliviada —. Pasé mucho miedo esa noche, eso sí. Yo los vi. Volví a por un cuaderno justo a tiempo de ver cómo se metían en su coche y se marchaban. Pensamos que eran ladrones.

—Helmanos Hakaito no ladlones —corrigió Oto rápidamente—. Buenos jaldinelos, no ladlones. ¿Pol qué no llamó nosotlos? Nosotlos volvel.



—Estaba demasiado asustada —reconoció Trixie—. Ahora me reconforta saber quién fue.

Oto Hakaito exhibió sus dientes blanquísimos al dedicar a los presentes una amplia sonrisa.

—¿Todavía no podemos complal espadas samulai? —preguntó.

—Aún no —dijeron al mismo tiempo Jim y Trixie. Jim añadió—: Tendremos en cuenta, sin embargo, su oferta el día de la exposición.

—Yo os doy las glacias —dijo Oto Hakaito, inclinándose tanto en esta ocasión que creyeron que se quedaría así, doblado, hasta el fin de sus días; no obstante, se recuperó de la reverencia y se fue.

—Bueno —dijo Jim—, eso desmiente la teoría, Trixie, de que los sucesos estaban interrelacionados. Estoy convencido de que los hermanos Hakaito no tuvieron nada que ver con el robo del escritorio.

—¿Quiénes son los hermanos Hakaito? —preguntó Brian—. ¿Alguien lo sabe?

—Me parece que tienen una huerta al otro lado de Sleepyside —respondió Honey—. Y tienen una tienda en la ciudad. Ellos son los que venden la fruta y la verdura a nuestra cocinera.

—Eso concuerda —señaló Mart—. Así es como se enteraron de lo de las espadas. Me gustaría que se las quedasen ellos. Si los japoneses las valoran tanto, Tokio las merece más que ningún otro lugar.

—Yo también creo que las tratarán con más mimo que nadie, pues son como sus hijas —dijo Trixie—. Lo que no entiendo es qué razones tenía la cocinera de casa de Honey para hablar de espadas con unos hortelanos japoneses.

—Pues me imagino que el tema saldría de la forma más natural —respondió Mart—. No empieces a imaginar alguna confabulación internacional, algún complot nipón. Te encuentras deficientemente capacitada para afrontar un problema de tal magnitud.

Trixie gruñó.

—Traducido, Mart quiere decir que ya tienes bastantes problemas en este hemisferio —bromeó Jim—. ¡Deja tranquila a Asia!

—Acabáis hartándome —se enfadó Trixie—. Cuando surge algo, os recostáis contra el respaldo de vuestro sillón favorito, meditáis, y confiáis en que el destino o el azar lo resuelvan. Yo procuro dar una

ayudita al destino, o al azar. Y entonces vosotros os burláis de mí. ¿Por qué no os ocupáis de averiguar dónde está ese escritorio y quién empujó a un chiquillo, haciendo que cogiese una neumonía?

—¡Oye, oye! Tampoco estamos con los brazos cruzados —se defendió Mart—. No todo tu trabajo de detective lo haces solita, ¿eh?

—A veces desearía que así fuera —confesó Honey—. Yo soy detective, pero a la fuerza.

—«Detective a Desgana Pies Planos» —la bautizó Mart—. Puede que Araña tenga razón, y el escritorio aparezca en el lugar menos pensado.

Perdidos en la ventisca • 9

—ME TEMO QUE NO PODREMOS trabajar en el cobertizo esta noche, con los muebles —le dijo Honey a Trixie cuando se encontraron en el pasillo, antes de la clase, unos días después—. Y tampoco resolver ningún misterio.

—¿Y por qué no? —preguntó Trixie—. Debemos aprovechar el tiempo al máximo. ¿Por qué no podemos trabajar?

—Regan se ha puesto furioso con nosotros. Dice que hemos descuidado a los caballos, que ya nunca los sacamos a pasear —dijo Honey.

Trixie sintió vergüenza.

—Pues que Regan se enfade con nosotros es un lujo que no nos podemos permitir —sentenció—. A cualquiera le conviene tenerlo como amigo.

—Y la señorita Trask también está de morros. Que ya no nos ve nunca… que echa tantísimo de menos a Bobby…

A veces Trixie sacaba a Honey de sus casillas. Le hubiera gustado que a su amiga no le diera por resolver ella sola todos los misterios. Honey pretendía llegar a ser la clase de detective que se sienta en un despacho y dirige a los demás. El peligro era algo que no la atraía.

Y Trixie era el reverso de la moneda. Cuanto más metida en una situación se encontrase, más le gustaba. La aventura (incluso el peligro) la saludaban, y ella devolvía el saludo con gusto. Esos extraños sucesos que tanto intranquilizaban a Honey, y, de hecho, a los demás Bob-Whites, sólo conseguían excitar a Trixie. Ella hubiese querido dedicarle todo su tiempo al club y a sus problemas.

Trixie era cumplidora, de todos modos, con el trabajo que se le asignaba. Si Regan quería que los caballos estuvieran en forma, ella lo haría, por mucho que le apeteciese hacer otra cosa. Antes de que la familia de Honey se mudara a Manor House, Trixie no había tenido oportunidad de montar a caballo, y siempre había soñado con tener alguno. Ahora los cinco caballos de los Wheeler estaban a disposición de los amigos de Honey y Jim. El pelirrojo Regan se ponía hecho una furia si los caballos no hacían suficiente ejercicio o

si no dejaban limpias las cuadras.

—Cuando veamos a los chicos al mediodía, les diremos que hay que montar a caballo —resolvió Honey—. A Regan no le vendrá mal un poco de ayuda. Tom lleva una temporada ocupándose de ellos. Si hay algo que Tom odie más que un paseo a caballo, lo desconozco.

—Es cierto —coincidió Trixie—. Igual que sólo hay una cosa que a Regan le moleste tanto como un automóvil: otro automóvil. Cada uno es feliz en su oficio.

—Por eso papá procura que ambos se sientan a gusto —dijo Honey—. ¿Por qué no viene Bobby a casa, a ver a la señorita Trask y a Regan, después del colegio? Siempre estaba con ellos, antes de caer enfermo. Los hermanos gemelos de Di, Larry y Terry, han estado en casa varias veces. A Regan le vuelven loco los niños. Creció en un orfanato, me figuro que será por eso. ¿No puede venir Bobby?

—Me temo que no. Creí que sabías que a Bobby el médico todavía no le deja salir de casa. Aún no se ha repuesto del todo de su enfermedad. Eso sí, le gustaría tanto que Regan Y la señorita Trask vinieran a visitarlo… ¿Te acuerdas del viejo Brom, ese hombre de la barba, y de los bigotes, y de las patillas, que estaba en casa de la señora Vanderpoel? Ya te hablé de él. Viene a ver a Bobby a menudo. Bobby le adora. No tiene dinero para comprarle regalos a Bobby, pero trae cosas consigo que son mejores que cualquier regalo. Le hizo un silbato de madera de sauce que toca varias notas.

—Me gustaría verlo —dijo Honey.

—Y también ha tallado brujas y duendecillos para Bobby —dijo Trixie—. Yo creo que Brom cree que hay duendecillos viviendo en las montañas. Sé que lo cree. Tendrías que escuchar algunas de las leyendas que el viejo Brom le cuenta a Bobby. Si alguien las escribiera en un libro, se forraría.

—Puede que algún día publiquemos una antología con ellos —sugirió Honey—, si es que Brom se presta a contárnoslas a nosotros. Ése sería un buen proyecto para los Bob-Whites, ¿verdad?

—No para mí —dijo Trixie—. Ya sabes las notas que saco en lengua.

—Los poemas que escribiste para la pasada evaluación eran

preciosos… Ésos de los indios navajos. Los escribiste cuando regresamos del rancho —dijo Honey—. Te pusieron un diez.

—Me limité a repetir alguna de las canciones rituales —dijo Trixie—… bueno, puede que las cambiase un poquito. Pero no puedo escribir en prosa. Los versos, en cambio, se forman solos dentro de mi cabeza. Es al tratar de ponerlos sobre un papel cuando me suspenden. ¡Hala, Honey! Vamos a llegar tarde a clase. El pasillo está desierto. No he oído la campana, ¿y tú?

—Tampoco —dijo Honey, y entraron en la clase de inglés.

Al mediodía, cuando Trixie dijo a los chicos que Regan se había enfadado con ellos por no ayudarle con los caballos, Jim dijo:

—Será que Honey vio a Regan ayer, o que le ha malinterpretado, porque Brian, Mart y yo salimos a pasear con los caballos anoche. Lo hicimos por turno. Vi a Tom esta mañana, a lomos de Susie, y mamá iba sobre Strawberry.

—Aún queda Júpiter para esta noche —dijo Brian. Normalmente montaba a Starlight, el castaño, pero ahora tenía ganas de hacer sudar al caballo negro de Jim.

—Esta noche no, Brian —repuso Jim—. Últimamente no ha hecho mucho ejercicio, y no resultará sencillo dominarlo. Yo lo cogeré. Parece que me tiene un cariño especial, que corre más conmigo que con ningún otro. Y a partir de hoy habrá que atender mejor a los caballos.

—Déjame a Starlight —pidió Mart—. Dijiste que podría, Brian.

Brian le dio permiso con un gesto.

—Yo me llevaré a Lady —dijo Honey.

—Pues entonces Brian y yo iremos a casa a ayudar a mamá —dijo Trixie—. Mira que cuesta hacerlo todo. Tenemos que trabajar cuanto podamos en esa exposición. Tenemos que estudiar, también, y que ayudar en casa. No entiendo qué motivo tiene Tad para estar celoso. Trabajamos más que los mineros en África.

—Creo que confundes, muy de acuerdo con la perplejidad que preside tu mente, África con Siberia —se burló Mart—. Si acudieras a la lectura de cuando en cuando, en lugar de perseguir a esos individuos escurridizos que practican la infracción de la ley, tú…

—Yo… sería tan pedante como tú, Mart Belden, con tus palabrejas absurdas e incomprensibles —le cortó Trixie, roja de cólera.

—Haced el favor de no discutir —se interpuso Diana—. Acordaos de que tenemos que trabajar juntos.

—Sea, oh, paloma de la paz —dijo Mart. Le gustaba Diana. Le gustaba muchísimo. Tenía una gracia única para remansar las aguas en medio de la tempestad.

Pese a que Mart y Trixie parecían el perro y el gato, si alguien se metiera con uno de los dos, el otro saldría inmediatamente en su defensa. Pero claro, tenían casi la misma edad, y Mart, por ser once meses mayor que Trixie, gozaba de una serie de privilegios que su hermana exigía para sí.

Cuando el autobús escolar dejó a los Bob-Whites en Manor House esa tarde, Mart, Honey y Jim se dirigieron hacia las cuadras. Di tomó un atajo por el norte de la finca de los Wheeler para ir a su casa, y Trixie y Brian bajaron rumbo a Crabapple Farm.

El spaniel negro y blanco de Jim, Patch, salió corriendo de las cuadras, ladrando y meneando la cola a una velocidad increíble.

Regan, que llevaba a Júpiter de las riendas, llamó a Jim:

—¡Dile que se calle! Está poniendo nervioso a Júpiter, y a mí no me hace ni caso.

—Sabes que le he entrenado para que sólo me obedezca a mí —dijo Jim—. ¡Quieto, Patch!

El perro, al instante, se dejó caer detrás de Jim y se quedó inmóvil. El espectáculo mereció, y obtuvo, los aplausos de los presentes.

Jim se agachó a rascarle las orejas con cariño.

—Sentimos haber descuidado a los caballos —dijo Trixie—. Es que hemos estado tan ocupados con lo de la exposición de antigüedades…

—Ya lo sé —dijo Regan—; los que no lo saben son los caballos. Tendréis que organizaros mejor, Trixie, si no queremos que se conviertan en una manada de caballos salvajes, imposibles de dominar, cuando llegue la primavera.

Júpiter coceaba el suelo, muy inquieto, confirmando las palabras de Regan.

—Haremos lo posible —le dijo Trixie volviendo la cabeza, porque ya se marchaba—. Ya lo verás.

Ella y Brian fueron camino abajo rumbo a Crabapple Farm.

—No sabéis cuánto me alegro de que hayáis venido —les saludó

la señora Belden cuando llegaron—. Hoy todo parece andar mal. No he tenido tiempo para alimentar a los pollos, y Bobby está pesadísimo.

—No estoy pesado —gritó Bobby desde el sofá del salón—. Sólo quería levantarme a jugar con Reddy, y mamá no me deja.

—Ésa es otra —recordó la señora Belden—. No he visto a Reddy desde esta mañana. Por lo menos él distrae a Bobby. Nunca se había apartado de él tanto tiempo. Abridle una lata de comida, y llámalo, Brian. Mucho me temo que se acerca una tormenta de nieve.

Brian llamó al perro:

—¡Reddy! ¡Aquí, Reddy! ¡Reddy! ¡Ven!

Pero Reddy no apareció entre los árboles, tal y como solía hacer en cuanto oía su nombre.

—No acude a mi llamada, mamá —dijo Brian, y dejó la lata de comida encima de la mesa de la cocina.

—Qué raro —dijo la señora Belden—. Debe haber salido detrás de algún conejo; puede que se haya metido en el corazón de la reserva. Al guarda forestal de los Wheeler, el señor Maypenny, no le va hacer ninguna gracia.

—El señor Maypenny no está —dijo Trixie.

—Quiero que venga mi perro —lloriqueó Bobby—. Se me ha «perdío» el perro. Por favor encontrad a mi perro.

—No se ha perdido, tonto —le consoló Trixie—. Pronto volverá a casa.

Trixie no estaba tan segura de eso. Y veía que su madre también se sentía preocupada, y que Brian no sabía qué hacer. Toda la familia adoraba al setter, tan juguetón.

—Se ha «perdío» —insistió Bobby—. Voy a ir a buscarlo.

—Seguro que llega en cualquier momento —le reconfortó su madre—. Trixie te leerá, Bobby.

—Ya me sé de memoria todos esos cuentos. Sólo me gustan los que Brom me cuenta. ¿Dónde está Brom? ¿También se ha «perdío»? ¡Hace, años que no viene a verme!

Bobby estaba cansado de permanecer encerrado en casa todo el tiempo, y no iba a ser nada sencillo hacerle entrar en razón.

—Mira por la ventana, rey —dijo Trixie—. Eso es, levántate y mira por la ventana. ¡Fíjate quién viene!

—¡Es Jim! —exclamó Bobby—. ¡Va montando a Júpiter! Mamá,

¿puedo salir a verlos?

—No, no puedes, Bobby. ¿Dejarás alguna vez de pedirme permiso para salir…? ¿No oíste al médico? Dijo que no podrías salir hasta que haga más calor.

La señora Belden también estaba cansada; de otro modo, nunca habría perdido la paciencia con ninguno de sus hijos, y menos todavía con Bobby.

En cualquier caso, Bobby no la había oído. Apoyó la cara contra la ventana. Jim giró a Júpiter hasta que los morros negros del caballo estuvieron pegados contra la ventana, al otro lado de donde Bobby tenía aplastada la nariz. Sólo el cristal se interponía entre ambos.

—Pasa, Jim, ven a hablar conmigo —insistía Bobby—. ¡Mete a Júpiter… que me vea!

Jim se rió.

—¿Cómo voy a hacer eso, Bobby? —replicó—. Lo que haré será amarrar a Júpiter en el granero y pasar a verte un rato.

—¡Dale a Júpiter un poco de avena! —gritó Bobby—. Y llama a Reddy, por favor. Me temo que Reddy se ha «perdío»; en serio, mamá —dijo, tumbándose en el sofá—. Jim irá a buscármelo.

—¿Qué pasa con Reddy? —preguntó Jim al entrar en la cocina.

—No lo sé —contestó Trixie—. No viene cuando le llamo. No había ocurrido nunca, hasta ahora. Y menos teniendo en cuenta que no ha comido en todo el día. ¿Le has llamado tú?

—Sí, al salir del granero, con todas mis fuerzas —dijo Jim—. ¿No crees que alguien debería salir a buscarlo?

—Eso pensaba, pero mamá tiene miedo. No quiere que nos alejemos mucho de la granja. Le parece que se acerca una ventisca. Lo malo es que Bobby está que se come las uñas.

Trixie se volvió hacia su madre.

—Mamá, por favor, déjanos ir. Brian y yo conocemos el bosque palmo a palmo. Y no sería la primera ventisca que afrontamos. ¡Por favor!

—Si no dejas que Trixie vaya a buscar a mi perro, me pondré malísimo —amenazó Bobby desde el salón.

—Yo iré con vosotros a buscar a Reddy —dijo Jim—. Puedo dejar a Júpiter en el granero hasta mi regreso. ¿No ve que no pasará nada si vamos los tres, señora Belden?

Trixie miró a su madre, expectante.

—No sé qué decir —replicó la señora Be1den—. Si tu padre estuviera aquí —añadió—, pero se ha ido a Nueva York, de viaje de negocios. No volverá hasta mañana.

—Reddy se morirá si tenemos que esperar a mañana —lloró Bobby—. Por favor, deja que Trixie vaya a buscarlo.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Brian—. Normalmente no pones tantas dificultades para que hagamos algo.

—Estoy nerviosa —confesó la señora Belden—. Parecerá una tontería, pero tengo el presentimiento de que va a pasar algo malo.

—Pero ¿qué puede pasar? —preguntó Trixie—. Es tu imaginación, nada más.

—Puede que sí —admitió su madre—. ¿Por qué no dejas que vayan los chicos solos?

—Trixie encontrará a mi perro —protestó Bobby—. Quiero que vaya Trixie.

—Muy bien —se rindió la señora Belden—. Pero si empieza a nevar con fuerza, volveréis, ¿vale?

—Si vemos que la tormenta se va transformando en ventisca, volveremos —respondió Trixie entusiasmada. Le encantaban las tormentas de nieve. Le encantaba todo lo que fuera aventura; y el peligro era la sal y la pimienta de sus aventuras favoritas.

A los pocos minutos, ya estaba preparada, con el abrigo y una bufanda de lana con que protegerse la cabeza.

—Jim, tú ponte este suéter gordo —dijo la señora Belden—. Lo que llevas puesto te sirve para montar a caballo, pero… ¿lleváis las linternas? Trixie, ten presente que esto no es una aventura. Salís para buscar a Reddy, y, cuando lo hayáis encontrado, volveréis directamente a casa.

—Brian y yo procuraremos poner freno a su curiosidad —dijo Jim, guiñándole un ojo a Trixie cuando los tres salían.

Lo que más le gustaba a Jim de Trixie era su espíritu de aventura, su disposición a ir a cualquier parte en cualquier momento y no acobardarse ante nada, como la mayoría de la gente haría.

Últimamente Jim se iba fijando más en lo guapa que era Trixie. Un brillo que no supo explicar le deslumbró al verla con su abrigo rojo, que le venía un poco grande, y toda envuelta en la bufanda

escarlata. Tenía los ojos azules, claros, como el cielo de verano, y las mejillas sonrosadas con la excitación del momento.

Trixie cogió una correa, y se la enrolló en el brazo. Era una humillación que Reddy pocas veces sufría. No soportaba las correas, pero había que enseñarle que no estaba bien que se escapara de esa forma.

Se adentraron en el bosque lo más deprisa que pudieron.

De vez en cuando se paraban a llamar al setter.

—¡Reddy! ¡Aquí, Reddy! ¡Ven, muchacho!

Pero no les llegaba respuesta.

—Puede que alguien lo haya recogido —dijo Jim—. Alguien que pasara en coche por Glen Road.

—Un escuadrón de la Policía Montada del Canadá no bastaría para meter a Reddy en un coche extraño —dijo Trixie—. Esto no me gusta nada.

—No nos metas miedo a nosotros también —le advirtió Brian.

—¡Brian Belden, pero si hasta tú estás intranquilo! —comentó Trixie sorprendida.

—Los dos deberíais empezar a alarmaros —dijo Jim, abriéndose camino por el sendero—. ¿Veis cómo ha cambiado el viento, de pronto? ¿Y dónde se ha metido el sol?

—Se está haciendo tarde —observó Trixie—. Deben ser más de las cuatro. Oh, Jim, ¡tienes razón! ¿Oís cómo silba el viento?

—Y la temperatura ha bajado de golpe más de tres grados —dijo Brian, agitando los brazos para entrar en calor—. ¿Dónde está ese perro? ¡Aquí, Reddy! ¡Reddy!

—¿Y cómo sabes que pasó por aquí precisamente, Trixie? —preguntó Jim.

—Siempre se mete por este camino, o al menos por esta parte de la reserva —respondió Trixie—. Y él está aquí, en este bosque, en algún lado.

—Pero ¿dónde? —preguntó Brian—. No me hace ninguna gracia este viento.

—¿Y ahora quién tiene miedo? —preguntó Trixie.

—Tal vez deberías regresar a casa, Trixie —sugirió Jim.

—Ni lo sueñes —respondió Trixie—. Volveré cuando vosotros volváis, pero no antes. No creo que vuelva, ni siquiera entonces. Pensad en la que nos espera si no encontramos a Reddy… Bobby no

parará de llorar en toda la noche, pobrecito. No, yo sigo.

—Pues tú te encargarás de defendemos ante mamá —dijo Brian — si nos perdemos. Espero que tú sepas dónde estamos. Yo no, desde luego. ¿Y tú, Jim?

—Yo… creo… que no —dijo Jim espaciando las palabras—. Trixie, vamos a llamar a Reddy por última vez. Si no contesta, habrá que regresar. ¿Vale?

—Sí, Jim —contestó Trixie con sorprendente docilidad—. Pero yo no quisiera abandonar…

Brian y Jim sacudieron la nieve de las ramas que había a los dos lados del sendero y gritaron:

—¡Reddy! ¡Aquí!

Sólo respondió el silencio.

—¡Ven, Reddy, bonito! —dijo Trixie con dulzura—. ¡Reddy, vamos, bonito! ¡Reddy!

Algo, mezcla de ladrido y lamento, le respondió.

—¡Está por aquí! —dijo a los chicos—. Muy cerca, en algún lugar. ¿Dónde estás, Reddy? ¡Ya voy!

El aullido y los ladridos se hicieron algo más audibles. Los tres se volvieron hacia el lado de donde creyeron que procedían los quejidos del perro.

Caía nieve a manta, Incluso allí, debajo de los árboles, la nube blanca se hacía tan espesa que resultaba difícil ver a un metro de distancia; el ocaso, que se acercaba, complicaba la situación aún más.

—¿Reddy? —insistió Trixie—. ¿Reddy? —el aullido con el que aquél respondió sonó a su lado; Trixie por poco tropieza con el setter, que estaba tumbado en el suelo.

—¿Qué te pasa, Reddy? —preguntó Trixie, arrodillada junto al animal—. Buen chico, Reddy, bonito, ¿estás herido? —Reddy le lamió la mano a modo de bienvenida.

—Ha caído en una trampa —dijo Brian, arrodillándose al otro lado—. Será la pata… sí, aquí está. Calladito, amigo, procuraré no hacerte daño. Tiene pillado el pie… la punta. Gracias a Dios; podía haber sido peor —Brian lo liberó de la trampa.

—¡Buen chico! —dijo Trixie, acariciando al chucho—. ¿Se le ha roto el pie, Brian?

—No, pero le debe doler muchísimo. ¡Venga, venga, Reddy! —Brian cogió al perro en brazos.

—¿Quién habrá sido tan cruel? ¡Poner una trampa por aquí! —murmuró Trixie en voz alta—. Espero que tu padre advierta al señor Maypenny de esto enseguida, Jim.

—Es una vieja trampa de zorro completamente oxidada —se asombró Jim—. Ahora están prohibidas. Alguien la habrá encontrado Dios sabe dónde y la puso para intentar ganar algún dinero. ¡Pobre Reddy!

—Pudo haber sido peor —dijo Brian—. Ya sé que tú no piensas

lo mismo, amiguito —dijo.

Reddy restregaba su hocico contra el cuello de Brian.

—Yo diría que Reddy está en mejor forma que nosotros —comentó Jim—. No tengo ni la menor idea de en dónde nos encontramos. Sólo sé que la ventisca va a más, y que estamos perdidos en alguna parte.

—Debimos haber hecho caso a mamá —dijo Brian.

—¿Y haber dejado a Reddy aquí, para que se muriese? —preguntó Trixie enfadada.

—Claro que no —dijo Jim, apaciguándola—, pero reconoce que esto es como un laberinto. Yo ya no veo ni torta ¿Y vosotros?

Trixie miró alrededor suyo y negó con la cabeza.

—Y cada vez está más y más oscuro —se lamentó.

—Veremos por aquí —dijo Jim, y enfocó hacia ese lado la linterna—. Agacha la cabeza, Trixie, y así evitarás que el viento te dé de lleno.

—Tenemos que mantenemos lo más juntos posible —dijo Brian —. Si nos separamos, no quiero pensar lo que podría ocurrirnos. ¿Vienes, Trixie?

Reddy lloraba, desolado, en brazos de Brian.

—Voy, y vamos a encontrar la salida —afirmó Trixie, y su voz contagiaba seguridad y vigor.

—¡Ahí va mi chica! —comentó Jim; luego tropezó y se cayó sobre la nieve.

Una llamada en la noche • 10

—¡JIM ESTÁ HERIDO! —le gritó Trixie a Brian.

Habían estado caminando en fila india; Trixie iba entre los dos muchachos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brian, apartando a un lado a Trixie e inclinándose sobre su amigo.

—Ha tropezado con algo y se ha caído —explicó Trixie—. ¡Cuidado!

Demasiado tarde. Brian cayó de cabeza encima de su amigo.

—¡Brian! —exclamó Trixie desesperada—. ¡Jim!

Allá abajo, los dos muchachos hacían unos ruidos rarísimos, como de quien se está asfixiando. La nieve formaba un remolino que envolvía todo cuanto había a su alrededor, hasta los árboles.

Aterrorizada, Trixie observó a los muchachos caídos.

—¡Jim! —gimió—. ¡Ay, está muerto!

—No estoy muerto —murmuró Jim—. Pero si no me deshago del elefante que tengo encima, puede que lo esté muy pronto.

—¿Y entonces a qué vienen esos ruidos tan extraños, como si estuvierais ahogándoos? ¿Brian también? —añadió Trixie, y había una ansiedad tensa en su voz.

—¿No sabes distinguir una risa cuando la oyes? —preguntó Brian, levantándose y sacudiéndose la nieve, un gesto inútil, porque inmediatamente le cubría otro manto blanco encima—. Fascinante, Trixie, fascinante. Qué manera de llamar a Jim. Y a tu hermano que le parta un rayo.

—No digas eso —dijo Trixie avergonzada—. De todos modos, sí que habéis escogido un buen momento para gastar bromas —estaba furiosa con los dos—. Es posible que no sobrevivamos ni una hora si no encontramos algún sitio a cubierto. ¿No os dais cuenta? Está oscurísimo, y mamá debe de estar que no vive al ver que no llegamos a casa. Ya no podré soportar mucho tiempo esta tormenta.

—Puede que tengas razón; no es el momento más apropiado para gastar bromas —la tranquilizó Jim—, pero tampoco es como para ponerse a llorar. Por cierto, ¿qué crees que nos hizo tropezar? Yo no veo ni a un palmo de mi frente.

Recogió la linterna de donde se le había caído.

Reddy, que había saltado de los brazos de Brian al tropezar éste, frotó su cuerpo empapado contra las piernas de Brian, aulló, y levantó la pata herida.

—Ya sé que te duele, amigo —dijo Brian—. Pero ahora mismo no puedo hacer nada para aliviarte el dolor. Trixie, esto se está poniendo mal. Tiene que haber algún tipo de refugio por aquí.

—¡Y lo hay! —exclamó Jim muy excitado.

Proyectó un haz de luz en torno suyo y dijo:

—Lo que me hizo tropezar es un camino de troncos. Si no me equivoco, nos llevará hasta algún refugio. Eso es… ¿lo veis? ¡Allí, un poco más adelante!

Los muchachos forzaron la puerta; era una casa de madera que había junto a un claro del bosque. La furia de la tormenta arrastró a la muchacha, a los chicos y al perro adentro, y luego cerró la puerta con una fuerza espantosa.

—¡Justo a tiempo! —jadeó Trixie, agotada.

El foco de luz de la linterna de Jim recorrió la habitación. No había ningún mueble… sí… pegados a la pared se veían tres bancos viejos colocados encima de unos pesadísimos sacos de avena.

—El señor Maypenny debe utilizar este sitio para almacenar provisiones para los animales y los pájaros —dijo Jim—. ¡Ah, claro! Ésta es la vieja escuela. Es probable que el mismísimo señor Maypenny viniera a clase aquí, de pequeño. ¡Cuernos, menudo frío!

Brian había estado explorando los rincones, entretanto.

—¡Hay una estufa! —exclamó—. ¡Parece una de esas viejas estufas a leña!

—Pero no tenemos madera —se lamentó Jim—. Yo, por lo menos, no la veo. ¿Tú la ves, Trixie?

—Todavía no —dijo Trixie, que también buscaba con su linterna cualquier cosa que pudiese servirles—. ¡Aquí hay una lámpara! —la recogió—. Y una caja de cerillas —dijo, y encendió la lámpara. A la luz amarillenta y temblorosa de esa lámpara exploró los rincones en busca de algún montón de leña. Sólo había dos o tres maderos, cerca de la estufa.

—Es preciso que haya un montón de leña en algún sitio —dijo Jim—. Saldré a ver si puedo encontrarlo.

Abrió la puerta, pero el viento entró rugiendo por la abertura,

empujándolo hacia adentro.

—No salgas, Jim —le aconsejó Trixie—. Nunca encontrarías el camino de regreso. ¡Te morirás de frío!

—Y tú, ¿dónde prefieres morir congelada? —preguntó Brian—. ¿Fuera o dentro? Da lo mismo un sitio que otro. Yo iré.

—Nadie va a salir con esta tormenta —se plantó Trixie—. Quemaremos los bancos de madera.

—¿Sólo esos tres? —preguntó Jim—. ¿Y cuánto nos durarían? ¿Y con qué íbamos a cortarlos? No, tenemos que encontrar leña.

Trixie se quitó las manoplas, sopló aire caliente contra sus dedos, para calentarlos, y pensó, y pensó. De pronto, tuvo una idea.

—El otro día le oí a Brom contarle una historia a Bobby sobre una tormenta —recordó—. Dejadme pensar… ¿qué dijo que hicieron? Ah, sí, que cogieron madera de fuera. Sí, cómo era… un hombre saldría al porche de la casa, y el otro ataría una cuerda a la cintura del primero. Si éste se perdiera antes de dar con la leña, daría un tirón a la cuerda para hacérselo saber al otro, y volvería sano y salvo.

—¡Eso está muy bien! —exclamó Jim—. Sólo que… ¿de dónde sacamos la cuerda?

No había ni rastro de cuerda por toda el aula. Sólo unas guitas, con las que ataban los sacos.

—Idea descartada —dijo Jim—. Piensa en algún otro truco, Trixie, y deprisa, porque ya debemos estar bajo cero… dentro de la habitación.

Jim suspiró, y el aliento volvió a él en forma de nube de vapor.

—¡La campana de la escuela! —exclamó Trixie—. ¡Tiene que haber una cuerda! Allí, en ese rincón, detrás de ti, Jim, en ese armarito. ¡Abre la puerta!

Jim abrió la puertecilla, y allí estaba colgada la cuerda de la campana. Dentro del armario había una escalera estrecha. Jim se subió por ella, desató la cuerda, y la dejó caer al suelo.

—Parece que se va a caer a trozos en cualquier momento —dijo Brian palpándola—. Pero no nos queda más remedio que intentarlo, Jim. ¡Vamos!

Los dos muchachos quisieron afrontar la tormenta; sólo el azar resolvería el caso; Trixie consiguió dos pajitas; Jim sacó la más corta.

—Me ataré este extremo de la cuerda a la cintura —dijo Brian— y me quedaré en el porche.

—Yo me ataré el otro extremo —dijo Jim.

Afuera, parecía como si un gigante rabioso hubiese abrazado a la vieja escuela, tratando de hacerla pedazos, y hubiera congelado las ventanas con su aliento de hielo. Jim, arrastrado por un golpe de viento, desapareció en medio de un torbellino de nieve.

Mientras hablaban, Reddy no había parado de correr de un extremo a otro del aula, delante de la puerta. Cuando Jim y Brian salieron, trató de seguirlos; Trixie lo sujetó.

—Tú te quedas conmigo —ordenó—. ¡Siéntate, Reddy!

Antes de salir, Jim había entregado su reloj de pulsera a Trixie, que se lo había puesto. Fueron pasando los segundos… los minutos… De cuando en cuando, Trixie entreabría la puerta para intercambiar unas palabras con Brian.

Él y Jim habían acordado una señal. Si Jim encontraba la leña, daría un solo tirón a la cuerda. Si deseaba volver, daría dos.

—¿Has notado algo en la cuerda? —preguntó Trixie a su hermano.

—Nada —respondió, apoyándose contra la pared de la escuela —. Eso sí, unas veces se arruga, otras se tensa, según el capricho del viento. Esto parece el Polo Norte, Trixie. Vuelve adentro.

Y Trixie le obedeció.

—¡Espera! —gritó Brian—. ¡Un tirón! ¡Bravo, ha encontrado la madera! Ahora enseguida tendremos un agradable fuego. Entra y retuerce esas bolsas de papel donde están guardadas las semillas para los pájaros, Trixie. Forma un lecho con ese papel en la estufa, y entonces meteremos la leña que Jim traiga.

Trixie se apresuró a seguir sus instrucciones, luego esperó. Fueron pasando los segundos… los minutos… Jim no regresaba.

—¿Dónde está? —le preguntó a su hermano desde el otro lado de la puerta.

—No lo sé… la cuerda parece suelta… no lo sé, Trixie —dijo Brian, y tiró con cuidado de la cuerda. No pasó mucho tiempo antes de llegar al final: el otro extremo de la cuerda pendía trágicamente de la mano de Brian.

—¡Se ha roto! —gritó Brian, y la desesperación le quebró la voz —. Jim está ahí fuera, quién sabe dónde, y no podrá regresar.

Frenéticamente, gritaron los dos a pleno pulmón:

—¡Jim! ¡Jim! ¡Jim! ¡Jim!

El viento, enfurecido, les devolvía el eco de sus voces como burlándose de ellos.

—Iré a buscarle —resolvió Brian, echando la cuerda a un lado.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Trixie—. Te perderías también. Tiene que haber algún modo, Brian… algún modo. ¿Y si hacemos mucho ruido? Con un cuerno… qué tontería… de dónde íbamos a sacarlo… una de esas sartenes que el señor Maypenny ha dejado aquí para cocinar algo… Podría golpearla contra la pared… ¡No, ya sé lo que haré!

Como un rayo, Trixie cruzó la habitación y se subió a la escalera que conducía hasta la campana.

Una vez arriba, tocó la campana.

¡Cling! ¡Cling-clang! ¡Clang! ¡Clang!

—¡Jim! ¡Jim… Jim! ¡Jim, Jim!

—¡Hola!

Había sido el viento.

—¡Hola!

No, era Jim.

Cubierto de nieve hasta las pestañas, Jim irrumpió en el aula y dejó caer un montón de leña en el suelo.

—No estaba… muy lejos —dijo jadeando—. Un montón… enorme… pero se rompió la cuerda. ¿Cómo se os ocurrió tocar la campana? —preguntó, y una sonrisa irrumpió en su rostro medio congelado, rojísimo.

—Estuvimos lentos —confesó Trixie—. No sé cómo pudimos tardar tanto… pensamos en golpear sartenes y en no sé cuántas cosas más, y de repente me acordé de la campana.

Jim había recobrado el aliento.

—Enciende el fuego con la leña que he traído, Brian —dijo—. Dentro de un rato saldré a por más.

—No, enciende tú el fuego. Iré yo —repuso Brian.

Jim meneó la cabeza.

—Yo sé dónde está la leña, Brian. Tú no. Por lo menos, sé en qué dirección salir a buscarla. Está muy cerca del edificio de la escuela. Si el estruendo de la tormenta no hubiese sido tan fuerte… seguid tocando la campana si no vuelvo enseguida.

Pese a las protestas de Brian, Jim se ató la cuerda a la cintura y volvió a salir.

Trixie había doblado la cuerda; de esa forma, si uno de los cabos se rompía, aún quedaría el otro. Y en esta ocasión fue ella la que estuvo de guardia en el porche.

Brian encendió el fuego.

Jim fue entrando y saliendo sin más problemas, y al final tuvieron un buen montón de leña. La pequeña estufa de leña lanzaba resplandores rojizos; la habitación, en definitiva, les fue pareciendo más cómoda y calentita.

—Las nueve en punto —dijo Trixie, y se quitó el reloj de Jim con intención de devolvérselo—. Brian, ojalá hubiera algún modo de avisar a mamá de que estamos bien. Está sola en casa, con Bobby y con Mart. Espero que a Mart no se le ocurra salir a buscarnos. No creo que mamá se lo permita. Ojalá estuviera papá en casa.

—Eso es lo que más me preocupa —reconoció Brian—. El viento no parece tan fuerte. ¿No crees que debería ir corriendo a casa?

—¡No! —la voz de Jim retumbó, enérgica, decisiva—. ¡Nadie va a salir de aquí ahora!

—No tienes por qué ponerte así —dijo Brian—. Ya sabes que mi madre se pone muy nerviosa con estas cosas.

—Claro que lo sé —dijo Jim—, y mi madre también, y Honey, pero ni ellos ni nosotros podemos hacer nada para evitarlo. Papá está en la ciudad también. Y esto otro también lo sé, y vosotros también deberíais saberlo a estas alturas: tanto mi madre como la tuya confían en nosotros, y saben que sabemos cuidamos y proteger a Trixie.

—Debe estar muerta de miedo —dijo ella, y las lágrimas acudían a sus ojos sin poderlo evitar—, y mamá es tan buena. Pensará que no tenemos nada que comer.

—Es la pura verdad —dijo Brian, contento de cambiar de tema antes de que Trixie se abandonara a la pena—. Vamos a echar un vistazo a esas semillas. Si los pájaros pueden comérselas, nosotros también.

—Claro —opinó Jim—. Iré a por un poco de nieve; la derretiremos encima de la estufa y, Trixie, tú nos prepararás lo último en cereales… gachas de alpiste.

—Nos haremos a la idea de que se trata de uno de los

inimitables platos de mamá —a Trixie la tristeza nunca le ganaba la partida, y ahora ya estaba dispuesta a participar en el juego—. ¡Marchando tres de pollo con fideos! —dijo, colocando una sartén encima de la estufa y moviendo el alpiste en el agua—. Qué… ¿no os llega el aroma de los fideos hirviendo en el buen puchero?

—¡Increíble! —exclamó Brian—. Huele a pollo… ahora la decepción será mayor cuando llegue la hora de probarlo.

—Ten un platito, Reddy —dijo Trixie, y le puso un cazo al setter, enfriándoselo antes con un poco de nieve—. Está como loco, Brian, no para de correr arriba y abajo delante de la puerta.

—Seguramente ha olfateado algún conejo —dijo Jim.

—El caso es que le gusta el alpiste —se asombró Brian—. No creo que la tormenta persista con la misma violencia de antes. Echaré una ojeada.

Abrió la puerta, y Reddy salió como un rayo, alejándose a saltos bajo los copos de nieve, que caían como puños.

No había orden capaz de hacerle regresar. Lo llamaron una y otra vez, pero ningún ladrido familiar les contestó.

—Debe tratarse de un conejo, como habías conjeturado, Jim —dijo Trixie.

—Sólo estaba bromeando —confesó Jim—. Ni el mejor sabueso podría olfatear un conejo en medio de esta tormenta de nieve. Se ha largado, desde luego. Pero ya veréis como dentro de poco vuelve por aquí ladrando.

—No sé, no sé —dudó Trixie—. ¿No habrá ido a por ayuda?

—Pues no lo sé —dijo Brian—. Es un perro muy listo.

—Mamá se alarmará más aún si cabe, cuando vea aparecer a Reddy sin nosotros. ¿Por qué no tendrá el señor Maypenny un teléfono en este lugar?

—¿Y para qué? ¿Para hablar con los animales? —preguntó Jim —. Tranquilízate, Trixie. Vamos a jugar a las Veinte Preguntas. Estamos incomunicados hasta mañana por la mañana, conque vamos a pasárnoslo lo mejor posible.

Piensa en un tema, Trixie.

Trixie, algo avergonzada, se colocó una mano en la frente.

—Ya lo tengo. Ya he pensado en algo —dijo.

—¿Animal, vegetal o mineral? —preguntó Brian.

El juego siguió durante un rato. Fuera, el viento perdió fuerza, y

finalmente el lamento se quedó en susurro. No les llegaba ladrido alguno… ni rastro de Reddy. A Trixie se le cerraban los ojos, por el sueño y el calorcillo, y se le trababa la lengua al intentar jugar.

—Voy a acercar uno de los bancos —dijo Jim, dándose cuenta del agotamiento de Trixie—. Estaremos mejor que en este suelo tan frío, tan duro y tan sucio.

Brian le ayudó a bajar los pesados sacos de uno de los bancos, y entre los dos lo arrimaron al fuego.

—Aquí podrás descansar hasta que se haga de día —la invitó Brian.

—Ni siquiera voy a intentarlo, al menos hasta que vosotros no hagáis lo mismo —dijo Trixie.

De manera que Jim y Brian quitaron los sacos de encima de los otros dos bancos y colocaron éstos al otro lado de la estufa.

Los chicos se tumbaron cuan largos eran, y pronto su respiración, pesada y cansada, indicó a Trixie que estaban dormidos como un tronco (o más bien como dos troncos).

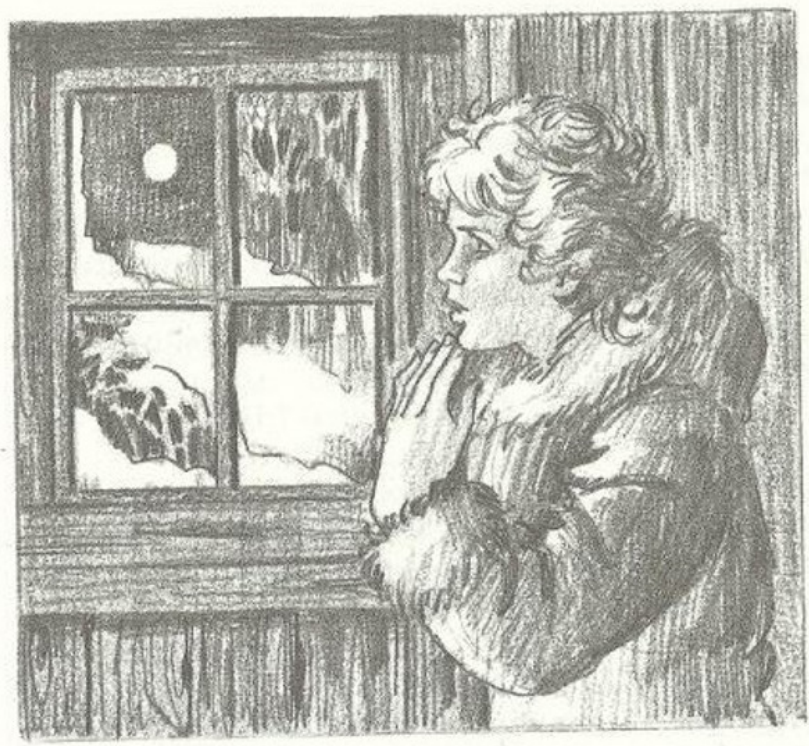
Para ella no fue tan sencillo. Imágenes de su casa, de Bobby, de la inquietud que iría haciendo mella en su madre desde su marcha, de la familia Wheeler sin saber qué hacer (Honey adoraba a Jim, su nuevo hermano), de Reddy y su extraña huida en la nevada, de la angustia que sintió cuando la cuerda se rompió y Jim no volvía… todas esas imágenes acosaban la mente y el cuerpo exhausto de Trixie.

El silencio era tan profundo que Trixie oía el tictac del reloj de limo Otro sonido se impuso a éste; venía de fuera… un crujir de ramas… algo que se movía… ¿Reddy?

Reddy, claro.

Trixie se levantó del banco y fue a la ventana. El calor de la estufa había derretido la escarcha, y ahora podía ver el exterior. Las nubes se habían dispersado, y una luna pálida proyectaba un sendero a través de la nieve.

Trixie, mirando por la ventana, no vio ni rastro de Reddy. Fue otra cosa lo que vio. Una sombra incierta (de hombre o de bestia) se adentraba en el bosque. Era ridículo. ¿Quién iba a atravesar el bosque en una noche como ésta? Pero entonces ¿qué podía ser?



Asustada, Trixie se volvió hacia los muchachos con intención de despertarlos. Dormían a pierna suelta.

Sólo iban a burlarse de mí —pensó—, *dirían que había estado soñando, o alucinando. Tal vez tuvieran razón*. Mart dice que el poder imaginativo de mi cerebro está hiperdesarrollado, y que tengo el sentido común atrofiado. Puede… puede que tenga razón.

Trixie bostezó, se desperezó, y se desplomó, exhausta, sobre el banco. Se subió el cuello del abrigo hasta los ojos, y se quedó dormida.

Un rayo de sol naciente despertó a los muchachos.

—¡Mirad la mañana! —exclamó Jim—. Ya ha salido el sol. No hay ni una nube en el cielo. Ya podemos ponemos en marcha hacia casa. Echaré leña al fuego, para calentarnos un poco antes de partir.

—¿Quieres más gachas de alpiste? —preguntó Trixie, frotándose los ojos.

—Una y no más, Santo Tomás —respondió Brian—. Y menos con los bizcochos que mamá tendrá preparados en casa.

—Me pareció oír a Reddy anoche —dijo Trixie—. Oí algo, por lo menos… y después vi algo.

—Un mapache, quizás —apuntó Brian—, o un lobo… o, lo más seguro, un espejismo creado por tu imaginación, de la que más nos vale no hablar.

—Olvídalo —dijo Trixie mientras se envolvía en su bufanda—. Deprisa… hay que llegar a casa cuanto antes.

Salió a la nieve sin más. Allí, en el camino, había un fardo enrollado en una manta vieja con el que estuvo a punto de tropezar.

—¿Qué creéis que será? —preguntó Trixie—. ¿Y de dónde habrá salido?

Jim lo tocó con cautela, con la punta de la bota.

—Desde luego, no lo ha dejado un mapache, Brian —se burló—. Por inverosímil que parezca, tenías razón; alguien pasó por aquí antes del amanecer.

Desanudó la manta y… qué diríais que vieron… ¡el escritorio de madera de roble!

Lo levantaron en vilo, lo palparon, y, mientras permanecían absortos, llegó Reddy ladrando con todas sus fuerzas.

Y enseguida aparecieron Regan y Tom, caminando con dificultad sobre la nieve.

—¿Estáis bien? —les saludó Regan—. ¿Trixie? ¿Brian, Jim? ¿Todos bien?

—Muy bien —respondió Trixie contentísima—. Ahora íbamos para casa. ¿Cómo nos habéis encontrado?

—Yo estaba preocupado, porque Jim no había vuelto con Júpiter —dijo Regan—. Sabía que no estaría cabalgando con toda esa nieve cayendo. Más o menos entonces llamó tu madre, Trixie, diciendo que Reddy había vuelto a casa y que no paraba de ladrar y comportarse de la manera más extraña.

Trixie abrazó a su perro, frotando sus mejillas heladas contra la piel del animal.

—Mamá debe estar frenética —dijo.

—Estaba bastante preocupada —admitió Regan—. No sabía por dónde empezar. Pensó primero en llamar a la policía y organizar una partida de rescate, pero yo la persuadí para que nos dejara a Tom y a mí buscaros. Estaba seguro de que Reddy nos conduciría hasta vosotros.

—¿Y mi madre? —preguntó Jim con ansiedad.

—No le informé de que habías salido con Júpiter —dijo Regan— hasta que llamó la señora Belden. Luego quiso llamar a tu padre, a Nueva York.

—¡Uf! Espero que no lo hiciera —dijo Jim—. ¿Qué iba a hacer él?

—Al fin conseguí que desistiera, y accedió a que Tom y yo lo intentásemos antes —dijo Regan—. Tom llevó a Celia a la granja Crabapple para que se quedara con tu madre, Trixie, y nosotros dos nos trajimos a Reddy… bueno, mejor dicho, Reddy nos trajo a nosotros. También nos costó convencer a Mart de que no viniera. Supongo que deberíamos habérselo permitido, pero os imaginaréis que hemos tenido que dar unas cuantas vueltas antes de dar con vosotros.

—Pobre mamá —se lamentó Trixie—. Aún habrá pasado peor noche que nosotros, y la señora Wheeler y Honey lo mismo. Mejor será que nos pongamos en camino cuanto antes.

—Tranquila —dijo Regan—. Acordamos una señal para que supieran en la granja Crabapple y en Manor House que os habíamos encontrado y que estabais bien. ¡Atrás todo el mundo!

Todos se apretaron contra el muro de la escuela, y Regan se

descolgó el rifle de debajo del brazo, apuntó al aire, y disparó tres veces. Después repitió la operación.

—A todos les alegrará oídos —dijo Regan—. Y será mejor que toméis algo antes de emprender el regreso. La señora Belden os preparó un poco de sopa caliente, aquí, en este termo, y unos sandwiches.

—No debemos estar muy lejos del valle —dijo Jim— si es verdad que pueden oír los disparos desde casa.

—No —confirmó Regan—. Según parece, habéis estado andando en círculos. Y lo mismo hicimos nosotros, al buscaros. Estáis en el extremo del claro que pertenece al señor Maypenny. Justo al otro lado, a no más de trescientas yardas de aquí, está la casa de Maypenny, preparada para cobijaros, aunque él no esté.

Jim se quitó la gorra y la tiró al suelo, rabioso.

—Menudo leñador estoy hecho —farfulló—. Con el tiempo que me pasé viviendo en el bosque cuando me escapé de casa de mi padrastro… ¡Buen Reddy! —felicitó al setter, que corría de un chico a otro, haciendo cabriolas, lamiéndoles las manos—. ¡Buen chico, Reddy! Salimos a buscarte, y al final fuiste tú el que nos salvó.

—¿Fabrican medallas para perros? —preguntó en broma Brian —. Porque, si las hay, éste se la merece.

¡Fuera máscaras! • 11

POCOS DÍAS DESPUÉS de la ventisca, Trixie se encontraba ayudando a su madre a recoger los platos del desayuno.

Bobby, en batín, seguía sentado a la mesa.

El aroma del café, de las tostadas con mantequilla, y de la harina de avena recién sacada del horno, hacía de la cocina, a esa hora, el lugar más tentador de la casa.

En la noche de la ventisca, enfrentada sólo a las necesidades más elementales, Trixie había pensado en esa cocina tan suya, tan de los Belden. Luego pensó en todos esos niños de países de los que no había oído hablar, niños pequeños que no tenían ni siquiera las semillas y el agua que calentaron los dos muchachos y ella.

—Espero de todo corazón que nuestra exposición sea un éxito, mamá —dijo—. Ahora debemos trabajar con más empeño que nunca. Ojalá todo el mundo pudiese disfrutar de un desayuno como éste.

—¿Que todo el mundo no…? —preguntó Bobby con la boca llena de pan tostado y de mermelada.

—No, cariño —dijo Trixie.

—¿Por qué?

—No lo entenderías, Bobby —dijo—. Algún día, quizás. Cuando pienso en toda la gente que no tiene qué comer, y en el hambre que nos entró al cabo de unas pocas horas sin probar bocado…

—Yo no quiero ni pensar en ello —dijo su madre.

—Yo sí —dijo Bobby—. Ojalá hubiera estado yo allí. Habría atrapado al bandido que nos devolvió el escritorio. Te apuesto algo a que era el mismo que nos lo robó, Trixie… ese chicarrón…

—¿Qué chicarrón? —preguntó Trixie.

—El que estaba quitando la nieve con la pala… ya sabes, Trixie, en casa de la señora Vanderpoel. Brom lo vio. Salió corriendo.

—¿Brom? ¿Brom salió corriendo? —preguntó Trixie, confundida —. ¿Y para qué iba a salir corriendo Brom?

—¡Brom no salió corriendo, estúpida! —dijo Bobby.

—¡Bobby! —le recriminó la señora Belden.

—Fue el chicarrón el que salió corriendo, Trixie —siguió Bobby

—. El que me preguntó cuánto costaba el escritorio.

—¿Qué? —preguntó Trixie—. ¿Y qué le dijiste, Bobby?

—¡Le dije que cien dólares!

—¡Hala! No vale tanto. Pero eso da lo mismo. ¿Qué aspecto tenía ese chicarrón?

—Pues un chicarrón como cualquier otro —dijo Bobby—. Y —presumió— le dije que la señora Vanderpoel tenía montones y montones de cosas y que se las iba a regalar a los Bob-Whites y que todo valía trillones de dólares —concluyó, porque le faltó el aliento para seguir.

Trixie apartó a un lado los platos que estaba lavando y se colocó junto a Bobby.

—¿Y qué dijo ese muchachote entonces? —preguntó muy seria.

—No dijo nada —respondió su hermanito—. Se largó corriendo, nada más, ya te lo dije.

—¿Qué opinas, mamá? —preguntó Trixie.

—Yo no opino nada de nada —contestó su madre—. Y hazme el favor de olvidarte de ese incidente, ¿eh? Después de lo que pasé la noche de la ventisca, os agradecería una pequeña temporada de paz y tranquilidad. El muchacho sentiría curiosidad… estaba aburrido y preguntó… Olvídalo.

Ésa era una táctica que no servía con Trixie. Por mucho que lo intentaba, no lograba recordar el rostro del chico que había estado quitando la nieve de la acera, en casa de la señora Vanderpoel, el día que les robaron el escritorio.

Menos mal, pensó, que no le había contado a la señora Vanderpoel lo que les había ocurrido a ella y a Bobby aquel día, cuando regresaban a casa. Ahora habían recuperado el escritorio, en perfectas condiciones, y ¿qué más daba el lugar donde hubiera estado todo aquel tiempo?

Araña juzgó el caso como una broma. Puede que sospechara de Tad. No, Tad no conocía el bosque tan bien como ella, o Brian, o Jim. Jamás se habría aventurado a meterse en él en medio de la ventisca.

Es un misterio —se dijo Trixie—. Un misterio de verdad.

El teléfono, que sonaba, la distrajo de sus cábalas.

La señora Belden contestó. De vez en cuando decía:

—¡Cielos…! ¡No me digas! —También—: ¿Sí? ¿Y qué hizo

entonces?

—Era la señora Vanderpoel —dijo la señora Belden cuando, por fin, colgó.

—Ah, ya sé —dijo Trixie—. Me dijo que fuera a echar un vistazo a los objetos de plata que había sacado del cofre de su abuelo. Dijo que, si quería limpiarlos, nos daba permiso para exponerlos con las demás antigüedades. Supongo que tendré que ir ahora mismo.

—No era eso lo que quería, Trixie —dijo su madre gravemente —. Anoche alguien trató de entrar en la casa de la señora Vanderpoel.

—Oh, espero que no la asustaran demasiado.

—No se asustó en absoluto —dijo la señora Belden—. Según me dio a entender, sucedió al revés. Ella tiene el coraje del holandés bravo. Parece que cogió el rifle de su padre, se plantó bajo el marco de la puerta de su casa, ésa que es casi toda de cristal, y amenazó: «¡Un paso más, y te arranco la cabeza de un disparo!»

—¿Sí, mamá? Y el ladrón se pondría a «chichar», me imagino —dijo Bobby, todo ojos y oídos.

—Olvidé que estabas aquí —se lamentó su madre—. Claro que «chichó», como tú dices. ¿Tú no hubieras «chichado»? —terminó, y le alborotó el pelo.

—Todo es por culpa de nuestra exposición de antigüedades, estoy segura —dijo Trixie preocupada—. Nadie la había molestado hasta ahora, y eso que ha tenido todas esas maravillas en casa durante años. ¿Te importa que vaya a verla un rato, mamá?

—No creo que sea el momento más oportuno —replicó su madre.

—Pero, mamá, necesitamos pulir toda esa plata antes de la exposición. ¿Es que te da miedo por lo que sucedió aquella noche?

—Pues claro —contestó su madre—. Además, la señora Vanderpoel me ha dicho que llamó a Araña para que se hiciera cargo del caso.

—Entonces, si Araña lleva el caso, no tienes nada que temer. ¿Me dejas ir, mamá?

—Supongo que sí… bueno —accedió su madre.

—Y yo también —se apuntó Bobby.

—No, Bobby; hasta que no estés bueno del todo, no. Ya oíste al doctor: metidito en casa hasta que te pongas bueno, ¿eh?

La señora Belden sacó el tablero de ajedrez y lo puso encima de la mesa.

—Vamos a jugar una partida, Bobby —dijo.

—Ya estoy bueno. No tengo ganas de jugar a las damas. Quiero ir con Trixie. Nadie viene a jugar conmigo. Estoy harto de estar en casa —lloriqueó Bobby.

—No puede más —le dijo la señora Belden a Trixie—. No te quedes mucho rato. Puede que consigas hacer algo por divertirle, cuando vuelvas.

—¿Dónde están Brian y Mart? —preguntó Trixie—. Mart sabe entretener a Bobby mejor que nadie.

—Se han ido al cobertizo a trabajar con los muebles que la señora Vanderpoel dio a los B.W.G. —explicó la señora Belden.

—Ahí es donde yo debería estar —dijo Trixie—, pero también estaré haciendo algo por la exposición si voy a ver esos objetos de plata.

—¿Y por qué no les sacas brillo mientras estás allí? —preguntó la señora Belden.

—Buena idea, mamá. Llamaré a Honey y a Di, por si me acompañan.

A las dos muchachas les alegró poder hacer otra cosa que no fueran muñecas y delantales. Ya contaban con un buen número; tanto las unas como los otros esperaban a que empezara la exposición, en un estante del cobertizo. La mayoría habían sido fabricados con los retales sobrantes de las tiendas de Sleepyside.

Ahora bajaban la colina las tres, y poco después ya se las podía ver caminando por el arcén de Glen Road; se metieron luego por la carretera comarcal que llevaba hasta la casa de adobe amarillo de la señora Vanderpoel, rebosante de antigüedades.

—Eso del escritorio es un misterio —comentó Diana—. ¿Quién lo dejaría a la puerta de aquella escuela, en una noche tan desagradable?

—¿Estás segura de que no estaba allí cuando entrasteis en el aula? —preguntó Honey—. Estaba oscuro, ¿no?

—Sí, pero estoy convencida de que no estaba allí —declaró Trixie—. Como que me llamo Trixie. Imaginaos: si estuve a punto de tropezar con el escritorio al salir por la mañana, resulta imposible no verlo por la noche.

—Pues antes creería yo que no lo viste a aceptar que alguien sabía que estabais en esa vieja escuela. Se arriesgó en medio de la ventisca sólo para devolver el escritorio —dijo Honey—. Eso no tiene sentido.

—Lo que sucedió anoche tampoco tiene sentido —repuso Trixie, y les narró el robo frustrado a la señora Vanderpoel.

—Eso prueba —dedujo Honey— que los ladrones van detrás de las antigüedades que estamos tratando de reunir para nuestra exposición. Y son los mismos que te robaron el escritorio. Pero lo que no entiendo es quién nos devolvió el escritorio.

—Pues a saber —dijo Diana—. No hemos dicho a nadie ni una palabra de los objetos que hay en casa de la señora Vanderpoel. Jim dijo que no deberíamos hablar de nada de eso, y, que yo sepa, ninguno de los Bob-Whites ha soltado prenda. ¿Cómo se han enterado entonces?

—Bobby se puso a presumir delante de un chico que estaba quitando la nieve el día que intentamos traer el escritorio a casa —respondió Trixie, y les contó la conversación que había mantenido con su hermano menor.

—¡Uf! Entonces por eso os asaltaron —dijo Diana.

—Exacto —coincidió Trixie—. Y hay que dar gracias al cielo porque la señora Vanderpoel ha denunciado a Araña el intento de robo que sufrió anoche.

—Sí —dijo Honey—. A mí me da miedo que esté ella sola… allí, en ese lugar tan apartado.

—Bah, ella sabe cómo manejar un rifle —dijo Trixie riéndose—. ¿Os la imagináis amenazando al ladrón con disparar?

—Pues yo sigo pensando que una mujer de su edad no debería vivir sola en esa casa —insistió Honey—. Y todo por nuestra culpa, sólo porque desea ayudarnos con la exposición.

En casa de la señora Vanderpoel, las muchachas reunieron un fabuloso juego de tazas de plata, unos tanques de cerveza estilo Jorge III, y una cubertería de plata trabajada a mano por plateros del siglo XVIII. Extendieron hojas de periódico sobre la mesa de la cocina y llevaron allí toda la plata para pulida.

La señora Vanderpoel no parecía demasiado afectada por los

sucesos de la noche anterior. Dijo que ella y sus antepasados habitaban esa casa desde hace más de cien años y que jamás le había ocurrido nada a ninguno.

—Y no va a ocurrir nada ahora —les aseguró, convencidísima—. Por el modo en que salió corriendo ese desgraciado anoche, os puedo decir que estaba muerto de miedo. Yo habría disparado, y él lo sabía.

Las chicas estaban atareadas en la mesa de la cocina cuando llegó Araña. Le acompañaba Tad. El muchacho recibió con timidez los cálidos saludos de las chicas. Le habían prometido a Araña que se mostrarían más cordiales con Tad y ahora trataban de cumplir su palabra. Tad no sabía a qué atenerse.

—Tengo entendido que tuvo usted un visitante anoche —empezó Araña.

—Sí que lo tuve —respondió la señora Vanderpoel con bastante gracia—. Pero no se quedó mucho tiempo. Lo recibí con el cañón de mi rifle y comprendió enseguida que no sería bienvenido.

—Eso está muy bien —aprobó Araña—, pero podría intentar vengarse volviendo con otros hombres. No creo que éste lugar tan apartado sea el más apropiado para usted.

—¿Por qué no me permite quedarme con usted? —se ofreció Tad.

—No hace ninguna falta, Tad —contestó la señora Vanderpoel —. Me gustaría gozar de tu compañía, pero sé cuidarme, venga quien venga; métetelo en la cabeza, Araña: sé cuidarme.

Araña rió entre dientes.

Tad echó una mirada golosa por la cocina, deteniéndose en el viejo horno de leña y en las cajas de galletas, y lanzó un suspiro. Luego arrimó una silla a la mesa y ayudó a las chicas a pulir la plata. Llevó las piezas limpias a la pila, las lavó con agua caliente y con jabón, y las secó.

Entretanto, Araña exploró el exterior de la casa en busca de huellas de pisadas, inspeccionó el marco de la puerta, y se comprobó que la señora Vanderpoel no había dejado que el ladrón se acercase lo suficiente como para dejar huellas.

—Bueno, ahora he de marcharme —dijo—, pero le prometo que resolveré el caso. Eso sí, le repito que yo me sentiría mucho más tranquilo si dejara que Tad se quedara aquí.

—Si el chico me cae muy bien —dijo la señora Vanderpoel— y será bienvenido todas las veces que me visite, pero no necesito que me protejan como a una niña de pecho. Vuelve cuando quieras, Tad, pero ahora acompaña a tu hermano.

—Creo que será mejor que yo también me vaya —dijo Honey—. Tengo que estudiar un montón, y ya casi hemos acabado de pulir la plata.

—Me voy contigo —dijo Diana—. Prometí a mamá que cuidaría de las gemelas.

Trixie se quedó limpiando las últimas piezas. Tan inmersa estaba en su trabajo y en lo que la señora Vanderpoel le contaba de cada objeto (cómo habían llegado a manos de la familia, o quién se lo regaló a quien…) que se le hizo tarde.

—Mmm —murmuró cuando la señora Vanderpoel encendió la luz—. Tengo que irme. Mamá quería que la ayudara con Bobby si Mart no podía, y aquí me tiene… ya casi es hora de cenar.

—No vas a irte ahora, sola; ya está oscureciendo —objetó la señora Vanderpoel—. ¿Por qué no pasas la noche aquí? Tengo tantas cosas que enseñarte…

—No creo que a mamá le hiciera ninguna gracia que me quedara a dormir —se disculpó Trixie—. Todavía le dura el susto del día de la ventisca. Y Bobby la agota… Bobby agota a cualquiera. La llamaré para ver si Mart ha vuelto a casa.

—¿Tenías que quedarte tanto tiempo? —dijo la señora Belden al otro lado del hilo telefónico—. Te estaba esperando. Mart y Brian están en una reunión de no sé qué en Sleepyside. Volverán bastante tarde. Tu padre sigue reunido en el banco. Recogerá a los chicos antes de venir, y no tengo ni idea de cuándo puede ser eso.

—La señora Vanderpoel dice que le gustaría que me quedara con ella esta noche —comentó Trixie.

—No me gusta nada esa idea —repuso su madre.

No obstante, cuando habló con la señora Vanderpoel y supo que Araña vigilaba la granja, decidió dejar a Trixie que se quedara a dormir.

Después de una cena al viejo estilo, con salchichas caseras y manzanas asadas, Trixie se lo pasó en grande acurrucada en un extremo del sofá del salón, mirando el álbum de los antepasados de la señora Vanderpoel. Cualquiera hubiese confundido a Trixie, con

el camisón de lana de manga larga y el batín de tela acolchada de la señora Vanderpoel, con una de las mujeres holandesas del álbum de fotos.

Más tarde, dentro de la lujosa cama de cuatro postes situada en el cuarto de huéspedes, se frotó los ojos, que se le cerraban de sueño, y creyó ver a un grupo de mujeres holandesas, con sus cofias blancas y sus mejillas sonrosadas, alrededor de su lecho.

Los fantasmas de estas mujeres la acompañaron también en sus sueños.Un ruido extraño, amortiguado, la despertó de pronto, arrancándola del siglo diecisiete y devolviéndola al presente.

De nuevo escuchó el ruido… era como un chirrido.

Trixie se incorporó, apoyando el codo en la almohada, alerta.

El ruido provenía de la cocina del cobertizo.

Rápida, pero sigilosamente, Trixie se calzó los mocasines, se echó el batín sobre los hombros y, sin necesidad de encender la luz, cruzó el comedor hasta la cocina en penumbra.

Ahí oyó otra vez el ruido. ¿Acaso una ventana? Despacio, despacísimo, entreabrió Trixie la puerta que conducía a la cocina del cobertizo.

El hombre que había dentro la vio, y se puso a correr por la habitación, provocando un alboroto tremendo de sartenes y platos, buscando la ventana por la que escapar.

—¡Coja el rifle! —avisó Trixie a la señora Vanderpoel—. ¡Un ladrón! ¡Se va a escapar!

La señora Vanderpoel llegó corriendo, gritando a pleno pulmón:

—¡Arriba las manos! ¡O disparo! Apártate, Trixie, ponte detrás de mí. ¡Arriba las manos, ladrón!

El hombre, confundido, metió la cabeza por la ventana, tratando de huir, vaciló un segundo, aturdido, saltó, y fue a parar… ¡a los brazos de Tad Webster!

—¡Lo tengo! —gritó Tad—. ¡Coge una cuerda, Trixie! ¡Ayúdame a atarle!

La señora Vanderpoel llegó con sus kilos de más y una cuerda de las de tender ropa; Trixie salió corriendo con la cuerda hasta donde el hombre, sujeto con fuerza por Tad, forcejeaba por escapar. Entre Tad y ella le ataron los brazos; luego siguieron con las piernas.

—¡Ya está! —dijo Tad—. ¡Y ahora, veamos quién eres! Le arrancó la máscara que le ocultaba el rostro; no era más que un muchacho, de la edad de Tad poco más o menos.

—¡Es ese chico que me ayudó a quitar la nieve de la acera! —exclamó la señora Vanderpoel—. Puede que haya venido sólo a cobrar lo que le debo.

—¿A estas horas de la noche? —preguntó Tad—. ¿Y enmascarado? No, señora. Yo lo conozco. Es Bull[14] Thompson.

El chico respondió a Tad con un gruñido.

—¡Ya me las pagarás!

—Esa voz… —recordó Trixie—. Éste es uno de los tipos que robaron el escritorio. No olvidaría esa voz aunque pasaran varios años. ¿De qué le conoces, Tad?

—Fue miembro de los Halcones —explicó Tad—, pero no aguantó mucho tiempo. Estaba claro que no encajaba en nuestro club. Solamente se unió a nosotros para robarnos los fondos. Se esfumó con once dólares. No le había visto desde hacía meses. Creí que se habría ido de Sleepyside. Su tío, Snipe[15] Thompson; desapareció, y pensé que Bull se habría ido con él. Snipe tenía una imprenta en la calle Hawthorne… trabajaba allí por horas. Oye Trixie, llama al sargento, a la comisaría. Dile que busque a Araña para que venga con el coche patrulla. Esta vez te tocará el Reformatorio, Bull, me apuesto lo que quieras.

Bull escupió por toda respuesta.

Araña llegó con el sargento Molinson, el hombre que había ayudado a rescatar a Trixie y a Mart de la caravana la vez que fueron secuestrados.

—¡Otra vez tú! —gruñó el sargento a Trixie—. Cada vez que tropiezo contigo, hay jaleo.

—No diga ni una palabra contra esa muchacha —le advirtió la señora Vanderpoel—; tampoco contra Tad. Me figuro que Araña te ordenó que vigilaras la casa, me gustara o no —le dijo a Tad—. En cuanto a usted, sargento, estos chicos han cogido a este desgraciado de un modo que ya quisiera la policía…

—Sí —atajó el sargento Molinson—, no comprendo cómo aún no pertenecen a nuestra brigada. Vamos, Bull, al coche patrulla. Tenemos unas cuantas preguntas que hacerte… Habéis estado haciendo el gamberro en el instituto, ¿eh?, forzando taquillas y cajones… ¿no?

—¡Pruébelo si puede! —le desafió Bull.

—Lo haremos, eso no me quita el sueño —dijo Araña—, y cogeremos al resto de tu banda. ¿No nos vas a decir quiénes están detrás? ¿Tu tío Snipe, quizás? Abre el pico, Bull.

—No —dijo Bull—. Ningún poli, por muy listillo que se crea, me tirará de la lengua. Yo no soy ningún soplón; con los colegas soy un tío legal.

¡Vaya cambio! • 12

—DESDE LUEGO, ahora ya puedo dormir tranquila —dijo la señora Belden—, sabiendo que han cogido a ese atracador. ¿Ves estos cabellos grises… en las sienes? —la señora Belden se echó el pelo hacia atrás—. Pues tú eres la responsable, Trixie. Me has dado más dolores de cabeza que tus tres hermanos juntos, y eso que ellos no han sido unos angelitos, precisamente, sobre todo cuando tú les has metido en algún lío.

—Yo no tengo la culpa de que a mi alrededor sucedan las cosas más raras —se disculpó Trixie—. ¿Qué quieres que haga, si a ese ladrón se le ocurre volver a casa de la señora Vanderpoel cuando yo estaba allí?

—No te hubiera costado nada esconderte en el pasillo y llamar a la policía por teléfono… Era menos arriesgado que ir a curiosear a la cocina tú solita. ¿Es de extrañar que me salgan canas cada vez que pienso en lo que podía haberte pasado?

—Lo de llamar a la policía ni se me pasó por la cabeza —dijo Trixie—. Además, ¿yo qué sabía? También podía haber sido un gato… Por cierto, ya sabes que tuve que decirle a la señora Vanderpoel que habían robado el escritorio. ¿A que no adivinas lo que me contestó?

—No tengo ni idea… Nunca llegué a entender por qué no se lo dijiste antes.

—No quería que pensara que yo era una inútil. Total, que cuando se lo dije, ella replicó: «Ay, chiquilla, si eso lo he sabido desde el principio. Y todavía sé más de ese asunto». ¿Tú qué crees que insinuaba con eso?

—¿Y por qué no se lo preguntaste a ella? —se interesó la señora Belden.

—No encontré la ocasión. ¿Sabes, mamá? Han enviado a Bull Thompson a un Reformatorio. Ya no tendrás que preocuparte más por él.

—Pero aún no han enviado al resto de su banda a ninguna parte; hasta que no lo hagan, no voy a tener ni un momento de paz. Gracias a Dios que sólo faltan dos semanas para vuestra exposición

de antigüedades. Después mi corazón podrá latir a su ritmo… al menos hasta que se te ocurra algún otro proyecto —dijo la señora Belden.

—No te pongas así conmigo, mamá —se entristeció Trixie.

—No quisiera, pero por Dios, Trixie, vas a cumplir catorce años el primero de mayo, y todavía no has decidido convertirte en una señorita… sigues comportándote como un chicote. Y ya ni te arreglas, con lo guapa que estabas con esos vestidos que te ponías cuando vino el primo de Honey. Espero que cuando acabéis con la exposición vayas a una fiesta de verdad, con chicos y chicas, y se te quite de la cabeza esa manía de fisgonearlo todo.

—Pero si eso es precisamente lo que estoy intentando decirte, mamá —dijo Trixie—. Te alegrará saber que Di ha convocado una fiesta en su casa para el viernes por la noche, y que hay que asistir de rigurosa etiqueta. Es una especie de San Valentín adelantado. Sus padres van a invitar a gente a cenar el catorce de febrero, por lo que Di celebrará la fiesta antes.

—Eso significa que tendrás que estrenar vestido, Trixie —dijo su madre encantada.

—Pero no uno de ésos tan remilgados, mamá, por favor. Di no quiere que la fiesta sea tan cursi como la de Halloween, cuando su falso tío lo montó todo a su gusto, con tantos manjares Y la orquesta contratada…

—Confío en que sea más sencilla —dijo su madre—. Aquélla no me pareció una fiesta para jovencitos. Trixie, esta tarde iré contigo y te compraremos un vestido… y zapatos:

—¿Con tacones? —preguntó Trixie.

—Naturalmente —respondió su madre, bendiciendo ese repentino interés que Trixie había adquirido por la ropa.

—Tendré que comprarme zapatos —accedió Trixie—, pero olvídate del vestido. Me puedo poner alguno de Honey… o de Di. Tienen los armarios llenos. Tú dame el dinero que costaría el vestido, y yo lo donaré a la UNICEF.

—Ese razonamiento no me sirve —objetó su madre—. En primer lugar, quiero que tengas un par de vestidos tuyos. Sólo tienes suéters y faldas. Además, siempre te estás poniendo la ropa de Honey.

—A ella no le importa —insistió Trixie.

—Pero a mí sí que me importa —dijo la señora Belden.

—Muy bien, mamá —se rindió Trixie—. ¿Puedes recogerme hacia las dos y media? A esa hora acaba la clase de inglés. A lo mejor se vienen Honey y Di.

—Ésta va a ser nuestra compra —dijo la señora Belden—. Quiero que lleves el vestido más bonito del mundo. A veces tengo la impresión de que haces demasiado caso a lo que te dicen tus amigas y no tienes gustos personales sobre ropa.

—Honey y Di están guapas se pongan lo que se pongan —dijo Trixie, sin ninguna envidia—. Honey es una belleza, y tú lo sabes. Y Di es todavía más guapa. En el instituto todos piensan que Di es la chica más guapa.

—Pues me parece que Trixie Belden va a entrar en la competición —comentó su madre.

—¿No me estarás mirando con ojos de madre? —bromeó Trixie —. ¿No has visto la cantidad de pecas que me han salido últimamente? ¿Y mi cintura? Mide varias millas a la redonda.

—¡Calla, no seas tonta! —protestó su madre, molesta—. Y vamos a pasar también por la boutique, para comprarte una combinación.

—Hala, mamá, una combinación podría durarme más de mil años.

—Nada de eso. La compraremos antes de que te pruebes los vestidos. Me gustaría que cuidaras algo más tu apariencia.

—Espera un momento, mamá. Siempre andas diciéndome que no me haga mayor antes de tiempo —se defendió Trixie.

—Eso era hace dos años, por lo menos —contestó su madre, fuera de sus casillas—. Y no quiero que te hagas mayor antes de tiempo, sólo pretendo distinguirte cuando estás con tus hermanos sin tener que forzar la vista.

Aquella tarde, en Sleepyside, la señora Belden hizo algunas compras antes de recoger a Trixie del colegio. Luego, antes de visitar la sección juvenil de la tienda de modas, pararon en una pequeña boutique, donde la señora Belden consiguió al fin, acallando las protestas de su hija, comprarle una combinación de encaje finísima.

—Ahora vamos a buscar el vestido —dijo la señora Belden.

—¡Por favor, rosa no! —suplicó Trixie.

—¿Por qué no? —preguntó su madre—. Siempre me ha gustado

el rosa. El rosa les queda muy bien a las rubias.

—Pero no a las rubio-fresón —objetó Trixie.

La dependienta le metió un vestido rosa pálido por la cabeza, lo abrochó y se hizo a un lado.

Trixie se volvió hacia su madre.

—¿Lo ves? —preguntó.

—No saques joroba. Ponte derecha —dijo su madre—. Lo haces adrede, para que te siente lo peor posible. Es un vestido bastante bonito.

—El vestido está bien —reconoció Trixie—. ¡Lo malo es la percha! No le va nada a mi pelo, ni a mis pecas.

—El rosa no es exactamente lo que mejor te sienta —se rindió su madre a desgana—. Vamos a probar con uno azul, por favor —le dijo a la dependienta.

Algo iba mal con el azul. Algo desentonaba también con el amarillo, y con el vestido a rayas, y con el verde.

—No vas a lograr convertirme en cisne —comentó Trixie, encontrando el asunto muy divertido—. Deberías adoptar a Honey como hija. Siéntate, mamá. Deja que me dé una vuelta por si veo algo que me gusta. Estás cansada. Si tengo que comprarme un vestido, tendré que elegido, supongo.

Trixie recorrió todas las tiendecitas de la sección juvenil; pronto desistió y se metió en la sección dedicada a adolescentes.

Estos vestidos ya no son tan largos —pensó—. Puede que algo menos rebuscado me siente mejor.

Encontró un vestido blanco, de punto. Era muy sencillo, con el cuello levantado y mangas largas. La falda era bastante corta, y muy moderna. Unos puntos verdes de ganchillo destacaban el cuello y los puños, amplios.

Cuando Trixie se lo probó y se miró en el espejo, no dio crédito a sus ojos.

La expresión de su madre al veda bastó para saber que había dado con el vestido.

—Perfecto… precioso —dijo—. Me parece que va siendo hora de que te deje elegir tu ropa. ¿Vamos a buscar unos zapatos blancos que hagan juego?

—¡Oh, no, mamá! —repuso Trixie—. Me los comprar de color verde manzana. Así podré ponérmelos este verano con los vestidos

de algodón.

La señora Belden elevó sus manos al cielo (al techo, más exactamente), se encogió de hombros y musitó:

—Zapatos verdes, claro.

Cuando acabaron con compras, entraron en el Salón del Té para tomar algún refresco antes de volver a casa.

Allí, sentadas a una mesa, estaban Diana y su madre, así que las Belden se les unieron.

—Hemos estado comprando unas cuantas cosas que hacían falta para la fiesta de Diana —explicó la señora Lynch—. Regalos, platos de papel, un mantel rojo, vasos… todo lo necesario para San Valentín.

—Nosotras también hemos comprado cosas para la fiesta —explicó Trixie—. ¡Un vestido nuevo! —dijo excitada—. No sabía que fuera tan divertido comprar ropa. Ni siquiera te voy a decir cómo es, Di. Ya lo verás en la fiesta —Trixie pestañeó, y brillaron sus ojos azules—. Puede que mamá haya conseguido convertirme en cisne, después de todo. Eso sí que sería una sorpresa, ¿eh?

—No sé por qué —dijo Diana—. Honey y yo siempre te estamos diciendo que cada día estás más guapa.

Trixie se sonrojó y optó por cambiar de tema.

—Daría cualquier cosa por saber quiénes iban con Bull Thompson cuando nos robaron el escritorio. A mamá le tranquiliza el hecho de que Bull haya acabado en el Reformatorio, pero los otros todavía andan sueltos.

—Puede que no haya otros, Trixie —opinó Diana—. Bull Thompson estaba completamente solo cuando intentó asaltar la casa de la señora Vanderpoel.

—Eso es lo que creemos —matizó Trixie—. Yo no estoy tan segura. Según Jad, el tío de Bull, Snipe Thompson, ha pasado una buena temporada en la cárcel, y Bull vivía con él.

—Yo me rindo —dijo la señora Belden—. Creía que tu mente se encontraba a muchas millas del asunto del robo.

—¡Mamá! Sabes que Honey y yo vamos a ser detectives, y no ignoras que hay otros ladrones sueltos que conocen el valor de las antigüedades que vamos a exponer. Ya habrán leído lo del joyero en el Sleepyside Sun, y el reportero se empeño en extenderse; y en su artículo mencionó un montón de cosas, como las espadas samurai,

por ejemplo.

—¿Ves lo que tengo que soportar? —gimió la señora Belden, apelando a la comprensión y compasión de la señora Lynch.

—A mí también me pone nerviosa —respondió ésta—. Ya tengo ganas de que se celebre la exposición en beneficio de la UNICEF y de que las antigüedades vuelvan a manos de sus propietarios. ¿En serio quieres ser detective? —preguntó a Trixie.

—Desde luego que sí, cada vez más —dijo Trixie—. Si Araña colaborase un poco más, me parece que daríamos con esos otros bandidos, y…

—Aún tendré que estar agradecida porque Diana pretenda ser azafata —suspiró la señora Lynch—; aunque todavía falta muchísimo tiempo hasta que os llegue la hora de decidir de verdad. Yo solía estremecerme de miedo ante la posibilidad de que mi hija pudiera pasarse tanto tiempo en el aire. Pero la vida da tantas vueltas… Lo más seguro es que las chicas cambien de parecer antes de acabar sus estudios en la Universidad.

—Yo no —afirmó Trixie, olvidándose del vestido de punto blanco y de los zapatos nuevos. Ahora pensaba en el cobertizo de los Bob-Whites, en el bosque, en las antigüedades que habían restaurado y en la necesidad de protegerlas de los ladrones, que seguían al acecho.

De fiesta • 13

EL DÍA DE LA FIESTA, la Señorita Trixie Belden recibió una caja envuelta en celofán. Bobby abrió la puerta y le llevó la caja a su madre, que estaba trabajando en la cocina.

—Es una flor —dijo—. Trixie se va a poner muy contenta. Métela en el refrigerador, Bobby.

—¿No puedo abrir la caja? —preguntó Bobby con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que no. Es de Trixie —contestó su madre.

—¿Qué te apuestas a que la ha enviado papá? A ti te mandó una caja como ésta el día de tu cumpleaños —dijo Bobby.

—Me extraña que papá haya enviado ésta —respondió su madre sonriendo, feliz.

—¡Adivina lo que hay en la nevera! —exclamó Bobby en cuanto Trixie bajó del autobús del colegio.

—No lo sé, Bobby —dijo Trixie—. ¿Una tarta de merengue de limón?

—No señor —contestó Bobby, ahogando una risita—. No se come. Se huele.

—Una sarta de cebollas —exclamó Trixie.

—¡No señor! —repitió Bobby.

—Lo veré yo mí misma —dijo Trixie, y abrió la puerta de la nevera.

—¡Una orquídea! —exclamó—. Una orquídea blanca… mira, mamá… clavada a un corazón de raso rojo… ¿quién me habrá enviado una orquídea?

Con manos temblorosas sacó la tarjetita del sobre y leyó:

«Querida sabuesa:

¿Es ésta tu primera orquídea?

Eso espero. Te veré esta noche.

Jim».

Trixie se puso más colorada que un tomate.

—¿Te han regalado una orquídea alguna vez en tu vida? —le preguntó a su madre—. Una orquídea blanca, preciosa… claro que papá te las habrá regalado, pero… ¿cuándo tenías mi edad?

—Cuando yo tenía tu edad eran gardenias —explicó su madre—. Te quedará muy bien con el vestido blanco de punto, y con los zapatos verdes.

—¡Es tan bonita! —se entusiasmó Trixie, bailando por la cocina —. Ay, mamá, cógela, por favor, y vuélvela a meter en la nevera. ¡Mira qué pelos! Me los estuve cepillando una hora esta mañana, y parece que me los he arreglado con una batidora. ¡Y las pecas! ¿No me dejarás aplicarme un poquitín de esos polvos que tú tienes?

—Todo lo mío es tuyo —dijo su madre—. Hasta el lápiz de labios.

—Sabes que no corres peligro, mamá. Yo tengo uno. Pero ¿cómo voy a bailar con tacones altos?

—Subirás hasta las nubes, hija —la tranquilizó su madre—. Los tacones, ni te darás cuenta de que los llevas.

La música envolvió a Trixie al entrar en el elegante salón de los Lynch, acompañada de Brian a un lado y de Mart al otro.

Unas lamparillas japonesas muy monas filtraban las luces del techo y de las paredes. En el comedor, unos corazoncitos de celofán se balanceaban en el candelabro. La mesa, cubierta con un mantel de papel de San Valentín, sostenía bandejas de colas, patatas fritas, palomitas de maíz, conservas, aceitunas y caramelos de San Valentín. Encima de un carrito destacaba una parrilla portátil donde se asaban las hamburguesas recién sacadas del refrigerador… y las había a montones: tan pronto como los hambrientos invitados acababan con ellas, una nueva bandeja llegaba para sustituir a la primera. Los padres de Diana estaban muy atareados dando los últimos toques a la habitación.

Al entrar, Trixie vio los cuatro rostros de los dos pares de gemelos (dos chicos y dos chicas), los hermanitos de Diana, que contemplaban maravillados la escena, metiendo las cabecitas por entre las barras de la barandilla de las escaleras.

—¡Mirad a Cenicienta! —gritó Jim al ver a Trixie—. ¡Qué vestido fan bonito! Y el perfume que llevas también me gusta muchísimo.

—La colonia es de mamá —explicó Trixie sonriendo—. La orquídea es de fábula, Jim. ¡Gracias!

—Espero haberme ganado con ella el primer baile —bromeó Jim.

Trixie se creyó un ángel, bailando entre las nubes, y sus tacones apenas tocaban el suelo.

Diana había pedido a Tad que acudiera a la fiesta.

Después del asalto que se produjo en casa de la señora Vanderpoel, Araña y Tad la visitaban a menudo, invitados por la señora holandesa, y la mayoría de las veces se quedaban a cenar.

Cuando la señora Vanderpoel supo que Araña había intentado formar un hogar para Tad, y que cocinaba y llevaba la casa, y supervisaba todas las actividades de Tad él solo, le dijo a Trixie: «Necesito tener a un chico en la casa. Me encanta tener a alguien para quien cocinar. Voy a pedirles que vengan a vivir conmigo».

Y así fue como se arregló la cosa. Por una renta simbólica, ya que Araña se negó a aceptar otra fórmula que no fuese ésa, se mudaron a casa de la señora Vanderpoel.

Tad iba y venía ahora con los otros chicos de las afueras y eran buenos amigos.

Cuando Tad bailó con Trixie, en la fiesta de San Valentín, dijo:

—Me figuro que sabrás que a Bull Thompson lo enviaron al Reformatorio.

—Sí —asintió Trixie—, y aún se quedaron cortos. ¿Sabes si el sargento Molinson o tu hermano han averiguado algo de los otros miembros de la banda? ¿Estaba Snipe, el tío de Bull, implicado?

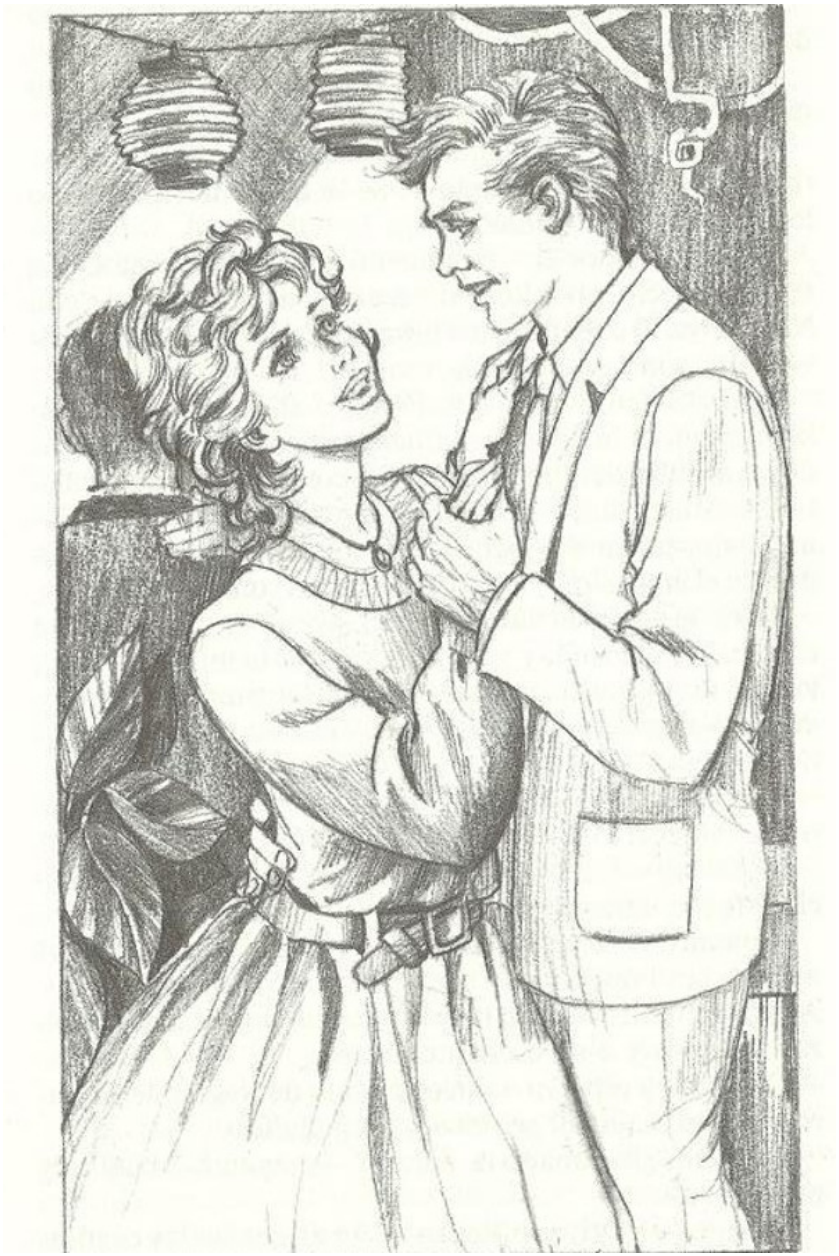
—Ni idea —dijo Tad, muy serio—. Por mucho que interrogan a Bull, no le sacan nada. Dijo que los demás habían huido a otro Estado. Pero claro, quién se fía de la palabra de Bull Thompson…

—Menos mal que no le pasó nada a la señora Vanderpoel —dijo Trixie—. Me alegro de que tú y Araña viváis con ella ahora.

—No es ella la que sale más favorecida con el arreglo —confesó Tad—. Es estupenda.

Jim llegó entonces, con refrescos y hamburguesas para Trixie y para él.

—Debería haberte traído una a ti —le dijo a Tad—. Ten, toma ésta, que yo iré a por otra.



—No, gracias —respondió Tad, y se levantó de un salto de la silla.

—¿Cómo no me habías dicho que bailas como una pluma? —le preguntó Jim a Trixie.

—No es eso exactamente lo que opina Mart sobre mi estilo —dijo Trixie sonriendo—. Se ve que le he agujereado los pies con mis tacones.

—Lo siento por él —se lamentó Jim—. Una cosa sí que te voy a decir: prefiero mil veces bailar contigo que con Mart. Oye, Trixie, ¿y si nos llevamos la comida a aquel diván que está mirando a la ventana?

Trixie le siguió hasta allí.

Frente a ellos, enmarcada en la ventana, la luz de la luna llena proyectaba las sombras de los árboles desnudos sobre la nieve resplandeciente. Estrellas, y estrellas, y más estrellas poblaban el cielo. Colina abajo, podía distinguirse Manor House. A sus espaldas, en el amplísimo salón, el tocadiscos sonaba muy suave.

Trixie se acabó la hamburguesa, apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá, y se dejó llevar por la música.

Fuera, la luna parecía acercarse más y más. Contemplándola, Trixie notó algo extraño en esa luna y la abandonó su ensueño de golpe.

—Esa luz —le susurró a Jim—; es Regan, con una linterna. Va corriendo hacia el cobertizo.

—¡Chist! —le advirtió Jim—. Coge el abrigo. ¡En silencio! Me encontraré contigo en la puerta principal, por fuera.

Cuando salieron, Jim cogió a Trixie de la mano con firmeza, para impedir que tropezase con sus tacones altos. Avanzaron cada vez con mayor ligereza, procurando alcanzar a Regan y a su oscilante linterna.

Cuando ya estaban a pocos metros de Regan, le llamaron en voz baja.

Él se volvió, sorprendido.

—Regan, ¿ha sonado la alarma? —preguntó Trixie, muy preocupada.

—Así es —confirmó Regan—. Yo estaba en las cuadras y tardé un poco en oírla —prosiguió—. ¡Mirad! ¡Por allí van, por Glen Road! —el pelirrojo Regan agitó su linterna, furioso—. ¡Ah, lo que

daría por tener un buen rifle! Salí del apartamento hace una media hora, y…

—Olvídalo, Regan —dijo Jim—. Ánimo, Trixie; veamos cómo han dejado el cobertizo.

—¡No! —exclamó Trixie cuando entraron y encendieron la luz. Las hermosas cortinas que Honey bordó con sus propias manos habían sido arrancadas de los rieles. También habían vaciado los estantes, y el suelo de la habitación estaba sembrado de diversos objetos, abandonados con las prisas.

—Ve a casa, Jim —dijo Regan—. Dile a tu padre que avise al sargento Molinson, y también a Araña, si puede localizarle. Que vengan tan pronto como puedan.

—Me pareció oler a gasolina al entrar —le dijo Trixie a Regan cuando Jim salió a llamar a su padre.

—Miraré a ver —dijo Regan enojadísimo. Al cabo de un minuto exclamó—: ¿Pero has visto esto, Trixie? ¡Trapos empapados de gasolina!

—¡Cielos! —gritó Trixie—. ¿Y qué crees que pensaban hacer con ellos, Regan? ¡Incendiar nuestro querido cobertizo, después de robar todo lo que pudieran! Por suerte sonó la alarma… Los hizo huir antes de que pudiesen llevarse nada.

—No estés tan segura de eso, Trixie, hasta que no hayas repasado el inventario —repuso Regan—. Aquí viene toda la gente de la fiesta.

Tad, ansioso por ayudar, parecía estar en todas partes. Ayudó a Mart a juntar todos los trapos empapados en gasolina y a depositarlos en un claro donde no fueran peligrosos, lejos del cobertizo. Regan los quemó con una cerilla.

Mientras ardían, levantando un resplandor rojizo, la gente allí reunida se quedó quieta, como en un cuadro… Las muchachas, con sus vestidos de alegres colores y con los abrigos echados sobre los hombros; los muchachos experimentando con asombro el sabor de su primera aventura real, no de la televisión; lejos, en Glen Road, sonaba la sirena de la policía.

A la luz del fuego, Trixie detectó un pequeño objeto que brillaba sobre la nieve. Lo recogió y lo examinó.

Debe tratarse de la placa de identificación de Patch —dijo, metiéndosela en el bolsillo—. Le preguntaré a Jim en un momento

más oportuno.

En la comisaría • 14

LOS BOB-WHITES DE GLEN trabajaron los días siguientes como no habían trabajado nunca, para arreglar el cobertizo.

Las chicas plancharon las cortinas y las volvieron a colgar. Colocaron de nuevo en los estantes las cosas que ellas mismas habían hecho… muñecas, delantales, juguetes repintados, pequeños marcos de fotografías.

Mart, furioso por culpa de las rayas que descubrió en las mesas de cerezo, se dedicó a ellas hasta que, a base de lijar y lijar, las hizo desaparecer.

Por fin, al cabo de unos días, que se les hicieron eternos, el cobertizo volvió a ser el que era.

Sólo faltaban las espadas samurai. Ni rastro de ellas. Los asaltantes, sin duda, se las habían llevado.

—Qué lástima no habérselas vendido a los hermanos Hakaito —se lamentó Brian—. Ahora es posible que no volvamos a verlas más, y no creo que vayan a hacer ningún bien a nadie.

A Trixie no le parecía que la policía estuviese trabajando con suficiente empeño en el caso del robo «frustrado» en el cobertizo.

—¿Por qué les costará tantísimo averiguar lo más simple? —preguntó a los demás—. Aún tendré que ocuparme yo…

—No te metas en esto —le advirtió Mart—. Ya sabes lo que dijeron mamá y papá… no más investigaciones.

—No tendré tiempo hasta que no se celebre la exposición —se lamentó Trixie—, pero si lo tuviera, yo…

—¿Tú qué? —preguntó Mart—. Bull Thompson está en el Reformatorio, y no ha soltado prenda sobre sus cómplices.

—Bueno, pero tiene que haber algún modo de averiguar su identidad —insistió Trixie—. Yo me sentiría mucho mejor, de cara a la exposición del sábado, si todos ellos estuvieran en la cárcel.

Y lo decía con razón, porque un par de personas que habían prometido a Trixie sus antigüedades retiraron su palabra tras haberse dado publicidad a lo ocurrido en el cobertizo.

—Y otra cosa —añadió—. Seguimos sin saber quién nos devolvió el escritorio de nogal la noche de la ventisca. Desde luego, está

claro que no fue Bull Thompson, súbitamente arrepentido. Es un poco raro, ¿no?

—¿Y no será que uno de la banda de Bull es un miedica y decidió devolvérnoslo? —aventuró Mart.

—Eso no es ni siquiera probable —opinó Trixie—. ¿Qué escrúpulos va a tener un tipo que se dedica a poner trapos empapados de gasolina en los cobertizos de la gente?

Aquella noche, Trixie se metió en la cama, pero no pudo dormirse. Rememoraba la fiesta de San Valentín… la música, el baile…

Fue maravilloso —murmuró—. Y luego el mal trago que pasamos en el cobertizo… esos trapos de gasolina… ese fuego que podría haber convertido en cenizas nuestro club. Ojalá la policía detenga a esos criminales.

De pronto, la asaltó una idea.

¿Estaré tonta? —se dijo—. Me olvidé de la placa de identificación del perro. No es de Reddy. Puede que tampoco sea de Patch. ¡Y si no lo es, podría ser una pista! Le preguntaré a Jim mañana.

En el autobús, a la mañana siguiente, Trixie citó a Jim en la Biblioteca, a la hora del estudio.

Cuando se encontraron, Trixie extrajo de su bolsillo la placa de metal, le enseñó el número que había grabado, y preguntó:

—¿Qué es esto, Jim… el número de identificación de algún perro? ¿Se le habrá caído a Patch del collar? De Reddy no es.

—Calma, calma, Trixie —dijo Jim—. No es la placa de Patch. Ni siquiera es la placa de otro perro. Ese número es la matrícula de un automóvil.

—¿De un automóvil? —preguntó Trixie, muy animada—. Entonces es una pista. ¡Pertenece a uno de los bandidos que nos robaron las espadas en el cobertizo!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jim, cada vez más confundido.

—La noche del robo —explicó Trixie, frotando la placa para que el número se viera mejor— encontré esto fuera del cobertizo.

—¿Y por qué no se lo enseñaste a alguien antes? —preguntó Jim, exasperado—. Te empeñas en hacerlo todo tú solita. Si la policía lo supiese, habrían dado con el coche hace tiempo.

—No te enfades conmigo, Jim. Yo no sabía que tuviera que ver con el coche de los ladrones.

—Podías haber preguntado antes qué era. Vamos. Al teléfono público.

—No irás a llamar a la policía… a dar les mi pista, ¿verdad, Jim? —preguntó Trixie.

—No es tu pista, Trixie —replicó Jim—, y, por supuesto, la policía va a saber dentro de unos minutos lo de este llavero con la matrícula de un coche grabada. Primero llamaré a la Oficina de Registro del Automóvil del condado, a ver si pueden decirme a quién pertenece el coche con este número de matrícula.

Obediente, Trixie siguió a Jim hasta el pasillo, y escuchó la conversación (al menos, la mitad de ésta).

Le oyó pedir la información que andaban buscando, y vio cómo su rostro se contraía, esperando la respuesta.

—Tengo unas razones muy buenas para querer saberlo —decía Jim.

Cuando colgó el aparato, sin embargo, supo por la decepción de su mirada que sus muy buenas razones no habían sido atendidas.

—Alegan que tienen prohibido dar ese tipo de información por teléfono —dijo Jim—, que sólo lo pueden hacer a petición de la policía y de las compañías de seguros.

—Entonces habrá que ver al Sargento Molinson después de las clases —decidió Trixie.

—No es imprescindible que vayas tú —dijo Jim—. Yo iré.

—Ni lo sueñes —se enfadó Trixie—. Es mi pista, y, si has llegado a pensar por un segundo, Jim Frayne, que vas a ir sin mí…

—Tranquila, no te acalores, Trixie —se burló Jim—. Lo decía por si tenías que ayudar a tu madre o querías trabajar en el club.

—Mamá no me necesita esta tarde, y casi todo lo de la exposición está a punto.

—Pues entonces, acompáñame —accedió Jim.

Pero no resultaría tan sencillo.

Cuando Jim y Trixie comunicaron al resto de sus amigos que iban a quedarse en la ciudad después de las clases, Mart sospechó algo.

—Esto me huele a «caso» de Trixie, como ella los llama —dijo—. Yo le pondría otro nombre.

—Seguro que una de esas palabrejas que nadie entiende —dijo Trixie.

—Procura tener siempre presente, Trixie Belden —intervino Honey—, que todos nosotros somos miembros de los B.W.G. Si nos estás ocultando algo sobre el robo, más te vale soltar prenda.

—Sí —dijo Diana—, me da la impresión de que te estás convirtiendo en una sabelotodo que quiere funcionar por su cuenta.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —preguntó Trixie, perpleja.

—Nos referimos exactamente a eso que tienes que hacer después de las clases y que no puedes decimos —dijo Mart—. Escúpelo, Trixie.

—Si os vais a poner como locos conmigo, os lo diré —se rindió Trixie—. Lo único que pasa es que encontré este llavero la noche que intentaron quemamos el cobertizo. Primero pensé que se trataba de una de esas placas de identificación de perros, y que era de Patch. Jim dice que es un llavero, y que probablemente el número que aquí veis nos dirá el nombre del propietario del coche con el que los ladrones huyeron. Ahora queríamos ir a la comisaría para que desde allí llamen a la Oficina de Registro del Automóvil y recabar información.

—Pues entonces iremos con vosotros —se apuntó Mart—. No quisiéramos privaros del placer de nuestra compañía, ¿verdad? —preguntó a los demás Bob-Whites.

—Ni pensarlo —dijeron a coro.

—No vamos a cogerlo —indicó Diana al conductor del autobús, que seguía con la portezuela abierta.

—Ve a llamar a mamá —le dijo Trixie a Brian—, por favor. No pondrá pegas si eres tú el que le dices que llegaremos algo tarde.

—No te molestes en llamar —dijo Honey—. Tom va a traer a mamá a la estación: tiene que tomar el tren, ha quedado con papá en Nueva York. Le diré que nos recoja en el colegio, así llegaremos a casa prácticamente a la misma hora que si hubiéramos cogido el autobús.

Todo estaba arreglado.

Camino de la comisaría, los Bob-Whites pasaron por delante de la tienda donde los hermanos Hakaito vendían las verduras y frutas que ellos mismos cultivaban en sus huertos.

Kasyo estaba ordenando los productos del escaparate. Al ver

pasar a los Bob-Whites, requirió su presencia con grandes muestras de afecto, y llamó a su hermano Oto.

Los dos abrieron las puertas de par en par, sonriendo e inclinándose ceremoniosamente ante ellos.

Dentro, Oto dispuso un banco y varias más.

—Pol favol sentalse —les invitó.

—Lo sentimos, Oto —dijo Jim—, pero vamos con prisa; tenemos que ir a la comisaría.

—No taldal mucho —insistió Oto—. Posible más cosas pala decil a la policía. ¿Algo peldido después fiesta San Valentín? —preguntó.

Trixie evitó mirarle a los ojos.

—Las espadas —dijo—. Ahora no podréis enviárselas a vuestro padre, para el museo de Tokio. Las han robado.

—Helmanos Hakaito tenemos espadas —replicó Oto—. Nosotlos las encontlamos en casa de empeños de White Plains. Jefe bandidos las empeñó allí.

—¿Sí? —exclamó Trixie—. ¿Le pidieron al prestamista una descripción suya?

—Sí —contestó Oto con tristeza—. Dijo que no lecoldaba quién empeñó espadas. Yo no cleo que él dice veldad.

—Por supuesto que no —dijo Mart—. Esa gente siempre tiene miedo a meterse en follones con la justicia.

—Puede que la policía les refresque la memoria —aventuró Trixie—. Vamos a la comisaría, ya saben —dijo a los hermanos Hakaito—. ¿Y dicen que ustedes tienen las espadas ahora?

—Sí, señolita Tlixie —dijo Oto—. Helmanos Hakaito complal espadas samulai. Ibamos a llevalas al cobeltizo esta noche, devolvelas a los Bob-Whites. ¡Aquí tenéis vuestlas espadas!

Kasyo deshizo un paquete alargado que tenía debajo del mostrador y les mostró las espadas samurai Satsuma, brillantes, preciosas.

Mientras Mart y Brian, y Honey y Diana no paraban de celebrar la devolución de las espadas y charlaban con los japoneses, Jim y Trixie discutían en voz baja en un rincón.

—No podemos aceptar las espadas —informó Jim, interrumpiendo la cordial conversación.

Los hermanos Hakaito bajaron la vista.

—¿No aceptáis legalo? —preguntó Oto.

—No —dijo Trixie—. Ustedes quieren esas espadas para enviárselas a su padre. Son suyas. Son de Tokio, más que de ninguna otra ciudad. Y ustedes ya han pagado por ellas, en la casa de empeño, gastándose un dinero que han sudado para ganarlo.

—Da igual —contestaron Oto y Kasyo. Oto continuó—: Dinelo es pala niños pequeños UNICEF. Nosotlos damos espadas. Quizás suelte y complamos otla vez en exposición antigüedades —los dos hermanos esbozaron una amplia sonrisa.

—¿Por qué no hacemos otra cosa…? Ustedes nos las dejan, para que todo el mundo pueda verlas en la exposición —propuso Jim—. No. nos quedaríamos con la conciencia tranquila si no pudieran recuperarlas y enviárselas a su padre.

Los hermanos Hakaito sostuvieron una pequeña discusión, susurrando palabras brevísimas, rápidas.

—¿Cuánto cleéis sacal pol espadas en exposición? —preguntó Oto.

—Puede que unos cien dólares —calculó Trixie—. Creo que era eso lo que habíamos pensado pedir por ellas, ¿no? ¿Por qué lo pregunta?

—¡Nosotlos pagamos solamente cincuenta dólales —exclamó Oto satisfecho— en la casa de empeños! Nosotlos pagamos a vosotlos cincuenta dólales más; entonces espadas nuestlas, y os las dejamos pala la exposición. ¿Eso bien?

—¡Perfecto! —dijo Trixie—. Me alegra muchísimo podérselas enseñar a la gente el sábado.

—¿A lo mejol queléis enseñal otlas espadas en exposición? —preguntó Oto, dubitativo.

—¡Cómo no! —exclamó Mart—. ¿Acaso tienen otras?

—Sí —dijo Kasyo—. Seis más. Después de exposición, las mandamos a Tokio, a nuestlo padle. También tenemos glabados japoneses, y malfil tallado. ¿Queléis?

Trixie se puso a aplaudir, entusiasmada.

—Eso sería fabuloso —dijo—. ¿Quieren que pasen los chicos a recoger todo eso mañana?

—Si queléis, nosotlos aleglamos pabellón en la sala —dijo Oto. Por los gestos de euforia de Kasyo, era evidente que éste apoyaba las propuestas de su hermano—. ¡Pabellón del Japón! —concluyó, con una mezcla de orgullo y de morriña.

—¡Eso sería estupendo! —comentó Jim.

—¡Magnífico! —añadió Mart.

—Un millón de gracias —dijo Trixie—. Ahora hemos de irnos. Les veremos mañana, en la sala de exposiciones. ¡Adiós!

—¡Adiós, adiós! —se despidieron los hermanos Hakaito, sonriendo felices.

El sargento Molinson empezó a gruñir desde su escritorio en cuanto vio aparecer en la comisaría a Trixie y a sus amigos.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Otra vez, no! ¿Qué ha pasado ahora?

Trixie le contó lo de los hermanos Hakaito y las espadas… que las habían desempeñado en White Plains, que el prestamista que se las vendió no quiso recordar el aspecto de quienes las empeñaron…

—Mandaremos a un hombre allí ahora mismo —dijo el sargento —. Dudo que nos lleve a ninguna parte. Es muy difícil sacarles nada a esos tipos. No suelen hacer preguntas a aquéllos que van a empeñar algún objeto valioso. Pero de todos modos investigaremos eso —añadió enseguida, al ver la decepción reflejada en el rostro de Trixie—. ¿Eso es todo?

Trixie sacó el llavero y le explicó que en la Oficina de Registros no habían querido decirles nada.

—Ellos obedecen las normas establecidas —explicó el sargento —. Ahora veremos qué es lo que saben los chicos de la Oficina sobre esta matrícula.

Marcó el número, esperó a que sonara el teléfono, repitió el número que había en el llavero, y sujetó el auricular, a la espera.

—¿Sí? —dijo—. Eso es. No, el número está en un llavero. ¿Qué me dices? ¿Robado? ¿Cuándo? Sí, eso es, esa misma noche. ¿Lo han encontrado? Ya veo… Gracias, Frank.

—Esta pista conduce a un callejón sin salida —dijo a los Bob-Whites, que se mordían las uñas de impaciencia—. Robaron el auto la noche que asaltaron el cobertizo. La policía de White Plains lo encontró dos días después. Estaba en buen estado. Sólo que sin una gota de gasolina.

—¿Y se tiene alguna idea de quiénes lo robaron? —preguntó

Jim, esperanzado.

—Ni la menor idea —reconoció el sargento Molinson—. Seguramente fueron los mismos que entraron en vuestro cobertizo. El coche robado con el que salieron huyendo no nos va a servir de nada. Yo me quedo el llavero, Trixie. Podéis olvidaros de lo del auto, chicos.

—¿Y le dijeron qué clase de coche era… en la Oficina de Registros…? —preguntó Trixie.

—Sí, Trixie, así es —dijo el sargento—. Un sedán azul y blanco. Si eso os sirve de algo, hacédnoslo saber, ¿vale? Probablemente haya mil sedanes azules y blancos pasando por esta ciudad todos los días. Quizás debimos seguir los consejos de la señora Vanderpoel, después de todo, y ficharos para la brigada de policía.

—Pues a lo mejor sí que necesitan ayuda —dijo Trixie—. Pasado mañana se celebra la exposición de antigüedades…

—¡Como si no lo supiese! —exclamó el sargento.

—Y habrá un montón de objetos de valor en esa sala a partir de mañana por la noche —añadió Trixie.

—¿Encargo a toda la brigada de la vigilancia de esa sala? —preguntó con sarcasmo el sargento—. La sala está a la vista de todos, en pleno Main Street. El Banco de tu padre está enfrente. ¿Va a decide al vigilante del Banco que eche una ojeada de cuando en cuando? Chicos, me estáis sacando de quicio. Tendremos el local vigilado, sí, pero ahora ¡largo!

Dicho esto, el sargento les dio la espalda, con un movimiento de la silla giratoria.

¡Menuda juerga! • 15

CUANDO PASÓ A POR LOS BOB-WHITES, Tom llevaba a los dos gemelos de los Lynch, Larry y Terry, en el coche.

—¡Vaya una sorpresa! —dijo Diana, abrazando a sus hermanitos —. ¿De dónde los has sacado? —le preguntó en broma a Tom.

—Tu madre también se ha ido a Nueva York con la señora Wheeler, Diana —explicó Tom—. La señorita Trask se ha quedado con las dos nenas, y este par de pillos se quedarán a cenar en tu casa, Trixie.

—¡Qué bien! —dijo Trixie—. Bobby se va a poner muy contento. Se ha pasado tanto tiempo sin nadie con quien jugar… ¿Y por qué no venís a casa tú y Honey también? —le preguntó a Diana—. Y Jim.

—Tu madre se te ha adelantado —dijo Tom—. Me dijo que descargara el coche en la granja Crabapple. Yo diría que le van a faltar manos.

—Nos tiene a nosotros para ayudarla —dijo Trixie—. Tú no conoces a mi madre. Esto va a ser divertido. ¿No es una maravilla que tengamos vacaciones mañana por el congreso ese de profesores? Tendremos todo el día para preparar la exposición, y esta noche nos podremos despreocupar. Aquí viene Reddy, a darnos la bienvenida. ¡Y tu perro también, Jim!

Reddy y Patch salieron corriendo, moviendo la cola. Los dos perros eran buenos amigos.

—¡Siéntate, Patch! —ordenó Jim—. ¡A mi lado! —y Patch obedeció inmediatamente.

—No serviría de nada pedirle a Reddy que se siente o que nos siga —comentó Mart riéndose—. Nadie se ha ocupado de amaestrarle. Sólo jugamos con él. Alguna vez, cuando le apetece, hace caso a Bobby.

—Reddy no tiene por qué hacer caso a nadie —le defendió Trixie— después de salvamos de la ventisca. Allí está Bobby, saludándonos desde la ventana —les dijo a Terry y a Larry—. Ya podéis entrar, granujillas; nosotros tenemos que guardar los libros. ¿No quieres pasar a tomarte una taza de café? —invitó a Tom.

—Celia me colgaría si lo hiciese —respondió Tom—. Esta noche tendremos la oportunidad de cenar solos los dos, en la caravana, pues ha salido toda la familia. A las nueve pasaré a recogeros.

—¿Tan pronto? —preguntó Trixie.

—Una hora más tarde de lo habitual para Larry y Terry —le recordó Diana—. Y me costará por lo menos otra hora conseguir que se duerman.

—¿Y qué más da? —quiso saber Mart—. Mañana no hay colegio; que los chicos disfruten. ¿Por qué no a las nueve y media, Di?

—Vale —dijo Diana—. A las nueve y media. ¿Habrá algún problema con Tom, Honey?

—Si a Tom no le importa… —contestó Honey.

Marcharon tras los gemelos hasta la casa.

En la cocina estaban el señor y la señora Belden, que los recibieron con los brazos abiertos.

—Subid los abrigos —dijo el señor Belden—. Tu madre ya casi tiene lista la cena —añadió dirigiéndose a Trixie.

Honey y Diana entraron con Trixie en la cocina, se pusieron los delantales, y solicitaron permiso para ayudar a preparar la cena.

—Preparad la ensalada Waldorf[16] —dijo la señora Belden—. Tomad este cuenco. Las manzanas ya están lavadas; el apio también. Cortadlas en pedacitos, cuartead la melcocha, añadid mayonesa, y mezcladlo todo. Preparad una buena cantidad.

—¿Qué hago yo, mamá? —preguntó Trixie—. Ya lo sé, cogeré las hamburguesas y haré filetes empanados.

—Nadie hace las hamburguesas tan buenas como usted, señora Belden —dijo Honey—. ¿Cuál es el secreto? Ni en Wimpy están tan sabrosas.

—Pues añadir un poco de pan, desmigajado y empapado de leche, en cada libra de carne —reveló la señora Belden—. Después lo condimento con sal y pimienta, y un poquitín de curry.

—¿Pan y leche? —preguntó Diana asombrada.

—Sí, así se aprovecha el jugo de la carne empanada —explicó la señora Belden.

—Desde luego, así están deliciosas —dijo Honey, cortando las manzanas y metiéndolas en el cuenco—. A mí me gusta muchísimo cocinar.

—Pero no sabrás cuando practicar, digo yo con la cocinera tan

buena que tenéis. Hay veces que a mí me gustaría contar con una cocinera —confesó la señora Belden.

—No lo dirás por hoy, ¿eh, mamá? —preguntó Trixie.

—No, claro, con unos pinches de esta categoría… ¡imposible! Cuando termines con eso, Trixie, extiende una capa de nata sobre las tartas de calabaza. La nata la tienes batida, en la nevera. ¡Pero prepara hamburguesas de sobra!

—Ésta será la última vez que invite a Larry y Terry, cuando vea cómo se tragan las hamburguesas —bromeó Diana—. ¿Pero no oís qué gritos? Espero que no lo destrocen todo.

—Tenemos el salón a prueba de niños —la tranquilizó la señora Belden—. Por los ruidos, parece que están ayudando a mi marido a encender la chimenea. Después de cenar freiremos unas rosetas de maíz, luego podemos tostar un poco de melcocha.

—¡No sé qué será, pero huele que es una maravilla! —dijo Jim; él y Brian tenían que cruzar la cocina para ir a por leña, para el fuego de la chimenea—. ¿Qué es? —preguntó, y olfateó la mezcla que Trixie estaba preparando junto al horno.

—El viejo recurso de los Belden, ¡las hamburguesas de mamá! —dijo Trixie—. Según ella, si no quieres defraudar a los chicos, hazles hamburguesas.

—Mmm, tengo más hambre que un lobo —dijo Jim, y es que el aire se llenó de la fragancia de las judías hervidas, al sacar una cacerola del horno—. La temporada que estuve viviendo solo en el bosque, después de incendiarse mi casa, me alimentaba sólo de judías. Claro que las mías eran enlatadas. Existe una sutil diferencia.

La cena estaba lista; los Bob-Whites y los Belden se sentaron en tomo a la mesa de madera de arce; habían alargado la mesa sacando las dos alas abatibles.

En una mesa más bajita, cerca de la otra, se sentaban los tres niños.

Los gemelos parecían un poco tímidos, pero Bobby se los ganó enseguida.

—¿Qué es lo que quema y está frío al mismo tiempo? —preguntó a los gemelos—. ¡No se lo digas! —advirtió a Trixie.

—Ni idea —dijo Larry—. ¿El agua?

—¡No! —exclamó, victorioso, Bobby—. ¡El hielo! Jim me lo

enseñó.

En tomo a la mesa, la familia y los invitados se cogieron de la mano mientras el señor Belden bendecía la cena.

Y luego empezó la juerga.

Fueron pasando las fuentes de mano en mano, fueron vaciándose sobre los platos y volviéndose a llenar en la cocina, y otra vez vaciándose. La salsa de tomate casera de la señora Belden, el maíz sazonado, las conservas de remolacha al viejo estilo… todo desapareció como por arte de magia. Las cacerolas de patatas al gratén, la enorme sartén de judías… pasó a los estómagos de los presentes. También dieron buena cuenta de la ensalada, y eso que todavía faltaba el postre.

Honey, Diana y Trixie persuadieron a la señora Belden para que les dejara quitar la mesa. Ya el señor y la señora Belden tenían en la mano una taza de café; ya estaban llenos de chocolate o de leche hasta el borde los vasos de los demás; las tres amigas aparecieron entonces con unas porciones generosas de tarta de calabaza para todos.

En el salón, el fuego subía por el tiro de la chimenea, rugiendo, y despedía un resplandor rosado que infundía a la vieja habitación una atmósfera cálida. Dispusieron sillas y sofás frente al fuego, y para los niños unos cojines.

Los Bob-Whites desterraron al señor y a la señora Belden de la cocina, y emprendieron un ataque feroz, armados de agua y detergente, contra la vajilla. No les costaba ningún esfuerzo; hacer las cosas juntos era muy divertido.

Trixie, al recordar la tarde en que Diana y Honey parecían haberse enfadado tanto con ella y cuando le habían acusado de muchas cosas, miró en tomo suyo, y la felicidad reinante la animó.

Sólo que me pongo tan pesada a veces —se dijo—, como si fuera la jefa de la banda. ¿Qué sería de mí sin Honey y Di? Sobre todo, quizás, sin Honey… ella es la mejor amiga que tengo en el mundo.

Algo parecido debió haber estado pensando Honey, porque le dio un abrazo a Trixie que no venía a cuento.

—Te quiero mucho, Trixie —susurró—, a ti y a toda tu familia.

Cuando volvieron al salón, el señor Belden jugaba a «Simón dice» con Bobby, Terry y Larry. Se desplomaban sobre los cojines en las posiciones más absurdas, riéndose con tal violencia que les era

imposible obedecer las órdenes que el señor Belden, asumiendo el papel de Simón, daba.

—Se supone que tenéis que seguir mis instrucciones cuando digo «Simón dice que…» —explicó el señor Belden—. Intentadlo de nuevo, chicos.

Cuando los Bob-Whites se unieron al grupo, frente a la chimenea, el señor Belden decidió que penalizaría con prendas a alguien cada vez que los pequeños no cumplieran los mandatos de Simón. Para facilitar las cosas, las penalizaciones no afectarían a ninguno de los tres pequeños.

—¡Simón dice Pulgares Arriba! —mandó el señor Belden. Y todos los pulgares señalaron el techo—. ¡Pulgares abajo! —ordenó.

Honey y Mart señalaron el suelo.

—¡Pero Simón no lo ha dicho! —sancionó el señor Belden—. Mart y Honey, una prenda, por favor. ¿Las coges tú? —preguntó a su mujer.

En menos de media hora, cada uno de los Bob-Whites había aportado alguna prenda… un zapato, un pasador del pelo, un reloj, un anillo, una corbata, o una pulsera.

Las hazañas que precisó la recuperación de las prendas divirtieron más a todo el mundo que el juego en sí, especialmente cuando les tocó el turno a las muchachas.

—Yo sé uno bueno, para Trixie —le susurró Bobby a su madre, al oído.

—Trixie será incapaz, Bobby —dijo su madre sonriendo.

—Pues si no, se quedará sin anillo —insistió Bobby—. ¡Venga, Trixie!

Conque Trixie tuvo que plantarse en medio de todos, cantando una famosa canción. No le traicionó la voz hasta que llegó a las notas más altas; allí se tiró al suelo, retorciéndose de risa con las mismas ganas que Bobby.

—Ahora di qué quieres que haga Diana —propuso la señora Belden a Terry.

El pequeño le dijo algo al oído.

—Con ésta sí que me lo voy a pasar bien —dijo la señora Belden, y miró de reojo a Mart, que estaba sentado en el sofá. Luego se inclinó para susurrarle a Diana en el oído su «rescate».

Diana, más colorada que un tomate, se inclinó sobre Mart y le

besó en la mejilla.

Ése fue el punto álgido de las prendas. Todos rieron tanto que no pudieron seguir adelante con el juego.

Mart, que siempre andaba tomándole el pelo a los demás, se veía a sí mismo convertido en el centro de todas las burlas, gracias al gemelo de los Lynch.

Después de eso, se arrodillaron en círculo, en el centro de la habitación. También el señor y la señora Belden.

Trixie empezó el juego.

—Hoy he ido a Nueva York —dijo.

—¿Y qué has comprado? —preguntó Jim, que estaba a su lado.

—Un abanico con el que abanicarme —dijo, dándose aire con la mano.

—Hoy he ido a Nueva York —dijo luego Jim a Diana, a quien tenía a mano derecha.

—¿Ah, sí? —preguntó Diana—. ¿Y qué has comprado?

—Una mecedora y un abanico —dijo Jim, meciéndose en el suelo mientras se abanicaba con una mano.

Y así fueron pasándose la información, añadiendo cada uno alguna otra palabra y un gesto. La mayor parte de ellos se enredaban, y se armaban un lío tremendo intentándolo al mismo tiempo.

Patch y Reddy correteaban por encima de todos, aportando su granito de arena a la confusión reinante, y al jolgorio.

No consintieron que el señor Belden se escaqueara cuando llegó su turno, y éste tuvo que abanicarse, mecerse, sujetar un paraguas, olfatear una rosa, pestañear detrás de unas gafas de sol, bailar al ritmo del tocadiscos que había comprado, y, finalmente, tirarse al suelo y probarse el nuevo sombrero.

Entonces llegó la señora Belden, con el maíz y la olla.

Jim hizo un gesto de desesperación al ver lo que la madre de Trixie traía.

—Si me tomo una sola palomita —comentó—, reviento. ¡Después del banquete que nos hemos dado!

—¡Pues yo sí que puedo! —gritó Bobby.

—¡Pues anda que yo! —dijeron a coro Larry y Terry.

El señor Belden colocó la olla en el fuego. Su esposa soltó un puñado de granos de maíz en la olla. Él la tapó, y dentro de la olla

comenzó una batalla breve, pero efectiva. Los granos de maíz se abrieron en palomitas blancas que la señora Belden sazonó con sal y mantequilla; luego ofreció el plato a los invitados.

—¡No hagan más! —suplicó Honey.

—Los gemelos van a reventar —insistió Diana, pero aquéllos negaron con la cabeza vigorosamente—. Nunca en mi vida les había visto comer tanto.

—Es la comida «más mejor» —dijo Larry.

—La comida «más mejor» del mundo —añadió Terry—, y yo me voy a venir a vivir a esta casa, con Bobby y su familia.

—Venga, mamá, ¿le dejas? ¿Y a Larry también? ¿No se pueden quedar aquí para siempre?

—Me temo que no, Bobby, cariño —dijo Diana—. Pero tu madre ha dicho que podrás venir a vernos dentro de poco… ah, mirad, ya ha llegado Tom. Viene a recogernos.

—Yo no me quiero ir a casa —sollozó Terry.

—Ni yo —repitió Larry—. ¡Vete, Tom!

—Cuéntame una adivinanza, Tom —pidió Bobby—. Regan siempre me cuenta alguna.

—De acuerdo —dijo Tom mientras ayudaba a Diana y a Honey a abotonarles los abrigos a los gemelos—. ¡Escuchad! —dijo, y se produjo el milagro, porque atendieron a sus palabras—. ¿Qué le dijo la rosquilla al pastel? —preguntó Tom.

—No lo sé —gimió Terry—. Dímelo.

—¡No te rindas! —exclamó Bobby—. ¡No se lo digas, Tom!

—No lo haré —dijo Tom—. ¿Qué le dijo, Bobby?

Bobby meditó, y meditó, y meditó, pero no encontró una respuesta.

—«Mu» bien, me rindo —dijo al fin—. ¿Qué le dijo la rosquilla?

—Si yo tuviera toda tu pasta, no estaría aquí, alrededor de este agujero —dijo Tom—. Y ahora, chicos, a casita.

La señora Belden sacó unas galletas y otra tarta de calabaza, y las puso en una cesta para que Tom se la llevara a Celia.

—No nos lo habíamos pasado tan bien en la vida —repetían todos mientras salían.

Trixie y los chicos los acompañaron hasta la furgoneta, sin ponerse los abrigos.

Bobby no paraba de decir adiós desde la puerta, y los gemelos,

respondían calurosamente, agitando las manos con tal entusiasmo que por poco se caen por la ventanilla del asiento de al lado del conductor.

Justo antes de irse, Tom llamó a Trixie.

—Has oído hablar del tío de Bull Thompson, ese Snipe… ¿verdad?

—Sí —dijo Trixie intrigadísima—. ¿Qué pasa con Snipe?

—Ha debido volver a esa imprenta que tenían en la calle Hawthorne —informó Tom—. Lo vi después de la fiesta de San Valentín, conduciendo un sedán azul y blanco. Igual ya estaba aquí cuando asaltaron el cobertizo.

—¡Un sedán azul y blanco! —exclamó Trixie—. Esa noche robaron un sedán azul y blanco. No he dejado de pensar en ese Snipe Thompson… es posible que se enfureciera tanto conmigo por lo de Bull que intentara quemar el cobertizo.

—Es su estilo —corroboró Tom. Según tengo entendido, salió hace poco de la cárcel, después de cumplir condena por robo. Por esta noche olvídalo, Trixie, pero no dejes de decírselo a Araña mañana por la mañana.

—Lo haré. Gracias, Tom. ¡Ya verás cuando Araña se entere!

—Ese Snipe es un mal tipo —dijo Tom—. Bueno, ¿todos dentro? —preguntó a los Wheeler y a los Lynch—. Parece que nos toca a Regan y a mí recoger todas las antigüedades mañana, para la exposición. Te veré entonces, Trixie. En marcha, chicos.

Últimos preparativos • 16

TRIXIE, BRIAN Y MART habían puesto los despertadores para que sonaran a las siete en punto.

Primero debían juntar todos los muebles restaurados que tenían almacenados en el cobertizo y llevarlos a la sala de exposiciones.

Luego los muchachos irían a casa de la señora Vanderpoel, a casa de los Wheeler, y a otra media docena de lugares para recoger otras antigüedades.

Tom y Regan estarían esperando para ayudarles.

Los hermanos Hakaito habían quedado en acudir a la sala de exposiciones a las siete, para montar su pabellón.

Una vez que hubieran reunido todas las antigüedades, los Bob-Whites aún tendrían que ordenarlas en estantes o en escaparates.

Antes de que se produjera ninguno de estos hechos, sin embargo, Trixie debía dar un recado que ella juzgaba de mayor importancia que todos los demás asuntos de su apretada agenda.

—¿Oíste lo que me dijo Tom justo antes de marcharse, anoche? —preguntó a su madre.

—No, yo no fui hasta la furgoneta. ¿De qué se trataba?

—Ya te dije que el sargento Molinson había averiguado que los ladrones utilizaron un sedán azul y blanco para el asalto al cobertizo, la otra noche, ¿no?

—Sí, Y Mart también me dijo que el sargento había insistido enfáticamente para que tú te mantuvieras apartada de este asunto —le recordó la señora Belden—. Confío en que sigas su consejo al pie de la letra.

—Ese sargento es un pelma de cuidado —estalló Trixie—. Al menos podré llamar a Araña, a casa de la señora Vanderpoel, y contarle lo que sé. Él no va a trabajar hasta las diez o así.

Conque Trixie llamó a Araña.

Al volver, después de la llamada, estaba seria.

—Araña me ha asegurado que no cree que el sargento Molinson vaya a hacer nada respecto a Snipe Thompson —dijo—. Al menos hasta que tenga alguna prueba.

—Y con la exposición a la vuelta de la esquina, ¿por qué no te

olvidas de Snipe? —sugirió Mart—. Hemos recuperado el escritorio y las espadas. ¡Ahora vamos a despreocuparnos de lo demás!

—Mart tiene razón —dijo el señor Belden, sentándose a la mesa con la taza de café en la mano—. En los últimos cincuenta años, no ha habido ni un sólo robo en Main Street… bueno, puede que algún ladronzuelo se llevara algo de una tienda, pero eso es inevitable.

—Tal vez esto sí que te preocupe, entonces —repuso Trixie—. Araña no estará esta noche allí para ayudarnos porque tiene guardia en el cruce. Dijo que se pasaría por la sala de exposiciones en su tiempo libre, después de las once.

—Tampoco es preciso que vaya Araña —la tranquilizó el Sr. Belden—, y él lo sabe. Si lo hace, es porque los Bob-Whites le caéis muy bien. Habrá un policía de servicio, es suficiente protección.

Trixie bajó la mirada.

—¿Acaso le importa a alguien? —preguntó.

—Yo, por mi parte, no pienso dedicarle ni un segundo —dijo Brian—. Tom y Regan llegarán en cualquier momento con la furgoneta y el camión. Voy a terminarme el desayuno y a prepararme para cuando vengan.

—Ésa es una idea excelente —opinó el señor Belden.

—Honey y Di vienen con ellos —dijo Trixie—. Tom nos acompañará hasta el cobertizo para llevarse todo lo que quepa en la furgoneta y luego dejamos en la sala de exposiciones.

—¡Ya vienen! —gritó Bobby, magnífico en su papel de centinela, desde su sitio en la mesa—. Terry y Larry no están con él. ¿Puedo ir a su casa, mamá? Así «yudamos» con las «tigüedades».

—A lo mejor más tarde, Bobby, si sale el sol y nos hace un buen día. Y, por favor, acostúmbrate a decir «podría» en lugar de «puedo», ¿vale?

Bobby escondió su rostro entre las manos.

—Yo que quería ayudar a la exposición… —se lamentó.

—Ya sé lo que haremos esta tarde —le dijo el señor Belden—. Si hace calor, iré a por los chicos de los Lynch y nos iremos todos a Sleepyside, para repartir la propaganda de la exposición.

—¡Eso nos vendría de perlas! —dijo Trixie, y abrazó a su hermano pequeño—. ¡Ésa será la mejor «yuda» que podéis prestamos!

Hubo que trabajar de lo lindo en la sala de exposiciones antes

incluso de que las chicas pudieran empezar a decorarla para el gran día. Los escaparates estaban sucios. El suelo pedía un buen repaso a gritos. Había polvo por todas partes. Dócenas y docenas de cubos de agua y detergente serían necesarios para dejar presentable la sala.

—No me explico cómo no pensamos en esto antes —dijo Trixie.

La situación parecía desesperada hasta que apareció Tom con su mujer.

—La señora Wheeler me dijo que podía ayudaros —dijo Celia, y le quitó la fregona a Trixie de las manos—. La señora Bruger, vuestra mujer de la limpieza, está de camino: la manda tu madre —le dijo a Diana—. Dentro de nada este sitio estará reluciente como el oro. Vosotras, chicas, poned papeles en los estantes y ordenadlo todo.

Honey había traído un rollo de papel floreado para pegar en los bordes de los estantes. Las chicas quitaron el polvo de los estantes, pegaron el papel floreado en los bordes, y luego empapelaron con papel blanco el resto de la superficie.

Sobre un primer estante colocaron un grupo de señuelos[17] que Tad les había traído. Pertenecieron al padre de uno de los Halcones. Cuando Tad le contó lo de la exposición, él los donó.

—Parece que los patos están vivos —se sorprendió Trixie.

—Sí, Tad es un buen chico —dijo Honey—. Los juguetes de madera que nos consiguió pueden ir en el estante siguiente —prosiguió—. Pásame ese viejo carrito de buhonero, Di, por favor. ¡Así! ¿Verdad que es precioso? Mirad las sartenes y ollas en miniatura que lleva en el carrito, son preciosas.

—Y las lámparas —añadió Di, colgando un puñado de lamparitas pequeñísimas en la parte de atrás del carrito del buhonero—. Mis hermanitos se quedarían embobados con un juguete así.

—A Bobby no le iban a durar ni diez minutos —dijo Trixie—. Ahora coge este carrito de bebé y ponlo al lado del otro. ¿Verdad que no tiene precio? El forro original, floreado, sigue intacto, y rueda. ¿Ves? —Trixie empujó el carrito de bebé, tallado en madera, por el estante, y lo dejó junto al viejo carro del buhonero.

—Y también son nuestros; los podemos vender —añadió Trixie —. No son solamente para la exposición. Según Tad, la mujer nos los regaló para que sacásemos dinero.

—Menudo cambio, el de Tad —se admiró Diana—. ¿Te acuerdas de cuando era tan idiota?

—Tal vez sólo nos lo parecía. Puede que los idiotas fuésemos nosotros, y no él —puntualizó Trixie.

—Eso es lo que Araña creía, ¿no? —preguntó Honey—. Ahora me cae bien Tad. Me cae muy bien.

—Igual que a todos —coincidió Trixie—. ¿Ponemos las cosas de plata de la señora Vanderpoel en este otro estante?

—No —dijo Honey—. No se venden. Procuremos colocar todo lo que esté en venta en un lado de la habitación, y lo que sólo sea de exposición, en el otro. Así, no nos arriesgamos a meter la pata y vender algo que no nos pertenezca.

Celia y la señora Bruger habían acabado de limpiar la sala principal y se marcharon al cuarto de atrás, para ponerlo un poco en orden.

Las muchachas no pudieron sino dejar un momento lo que tenían entre manos para admirar cómo lucía la mesa de caoba de tres niveles; el conjunto que formaban la encuadernación en madera de roble de la Biblia, forrada con papel azul; el banco y el atril de madera de pino; y, finalmente, el pequeño organillo de marfil de la señora Vanderpoel.

—¿Sabéis lo que ha hecho la señora Vanderpoel? —preguntó Brian mientras él y Regan colocaban el organillo en su lugar—. Nos ha dejado traer aquel cofre negro, de nogal, que hay en su salón. Dijo que era un kas, o scrank, o algo por el estilo. Échale un vistazo, Trixie… Bueno, déjalo, lo traeremos ahora mismo.

Trixie conocía de sobra el enorme cofre de Holanda. Y también sabía que era el tesoro más querido de la señora Vanderpoel.

Encima del cofre las chicas colocaron el servicio de plata de café estilo
Jorge III
que habían pulido la noche en que capturaron a Bull Thompson. Los antiquísimos tanques de cerveza y la bandeja resplandecían, en contraste perfecto con el severo fondo negro del nogal.

Tom llegó entonces del cobertizo con una segunda furgoneta de muebles. El señor Maypenny, de regreso de sus vacaciones, le había ayudado a cargarla.

Esta vez fueron los muchachos (Brian, Jim y Mart) quienes los dispusieron en la parte «en venta» de la sala. Allí estaban las mesas plegables de madera de cerezo, que eran el orgullo de Mart, el indio de madera que habían encontrado en el desván de los Wheeler, el espejo enmarcado en oro que se sostenía sobre su pie, la mesa estilo

Pembroke, varias sillas con el respaldo de cuerpo procedentes de la cocina del cobertizo de la señora Vanderpoel, unas cuantas estanterías, y otras sillas restauradas por los chicos.

—La señora Wheeler me dijo que me trajera esto, y que no lo dejara en otras manos que no fueran las tuyas —dijo Tom. Y entregó a Trixie el famoso tronco de la muñeca.

—¡La caja de música! —exclamó Trixie, más contenta que unas pascuas—. Hacía semanas que no la veía. ¿A que es la cosa más bonita que habéis visto nunca?

Con mucho cuidado, Trixie la sacó del tronco de la muñeca y la dejó, para exhibirla, encima de la mesa de tres pisos Chippendale, precisamente en el escaparate frontal.

—Casi se te salen los ojos, ¿eh? —preguntó Mart.

—Sí, y jamás la habríamos encontrado —dijo Diana si no llega a ser porque Trixie anduvo olfateando por ahí hasta que dio con ella, escondida dentro de la chimenea.

—No me gusta esa palabra, «olfatear» —repuso Trixie indignada —. Ah, aquí están los hermanos Hakaito, con sus espadas y sus cosas. ¿A que todo esto es muy divertido? ¡Ay! ¡Si les prometí colgar unas lámparas en el rincón donde van a instalar su pabellón oriental! Aquí está la escalera. Ayúdame, Jim, ¿quieres?

Jim acercó la escalera al rincón en el mismo momento en que los hermanos Hakaito entraron, sonrientes y cargados de cosas envueltas en papel.

—Nosotlos colgamos lintelnas —protestó Oto—. Después, cuando pabellón está en olden. Ahola tlabajamos. Tú ves luego — concluyó, y plantó un alto biombo japonés para no dejar a la vista el rincón que les habían asignado.

Jim se volvió, levantó las manos abiertas, y se encogió de hombros.

—Pues bueno —dijo.

Entretanto, Diana y Honey habían estado muy atareadas.

En el rincón opuesto al pabellón oriental, en la parte de los artículos en venta, colgaron dos cuerdas paralelas, de las cuales tendieron los delantales que habían confeccionado. Los alegres estampados a flores, y los colores, llenos de luz, formaban un cuadro de excepcional belleza.

Detrás de los delantales, pero a mayor altura, los elefantes,

gatitos, perros, tigres y osos se sentían hermanos; todos estaban hechos del mismo percal, todos tenían el mismo serrín llenándoles la tripa, la cabeza y las patas. Junto a ellos colocaron las muñecas, con una altivez justificada por el hecho de que sus pies estaban rellenos de miraguano, por lo que se balanceaban en el aire.

—Habrá que poner las etiquetas con el precio en todos los muñecos —dijo Honey—. ¡Aquí están! —y sacó un puñado de papelitos blancos, cuadrados, del bolsillo y los puso sobre un estante—. No tardaremos nada.

—Me están entrando unos nervios… —dijo Trixie, contemplando desde el centro de la habitación el trabajo de sus amigas—. ¡La sala está quedando preciosa!

—¡Cierto! —dijo el señor Belden, que acababa de entrar, seguido por los tres chiquillos, que tenían las manos llenas de entradas—. No me imaginaba que diera tanto trabajo montar una exposición —continuó, y abrazó, orgulloso, a su hija Trixie, sonriendo a los demás.

—Pues no será porque no te he tenido al corriente de cómo iba todo —dijo Trixie, encantadísima con «cómo iba todo»—. ¿Os lo habéis pasado bien? —preguntó a los niños, que se habían plantado, fascinados, ante los estantes de los juguetes, encaprichándose de los animalitos de percal.

—Sí, Trixie —dijo Bobby—. Metimos las entradas en los buzones de la gente, ¿verdad, papá?

—Han estado trabajando duramente. No ha quedado ni una casa sin avisar.

—Tanto trabajar nos ha dado hambre —dijeron Terry y Larry—. Queremos comer.

Trixie suspiró.

—Todos tenemos hambre —dijo—. ¿Qué hora es, papá?

—Casi las doce —respondió su padre—. Si nos damos prisa, podemos llegar al Wimpy antes de que se llene.

—Nosotros lo llenaremos —terció Mart—. Me muero de hambre. Vamos a invadir el Wimpy.

—Espera a que nos lavemos las manos —dijo Trixie—. En marcha, Celia, Tom, Regan, señora Bruger, Bob-Whites… ¿y ustedes? —dijo, dirigiéndose a los hermanos Hakaito.

—Nos quedamos —anunciaron—. Telminamos tlabajo antes.

—Yo también me quedo —dijo Celia—. Con esta bata que me he puesto no voy a ninguna parte.

—Yo me quedaré con Celia —dijo Tom—. Tráenos algo, Trixie.

La señora Bruger tampoco quiso acompañarlos, de modo que los demás se marcharon.

Trixie se alegró de que se quedara alguien en la sala; había muchas cosas de valor allí dentro.

—No he visto ni rastro de los hombres del sargento Molinson en todo el día —dijo.

—¿Y para qué iba a mandar a alguien hoy? —preguntó Mart—. ¡Estando todos nosotros! El sargento —explicó airadamente a su padre— parece incapaz de apreciar la calidad del trabajo de sabueso de mi querida hermana.

—¡Uf! ¡He perdido el apetito! —exclamó Trixie—. Pídele que se explique, papá. Estoy convencida de que no sabe lo que ha dicho. ¿Qué vas a pedir, Bobby?

—¡Hamburguesa! —gritó Bobby—. Larry y Terry y yo queremos hamburguesas.

—Hamburguesas para todos —ordenó el señor Belden—. ¿De acuerdo, chicos?

Terry y Larry armaron una buena cuando les trajeron el pedido.

—¡Llévese la mía! —protestó Terry—. No está buena. Yo quiero una igual que la que me tomé anoche.

—Y yo —repitió su eco, Larry.

—¿Quién las hizo? —preguntó Mike, el cajero, asombrado.

—¡Mi mamá! —exclamó Bobby, muerto de risa, dando golpes en el mostrador—. Las suyas son las «más mejores» —dijo, metiéndose, no obstante, una en la boca.

—Será mejor que la convenzamos para que se venga a trabajar aquí —dijo Mike en tono sarcástico—. Cogedlas, o dejadlas, chicos. La gente está haciendo cola, y se las comen con los ojos.

—Mala propaganda la de estos chiquillos, ¿eh? —comentó Jim cuando regresaban a la sala de exposiciones—. Mike ha pasado un mal trago; nos va a coger manía.

—¡Bah! Ése es su trabajo —dijo Brian.

—Pues nuestro trabajo está aún a medio hacer —dijo Trixie—. Yo iré al coche, con papá y los chicos, vosotros llevadle la comida a Tom y a Celia, y a la señora Bruger. Deben estar muriéndose de

hambre.

—He pedido unas cuantas de más para los hermanos Hakaito —dijo su padre—. ¡Vamos! —Trixie y él se encaminaron al auto, seguidos por los tres pequeños.

—Ah, por cierto —añadió el señor Belden—. Olvidé en el coche este número del Sleepyside Sun. Iba a enseñároslo. Publican media página dedicada a la exposición.

—Y fotos de la caja de música —añadió Bobby—, y de las cosas de plata de la señora Vanderpoel, y…

—Vale, vale, Bobby —le interrupió su padre—. Trixie lo verá por sí misma.

Sorpresa de Brom • 17

AL VOLVER a la sala de exposiciones, Trixie se encontró con que los hermanos Hakaito habían terminado de montar el pabellón. Una delgada cortina de bambú separaba esa sección del resto de la sala.

—Pol favol, vel espadas, señolita Tlixie —dijo Oto, y abrió la cortina.

Un país de fábula se escondía detrás de esa cortina. Sendos lienzos cubrían las dos paredes, revelando cada uno una escena de un combate a espada que sostenían dos guerreros japoneses.

—Son espadas de guelelo, de las que se utilizan en el teatlo japonés —explicó Oto, señalando las espadas y dagas que habían desplegado junto a los lienzos.

En una estantería colocada en una pared, los dos hermanos habían dispuesto unas muñecas vestidas de seda que representaban la famosa danza de la floración del cerezo, típica de Tokio, y unas pequeñas damas ataviadas con vistosos kimonos a flores, y unos abanicos muy delicados en la mano.

Trixie quedó fascinada. Levantó la mano y puso en acción una cadena de campanas que se pusieron a tintinear; era una delicia oírlas. Los demás Bob-Whites se le unieron, y también se quedaron perplejos ante tanta maravilla.

En la pared opuesta, sobre unos estantes, habían colocado unas figuras de marfil de una elegancia exquisita, unos cochecillos tirados por japonesitos en miniatura, cajas que al abrirlas revelaban otras cajas y otras cajas, y en cada una de estas cajas había dibujado algún motivo oriental. También se veían pajaritos, y flores de loto, y sampanes de marfil, y encantadoras damas, y viejos barbudos y dioses japoneses. De los estantes, como contrapunto dinámico, pendían unas jaulas de grillo esmaltadas en negro, adornadas con faldas de lengüetas que producían una música que seguía el capricho del viento.

—¿Te gusta, señolita Tlixie? —preguntó Oto.

Los Bob-Whites celebraron el espectáculo que se les ofrecía con un aplauso espontáneo.

—Es fabuloso —respondió Trixie—. Deberíamos cobrar una

cantidad extra a quien quiera ver este pabellón. Es lo más adorable, lo más bonito, lo más…

—Artístico, encantador, exquisito, soberbio, magnífico… —la ayudó Mart, y Trixie dio su aprobación a todos estos adjetivos con su cabeza.

—Por una vez en tu vida, Mart —dijo— te has quedado sin palabras. ¿Cómo podremos pagarles su gentileza? —preguntó a los hermanos.

—Ya pagados, ya pagados —dijo Oto, y Kasyo añadió con una sonrisa que se abría de oreja a oreja—: La señolita Honey dice a su cocinela que helmanos Hákaito tienen mejoles veldulas.

—Y fluta buenísima —añadió Oto—. Ahola nos vamos.

Cuando se marcharon, Trixie permaneció un rato sin decir nada, meditando. Después habló:

—¿Os imagináis? Si no hubiésemos organizado esta exposición, no habríamos conocido a Oto y a Kasyo.

—Sí —estuvo de acuerdo Jim—. Nosotros creyendo que estamos haciendo tantísimo por la gente de todo el mundo, y estos dos japoneses le roban tiempo a su trabajo… y trabajan de lo lindo… para hacer esto por nosotros.

—No tanto por nosotros —le recordó Diana— como por la UNICEF. Ojalá consigamos un montón de dinero.

—Más vale que pongamos manos a la obra si pretendemos terminar antes de mañana —dijo Brian—. ¡Mirad quién viene! ¡Araña! Me pareció entender que estaba de servicio y que no podía responsabilizarse de la vigilancia del local personalmente.

—Esta tarde la tiene libre —dijo Trixie—, aunque estará de servicio hasta las once. Después prometió que se haría cargo.

—¿Adiviináis quién viene con él? —dijo Mart—. ¡La señora Vanderpoel!

—¡Y… es imposible… si es Brom! —exclamó Trixie.

La pequeña mujer holandesa entró con el ala de su sombrero inclinada sobre sus ojos y sus graciosas mejillas sonrosadas.

—Hubiera tenido que quedarme en casa, si no llega a ser por Araña —dijo—, y yo quería venir hoy. Mañana esto se pondrá imposible, con toda la gente curioseando. Quiero ver lo que tenéis, sin aguantar a toda esa gente que no distingue un jarrón de una cacerola.

—Nos alegramos de verla —dijo Trixie—, ya usted también, señor Brom —se dirigió al viejo, que no se despegaba de Araña—. Bobby se acaba de ir, no hace ni media hora. Se le romperá el corazón cuando se entere de que estuvo aquí y no pudo verlo.

—Pararemos en Crabapple cuando volvamos a casa, para que Brom salude a Bobby —dijo Araña—. Tuve que recurrir a esa artimaña para traer a Brom hasta aquí.

Mart se ocupó de mostrar al anciano caballero cuanto había en la sala, indicándole siempre quién era el dueño de los distintos objetos. Brom conocía a las familias más rancias, y su historia, hasta los primeros tiempos de la colonización. Venció su timidez cuando se les unió Trixie, y les contó algunos pasajes de la historia de Nueva York.

Al llegar al escritorio tallado, se detuvo, algo confundido.

—Ése es el escritorio que esos canallas nos robaron a Bobby y a mí el día que estábamos en casa de la señora Vanderpoel —explicó Trixie.

La holandesa, al oír su nombre, cruzó la habitación.

—Estaba enseñándole al señor Brom el escritorio —dijo Trixie—. Nos gustaría saber quién fue el que lo llevó a la vieja escuela la noche de la ventisca.

Brom se puso todo colorado. Carraspeó y trató de apartarse del grupo.

—No es ningún secreto —dijo la señora Vanderpoel—. Fue Brom.

—Por las barbas de Lincoln —exclamó Mart, no atreviéndose a respirar siquiera, por no romper el embrujo del momento—. ¿Él? ¿Cómo?

—Seguí a ese tipo —dijo Brom—, a ese mal chicarrón que estaba con la pala quitando la nieve de la acera, y se esfumó sin cobrar su paga.

—Brom intuyó que tenía algo que ver con el robo del escritorio —explicó la señora Vanderpoel—. De manera que se recorrió todos los billares de la ciudad hasta que dio con el tunante.

—Entonces le seguí hasta donde vivía —prosiguió Brom, y añadió triunfalmente—: Y allí estaba el escritorio. Lo vi por la ventana, encima de una mesa enorme.

Jim, Honey y Brian se unieron al grupo al escuchar palabras

sueltas de lo que estaban hablando.

—¿Y cómo se las apañó para sacarlo de esa casa? —preguntó Jim.

—¡Se lo robé! —contestó el viejo, riéndose y pegándose palmadas en las rodillas—. ¡Él jamás supo lo que le había golpeado! ¡Yo abrí la puerta, me eché encima de él, le doblé las rodillas, lo derribé, cogí el escritorio, y me largué de allí!

—Me lo contó hace un rato —dijo la señora Vanderpoel—. Es un auténtico zorro, este Brom, ¿verdad? —preguntó a Trixie.

—Sí… sí, lo es —admitió Trixie con cierto entusiasmo, y luego miró a Jim, con la frente arrugada por la confusión.

—Pero eso no lo explica todo —dijo—. ¿Cómo fue a parar a la puerta de la vieja escuela, la noche de la ventisca? Ése sigue siendo un misterio que la Agencia de Detectives Belden-Wheeler no ha resuelto aún.

—Pues dalo por zanjado —dijo Brom—. Fui yo, también.

—¿Usted se aventuró en medio de aquella tormenta de nieve sólo para dejar el escritorio en la escuela? —preguntó Trixie—. Cuesta creerlo.

—Lo creas o no —dijo el anciano, algo picado en su orgullo—, llevo recorriendo ese bosque setenta años, en invierno y en verano, y lo conozco mejor que los conejos o que las zorras.

—No se lo niego —terció Jim, rascándose la cabeza—, pero ¿por qué no se limitó a llevarlo al cobertizo, o a casa de la señora Vanderpoel, o a la Granja Crabapple?

—Porque yo vivo muy cerca de la vieja escuela —dijo Brom.

—¿Y por qué no dejáis de hacer tantas preguntas, muchachos? Tenéis el escritorio, ¿no? —gruñó la señora Vanderpoel—. ¡Debería daros vergüenza meteros de ese modo con un pobre viejo, sólo porque colocó esa trampa en la que cayó Reddy…! ¡Claro, luego quiso compensar a Bobby, por haberle hecho daño a su perro…! ¡Pandilla de entrometidos!

—Vamos, vamos —intervino Brom—, seamos amigos. No debería haber puesto esa trampa, y vosotros lo sabéis. Sólo quería ganar un poco de dinero con la piel de algún zorro. Tendría que haber pensado que los perros corrían peligro. El escritorio tiene un aspecto magnífico, ¿eh? —siguió—, lo mismo que el resto de las cosas de la señora Vanderpoel. Ninguna otra cosa, ni aún las

extranjeras, son la mitad de bonitas. ¿Pones esto encima del escritorio, Trixie?

Brom rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó una hucha de juguete graciosísima. Un hombre de hierro, sentado en una silla de hierro, extendía una mano de hierro, en actitud pedigüeña. Brom dejó un centavo en la mano abierta. El hombrecillo de hierro se inclinó, dándole las gracias, dobló el brazo de hierro, y metió el centavo por una ranura.

—¡Qué maravilla! —exclamó Trixie—. ¡Es un encanto, y usted también lo es! —le dio al viejo un fuerte abrazo.

Se puso colorado, pero con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja le dio una palmadita a Trixie en el brazo.

—Vendedla —dijo—. Por todos esos niños que pasan hambre.

Cuando Araña pasó a recoger a la señora Vanderpoel y a Brom, el grupo de muchachos, algo tristes, reemprendieron su trabajo.

—Aunque nadie nos diera las gracias por lo que estamos haciendo —dijo Trixie—, yo volvería a hacerlo den veces, con tal de conocer a gente como Brom o la señora Vanderpoel, Oto y Kasyo.

—¡Bien dicho! —coincidió Mart—. Y Araña y Tad, no nos olvidemos.

—Sin dejar a Tom, a Regan, a Celia, a la señora Bruger, al señor Maypenny, ya todos los que nos han ayudado… toda la gente que nos ha dejado sus antigüedades… y nuestros padres… —dijo Trixie.

—Sleepyside es un pueblo maravilloso. Me alegro de vivir aquí —proclamó Honey.

—Sí —dijo Mart—. ¿Quién desearía vivir en otro lugar de la tierra?

Velando tesoros • 18

—¡MAMÁ, NOS HA QUEDADO PRECIOSO! —no estaba Trixie sentada a la mesa, colocándose la servilleta; más bien flotaba por las nubes—. ¿Por qué no viniste a ver la sala? Hasta la señora Vanderpoel y Brom estuvieron allí. Parece surgido de un cuento de hadas.

—Tu padre no ha hablado de otra cosa, y tampoco Bobby, desde que llegaron a casa. Estoy tan orgullosa de todos vosotros… Prefiero ir mañana; así, esta noche, os prepararé una buena cena caliente —dijo la señora Belden—. Come algo, cariño.

—No tengo apetito —dijo Trixie, pensando en las musarañas—. Tendrías que haber visto lo bonita que está la caja de música. Y el pabellón japonés, y las cosas de plata de la señora Vanderpoel…

—Ya sé que es una maravilla, nena, pero haz el favor de comer y olvídate de la exposición hasta mañana.

—No puedo, mamá —dijo Trixie—. Papá, ¿por qué crees que el policía que habían puesto de guardia no pasó a vernos? Estuvimos esperando un buen rato, creyendo que se pasaría por la sala.

—Venga, Trixie, ¿vas a empezar a intrigar otra vez? —preguntó Mart—. Papá, esta chica no ha hecho más que darle vueltas a ese asunto. Si dependiera de ella, estoy seguro de que se quedaría toda la noche a velar sus tesoros, como un dragón avaro.

—No digas tonterías, Martin Belden —repuso Trixie—. ¿Acaso no viste el joyero musical en el escaparate? Es una provocación para los ladrones.

—Claro que me di cuenta. Pero no acabas de meterte en la cabeza que al otro lado de la calle hay un banco con miles y miles de dólares. Y no parece que papá vaya a dormir en la puerta del banco todas las noches, ¿verdad? —Mart estaba cansado, incluso un poco harto.

—Pero ellos no colocan sacos de dinero en las ventanas, para tentar a los ladrones —se defendió Trixie—, y el banco está lleno de cámaras de seguridad y de alarmas. Además, tampoco hay ningún Snipe Thompson al que se le haya metido entre ceja y ceja llevarse los sacos de dinero. Dos de esos ladrones siguen en libertad, y

sabemos perfectamente que uno de ellos es ese odioso Snipe.

—Ya basta, Trixie —atajó el señor Belden—. Desearía que, por favor, dejaras ese tema. Todo irá bien. No te preocupes más, ¿eh, lo harás?

—Sí, papá —dijo Trixie obedientemente, y trató de engullir su cena.

Pero seguía preocupada.

Se fue a la cama, y no consiguió dormirse.

Después de todo —pensó—, papá no vio a esos tipos que nos asaltaron en el camino para llevarse el escritorio. No vio cómo Bull Thompson trató de entrar en casa de la señora Vanderpoel para desvalijarla. Tampoco vio el aspecto que tenía el cobertizo cuando los muy canallas intentaron prenderle fuego. No vio a Snipe Thompson… bueno, yo tampoco, pero ese hombre es malo.

Trixie empezó a dar vueltas entre las sábanas, dándole también vueltas a un nombre… el de Snipe Thompson.

¿Por qué no insistí para que el sargento Molinson arrestara a Snipe y lo interrogara? —se preguntó—. ¿Por qué no lo hice? Porque el sargento no me hubiese hecho caso. No me prestó ni la menor atención cuando quise investigar ese sedán azul y blanco. ¡Qué sé yo…! ¡Si es posible que no haya interrogado siquiera al prestamista! ¿Y qué garantía tengo de que va a vigilar la sala de exposiciones? Aunque papá dijo…

Las agujas del reloj avanzaban implacablemente. Trixie no pudo, ni quiso, quedarse dormida. No estaba tranquila. Finalmente, no pudo soportarlo más. Encendió la luz. El despertador que había en su mesita de noche señalaba las once. A esa hora Araña se pasaría por la sala de exposiciones, si es que tenía la intención de vigilarla.

En silencio, Trixie se vistió, abrió la puerta, escuchó, no oyó nada, y bajó las escaleras de puntillas. A tientas buscó, y encontró, en el armario del recibidor, su bufanda y su abrigo, y salió a la carretera que llevaba hasta Sleepyside.

No había ido muy lejos cuando le llegó el inconfundible ruido del motor del coche de Brian. Su hermano paró a su lado y preguntó:

—¿Es que has perdido el juicio? Son más de las once.

—Ya lo sé. Más vale que vuelvas a casa —le desafió Trixie—. No vas a detenerme.

—¿Y quién dice que quiero detenerte? No tengo nada de sueño, y pensé echarle un vistazo al local. Oye, Trixie, ¿aquél no es Jim?

Lo era, sí. Muerto de risa, se subió al cacharro de Brian.

—Parece que todos hemos pensado lo mismo, ¿eh?

—Sí —dijo Trixie—. Yo que creía que era la única que tenía miedo de que pasara algo… ¡Uf! Me alegro de que vengáis vosotros dos. Mamá y papá no se pondrán tan furiosos conmigo… ¿Cómo pudiste sacar el auto sin que nadie te oyera, Brian?

—Lo había dejado en la carretera, aparcado en el arcén. ¿No te acuerdas?

—No. Lo que significa que ya entonces tenías intención de largarte a Sleepyside. Y tú pensabas ir también, ¿no, Jim? —preguntó Trixie.

Jim no contestó.

—¡Sinvergüenzas! —protestó Trixie—. Así que no ibais a decirme ni una palabra… ¡y tú fingiendo que te había despertado, Brian!

—Nos pareció que ya habías corrido demasiados peligros —intentó explicar Jim.

—Muchísimas gracias por tu interés, Jim Frayne —gritó Trixie —. Bueno, déjalo, el caso es que estoy aquí. No perdamos tiempo peleándonos por bobadas. Sólo confío en que papá y mamá no se despierten y se den cuenta de que nos hemos ido.

—Ése es un riesgo que yo también tuve que correr con mi familia —dijo Jim—. Brian, dobla por la calle siguiente a Main Street, luego vuelve y aparca el coche a la derecha de la sala. Puede que nos encontremos con Araña.

Una luz solitaria brillaba apenas dentro de la sala, en el rincón opuesto al pabellón japonés.

Araña se les acercó, saliendo de una tienda que había en la esquina.

—Pensé que, tal vez, algunos Bob-Whites se pasarían por aquí —dijo—. Tengo la llave del edificio que hay frente a la sala de exposiciones. Un amigo tiene una oficina allí, y me dijo que podía usarla esta noche. Vamos arriba, y vigilaremos desde allí.

—¿Has visto por alguna parte al policía de guardia? —preguntó Trixie.

—Él sólo viene por aquí cada hora —explicó Araña—. Se pasa la

mayor parte del tiempo recorriendo los callejones que van de Main Street a la calle Hawthorne. Ésa es una de las razones por la que preferí venir aquí esta noche y ocuparme de esto yo mismo, personalmente. No creo que vaya a ocurrir nada, pero sé que vosotros teméis que les pase algo malo a todas esas antigüedades que os han prestado.

Trixie, Brian y Jim siguieron a Araña hasta la ventana de la oficina, en el segundo piso. Abajo, la calle estaba prácticamente desierta. De cuando en cuando pasaba un coche, pero se veían pocos peatones.

Tenían una panorámica excelente de la parte delantera del edificio donde estaba la sala de exposiciones. Era imposible que entraran ladrones sin que los cuatro vigilantes los sorprendiesen.

Trixie no se apartó de la ventana. Brian, Jim y Araña no se lo tomaron tan a pecho. Teniendo la sala tan a la vista, se sintieron más seguros. Se sentaron alrededor de una mesa de la oficina, y charlaron.

El minutero del reloj comenzó su lento recorrido. Eran las once cuarenta y cinco. Pronto llegaría la medianoche.

Brian y Jim, soñolientos, iban de un lado a otro de la habitación, como osos enjaulados. Trixie arrastraba los pies, sentada en la silla desde la que vigilaba.

—¿Por qué no os vais a casa, chicos? —propuso Araña—. Necesitáis dormir, si queréis estar en forma mañana. ¿No veis lo tranquilo que está todo? Yo me quedaré aquí hasta el alba.

—Aguantaremos un rato más —insistió Jim—. No llevamos ni una hora.

—Sí —dijo Brian—; tenemos tiempo de sobra para dormir. La exposición no se abre hasta las nueve de la mañana.

—Estamos hechos un manojo de nervios —dijo Araña—. ¿Alguien quiere jugar a las cartas? —sacó una baraja del bolsillo—. ¿Trixie?

—Estaba pensando… ¿por qué no me dejas la llave? —dijo Trixie—. Iré a la sala y acabaré de poner los precios en las etiquetas de las muñecas y en los delantales. Así adelanto trabajo. No nos dio tiempo.

—Más vale que no lo hagas —aconsejó Araña—. Si enciendes las luces y alguien pasa, se extrañará.

—No tengo necesidad de encender la luz. Trabajaré a la luz de la bombilla del rincón —insistió Trixie—. No me llevará mucho tiempo. Después supongo que ya será hora de ir a casa, pues Araña va a quedarse aquí de todos modos.

—¿Quieres que te acompañe, Trixie? —se ofreció Jim.

—No hace falta, Jim —respondió Trixie—. Tú quédate a jugar a las cartas con Araña. y Brian. Sólo me llevará unos minutos.

Trixie abrió la puerta de la sala de exposiciones.

Todo es tan bonito —pensó—, y todo está tan callado…

Encontró los cuadraditos de papel donde Honey los había dejado, en el estante, junto a los delantales. Dispuso los papelitos bajo la luz de la bombilla y se puso a trabajar.

Un auto pasó metiendo ruido afuera. Se perdió en la distancia, pero otro ruido sustituyó al de aquel motor… un crujir sordo, un sonido que venía… del cuarto trasero.

Asustada, Trixie soltó la etiqueta en la que estaba anotando un precio y escuchó.

—¡Quédate ahí sentadita, nena! —murmuró una voz ronca.

Trixie se levantó de un salto.

—¡Quieta! —ordenó la voz—. ¡No muevas ni un pelo! Te crees muy lista, ¿eh?, porque has mandado a mi sobrino al Reformatorio… ¡Ahora me las vas a pagar! ¡Siéntate!

¡Snipe Thompson! Trixie, temblando de pies a cabeza, obedeció.

—Ahora agacha esa cabecita sobre el escritorio como si estuvieras trabajando —ordenó Snipe—. Sé que tu hermano y Frayne, además de ese maldito poli, Webster, están ahí enfrente. Solamente pretendo que sigan allí un rato más.

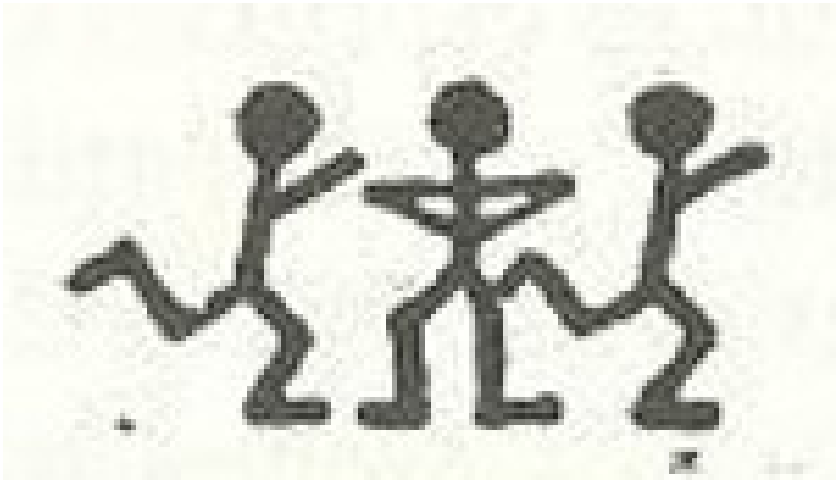
Que estés aquí nos lo ha puesto más fácil. Te prometemos un paseíto en coche cuando acabemos con esto, nena, para devolverte de algún modo tu amabilidad. ¡Ponte a la faena!

Trixie, muerta de miedo, sin saber qué hacer, hizo como le ordenó Snipe y trató de escribir alguna etiqueta.

El silbido de emergencia de los Bob-Whites acudía a sus labios automáticamente.

Si me oyen, me matan —pensó—. ¿Qué voy a hacer?

Apretó el lápiz. Casi sin pensado, se puso a dibujar tres figurines de palotes en las etiquetas.



Mecánicamente, siguió dibujando las mismas figuras; su corazón le latía con tanta violencia que la ahogaba.

—¡Trae esa caja de música de oro! —mandó Snipe con voz áspera—. Cógela y ven aquí. Y trae unos cuantos objetos de plata, de paso.

Siguiendo las instrucciones que Snipe le iba dando, Trixie fue de un lado a otro hasta juntar toda la plata, que las dos figuras enmascaradas se llevaron.

Cuando Trixie volvió a entrar en la sala de exposiciones, después de que toda la plata estuviera en el cuarto trasero, con los dos ladrones, vio a Jim salir del patio del edificio de enfrente.

—Gracias a Dios —susurró, y trató de interponerse entre Jim y los bandidos, para que éstos no le vieran.

¡Demasiado tarde!

—Vuelve ahí y sigue rellenando etiquetas —dijo Snipe—. Una palabra, y te vuelo la cabeza de un tiro. Estoy apuntándote. Si ese idiota pregunta por los objetos de plata, dile que los trajiste aquí dentro para que estuviesen más seguros. No te acerques a él. ¡Si te pasas de lista, acabo con los dos!

Jim giró el picaporte y entró en la sala.

—Me pareció que tardabas más de la cuenta, por eso pensé venir a ver qué tal te iba, Trixie —dijo—. ¿Va todo bien?

—Sí, Jim —respondió Trixie, espaciando sus palabras—. Todo va bien. Sólo estaba etiquetando estos delantales, ¿ves?

Entonces la asaltó una idea.

—Echa una ojeada a las etiquetas —dijo—. Comprueba los precios —Trixie reunió unas cuantas etiquetas en las que había dibujado las figuras que representaban el SOS.

—Las dejaré aquí, en el escritorio, e iré poniendo las otras en los delantales —dijo, procurando, tal y como Snipe le había aconsejado, no acercarse a Jim—. ¿Te parecen muy elevados los precios? Los tienes ahí, en el escritorio.

—¿Y qué sé yo lo que vale un delantal? —protestó Jim—. Lo que hayáis decidido Honey y tú me parece bien. ¿Vas a tardar mucho más en acabar?

—No creo, Jim —Trixie estaba tensa—. Acabaría antes si me haces el favor de comprobar los precios —suplicó Trixie, cerca de la desesperación.

Jim rechazó la propuesta con un gesto despreocupado.

—Lo que hayáis decidido las chicas me parece bien —dijo.

—Sacamos algunos precios de aquella antigua revista —insistió Trixie desolada—. Aquélla de los muñecos de palotes; sí, hombre, la vieja revista que encontramos en el desván.

—No sé de qué me hablas, Trixie. Acaba tan pronto como puedas. Te esperaremos otros quince o veinte minutos, y después más vale que volvamos a casa. Aquí todo está tranquilo. Oye, Trixie, ¿no había por aquí un montón de objetos de plata? Eso era lo que te tenía preocupada, ¿no? Pensabas que llamaban demasiado la atención en el escaparate. ¿Has decidido dejarlos a buen recaudo hasta mañana?

El cofre donde habían dejado las cosas de plata estaba junto al escritorio donde Trixie dibujó los SOS en las etiquetas. Jim dio algún paso hacia el cofre mientras terminaba la pregunta.

—¿Dónde los has metido?

Trixie, aterrorizada por el revólver de Snipe, hizo un esfuerzo para contestar con naturalidad.

—Sí, Jim. Están en un lugar seguro.

—¡Buena chica! —aplaudió Jim—. En cuanto acabes con esto, nos vamos a casa. Iré a por Brian. Volveremos en un abrir y cerrar de ojos.

Todo el tiempo que Jim permaneció junto al cofre Trixie había intentado un último recurso, fruto quizás del terror, para comunicarse con él. Si la hubiese mirado, podría haber leído el peligro en su rostro. Si sus ojos se hubieran cruzado, él habría detectado su miedo. Pero nada de esto ocurrió.

Tuvo que pasar a su lado, casi rozándola, para ir al otro lado de la habitación. Trixie aprovechó para meterle en el bolsillo de su abrigo un puñado de etiquetas «marcadas». En todas ellas, en lugar del precio, aparecía la llamada de socorro. Fue un gesto casi desesperado. Jim no encontraría a tiempo los diminutos SOS. ¿Cómo iba a encontrarlos?

Impotente, Trixie vio cómo Jim atravesaba la sala, abría la puerta y se marchaba.

—¡Menos mal que no has metido la pata! —murmuró la voz ronca, desde el cuarto trasero—. Eres una chica lista. Ahora trae aquí ese escritorio que el viejo de la barba nos robó y… ¿qué has

dicho? —preguntó a su compinche—. Ah, sí, las espadas también. Aquí mi colega opina que es una cuestión de honor recuperar las dos cosas, escritorio y espadas.

Gran trabajo le costó a Trixie transportar el escritorio hasta el cuarto trasero; el miedo la había debilitado. Por primera vez vio a Snipe; deseó no haberle visto nunca: su descuidada barba acentuaba el aire maligno de un rostro que le llenó de temor el corazón. Él le quitó el escritorio de las manos violentamente, y después ordenó:

—Vuelve a por esas espadas que los japoneses tenían… y un par más, así nos cobramos los intereses, ¡y deprisa!

El saco grande y sucio donde habían metido la plata y la caja de música estaba cerca de la puerta de atrás. Ésta se hallaba al otro extremo de la habitación.

No podíamos ver esa puerta desde la oficina —pensó Trixie con tristeza—. Jim, Brian y Araña tampoco la pueden ver ahora. Nos van a robar todo lo que tenemos, y a mi…

—¡Muévete, nena! —la urgió Snipe—. ¡Las espadas!

Jim no va a encontrar los papelitos, seguro que no, demasiado tarde… Lo único que encontrarán es mi cadáver en alguna parte… ¡ay, mamá, papá!

Resignada a su (mala) suerte, Trixie descolgó las espadas samurai de la pared. Se dirigió lentamente al cuarto trasero.

Snipe estaba de pie, junto a la puerta, con las manos extendidas, ávidas.

—¡Y ahora síguenos, nena! —dijo—. Nos gusta tu compañía.

—¡Manos arriba! —ordenó una voz firme desde la puerta que daba al callejón.

Ahí estaba Araña, apuntando con su revólver a Snipe y a su cómplice.

—¡Suelta eso! —ordenó a este último, que amenazaba a Trixie con una escopeta de cañones recortados.

—¡Desarmadlos! —indicó Araña a Jim y a Brian.

Trixie, en la puerta, dejó caer las espadas samurai y, con un grito triunfante, recogió la escopeta y se la entregó a Jim.

—¡Disparadles a las piernas! —gimió, presa de la histeria—. ¡Así no se escaparán! ¡Ay, Araña! ¡Jim! ¡Brian! —le fallaron las rodillas, y se desplomó en una silla.

Jim y Brian ataron rápidamente las manos a la espalda a los dos

hombres.

Araña se sirvió de su silbato para llamar la atención del policía de guardia patrullero de la zona. Cuando llegó el coche patrulla, cargó en él a los ladrones.

Momentos antes, no había ni un alma en la calle; ahora se iba congregando una multitud creciente de curiosos.

Brian y Jim, y también Trixie, a la que ya se le había pasado el susto, volvieron a colocar los objetos que estuvieron a punto de ser robados en sus lugares de exposición.

Después Araña, a la vista de los muchachos, cerró con cerrojo la puerta de atrás.

Echaron un vistazo a su alrededor, dieron el visto bueno, salieron por la puerta principal, cerrándola a sus espaldas, y cruzaron la calle para meterse en el coche de Brian.

—No le deseo a nadie una media hora como la que acabo de pasar —dijo Trixie agotada—. ¿Cómo te costó tanto adivinar que estaba tratando de decirte algo, Jim?

—Supongo que estaba un poco dormido —explicó Jim triste—. De verdad que pensé que estabas alucinando cuando me decías todas esas cosas del precio de los delantales.

—Pues mira que intenté avisarte. Snipe me estaba apuntando con la pistola todo el rato.

—No pensemos en eso —dijo Brian, sujetando el volante con fuerza.

—Hasta te dije lo de la página de aquella revista —prosiguió Trixie.

—Lo sé —reconoció Jim—. Eso es lo que me hizo dudar mientras subía a la oficina. Era una tontería tan grande, tan sin sentido…

—¿Y cómo te diste cuenta, por fin? —preguntó Trixie—. ¿Viste los SOS?

—¡Y tanto! —exclamó Brian—. Al sacar los guantes del bolsillo hubo un diluvio de papelitos. ¡Por cierto, casi rompe el techo de un salto!

—¡Y entonces fuimos como locos escaleras abajo! —añadió Jim —. ¡Me gustaría ponerle las manos encima a ese Snipe Thompson!

—Ahora lo meterán en la cárcel, seguro —dijo Trixie—. Y me figuro que esta vez tardará en salir. ¡Uf! Espero que mamá y papá

no se enfaden conmigo.

—¡Pues claro que no! —la tranquilizó Brian—. ¡Si son más buenos que el pan!

Al día siguiente hubo una larga cola a la entrada de la sala de exposiciones, desde la hora de apertura hasta el cierre. Se vendieron todos y cada uno de los artículos disponibles, y aún recibieron encargos pidiendo más.

El señor Stratton y los miembros del rectorado acudieron en pleno. Compraron varias cosas y examinaron la sala con tanto orgullo como si hubiera sido suya la idea de la exposición.

A las ocho en punto, Jim y Trixie cerraron la puerta principal y echaron la persiana. Tenían que devolver a sus propietarios las antigüedades que les habían dejado, y debían hacerlo esa misma noche. Regan y Tom metieron todo en la furgoneta y en el camión, estacionados en la parte de atrás del edificio.

—Olvidaos de eso —dijo Regan a los Bob-Whites—. Tom y yo nos ocuparemos de devolverlos.

Araña metió el dinero recaudado en una pequeña caja de caudales y se la entregó a Trixie para que la guardara.

En casa de los Belden, en la cocina, Trixie, Honey, Diana, Jim, Brian y Mart hicieron cuentas.

El total los puso a todos a imitar la danza india de la lluvia, en tomo a la mesa.

¡Ascendía a 763 dólares y 94 centavos!

—Y todavía no hemos vendido los anillos que había en la caja de música —dijo Jim—. No sé cuánto sacaremos con ellos.

—Araña está casi convencido de que Trixie recibirá una recompensa por ayudar a capturar a Snipe Thompson y a su socio —dijo Mart—. ¿Sabéis? Al final va a resultar que el negocio de la Agencia de Detectives no resulta tan descabellado. Es ya la tercera recompensa que consigue Trixie.

—Si me dan alguna recompensa, irá a parar a los Fondos de la UNICEF —declaró Trixie— y además —añadió sin acabar de creérselo—, mamá sólo dijo que no nos metiéramos en más líos hasta que acabe el curso.

—¿Y se lo prometiste? —preguntó Honey con un brillo de complicidad en los ojos.

—No —confesó Trixie componiendo una mueca pícara—. Que yo recuerde, mamá no me hizo prometer nada.

FIN

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] Honey: Literalmente miel, también apodo cariñoso traducible como dulzura. < <

[2] Bob-whites de Glen: Literalmente el nombre del club se traduce como: Codornices de la Cañada.

Bob-white, cuyo nombre científico es *Colinus Virginianus*, es una codorniz parda norteamericana, abundante en los estados orientales de los EE.UU. El macho de esta especie tiene una franja blanca en la cabeza; de ahí el nombre de «white» (blanco). Se trata de un ave de caza muy popular. < <

[3] Sleepyside-on-the-Hudson: Literalmente, Somnolienta-ladera-en-el-Hudson, Sleepyside es una pequeña ciudad en el condado de Westchester, del estado de Nueva York, por la que pasa el río Hudson. < <

[4] Crabapple Farm: Literalmente, Granja de las Manzanas Silvestres, se trata de una granja centenaria de madera, residencia de los Belden. < <

[5] Manor House: Literalmente, Mansión Señorío, suntuosa residencia y finca de los Wheeler. < <

[6] Cruz Roja: Organismo Internacional sin ánimo de lucro que ayuda a preparar comunidades para casos de emergencia y para su protección. < <

[7] Copperhead: especie de serpiente, común en el Este de los Estados Unidos de América. < <

[8] UNICEF: Fondo de la Naciones Unidas para la Infancia. <<

[9] Wimpyes el nombre de una cadena de hamburgueserías, popular en los Estados Unidos. < <

[10] F.B.I.: Siglas que se corresponden a Federal Bureau of Investigation (Departamento de Investigación Federal), que son la Policía judicial de los Estados Unidos de América. <<

[11] K.O.: Expresión estadounidense, dejar K.O. significa dejar inconsciente o fuera de combate. < <

[12] Thomas Chippendale fue un diseñador de muebles inglés, fallecido en 1779. El estilo Chippendale se caracteriza por la elegancia de su trazo y a menudo por el revestimiento rococó de los muebles. < <

[13] S.O.S. Clave internacional de petición de socorro. < <

[14] Bull: Literalmente toro, pero también se interpreta como matón, chulo. < <

[15] Snipe: Apodo que deriva de «To snipe» es «tirar desde una posición emboscada», así que aquí sugiere, pues, ratería, traición. <<

[16] Ensalada Waldorf: se prepara con manzanas, apio, y nueces, que a veces, como aquí, pueden sustituirse con melcocha, todo mezclado con mayonesa. < <

[17] Señuelos: aquí se refieren reclamos de caza; patos de cartón que los cazadores usan para atraer a otros patos. < <